

COLECCIÓN

CA
SSI
NA

DANIEL VIDAL

MARCELO ROSSO - MA. EUGENIA LÓPEZ VERZERO

**LAS LECTURAS
DE LOS
TRABAJADORES
METALÚRGICOS**



EXTENSIÓN **LIBROS**



*A la memoria de
Washington Tirelli*

COLECCIÓN
CASSINA

COMITÉ ACADÉMICO

Yamandú Acosta, Eduardo Álvarez Pe-
drosián, Duilio Amándola, Eloisa Bordolli,
Daniel Conde, Pedro de Hegedüs, Elsa Gatti,
Alfredo Falero, Marila Lázaro, Susana Mallo,
Gustavo Marisquirena, Álvaro Rico, Susana
Rostagnol, Susana Rudolf, Samuel Stern,
Fernando Tomasina, Nilia Viscardi

Daniel Morena

Editor

**Tecnicatura Universitaria en Corrección
de Estilo de la Facultad de Humanidades
y Ciencias de la Educación**

Corrección

Tatiana Mesa

Diseño

EXTENSIÓN **LIBROS**

CSEAM

Comisión Sectorial de Extensión y
Actividades en el Medio
Universidad de la República

Brandzen 1956, apto 201
11200 Montevideo, Uruguay
T | +598 2409 0286, +598 2402 5427
F | +598 2408 3122
editorial@extension.edu.uy
www.extension.edu.uy

Montevideo, 2014

ISBN | 978-9974-0-1511-1

 **creative
commons**



COLECCIÓN

CA
SSI
NA

DANIEL VIDAL (director)

MARCELO ROSSO - MA. EUGENIA LÓPEZ VERZERO

LAS LECTURAS DE LOS TRABAJADORES METALÚRGICOS

Colaboradores

Roberto Rafael CUELLO / Sebastián PEREIRA

Wilson DE LEÓN / Miriam MACIEL / Rafael GIAMBRUNO

Jorge RODRÍGUEZ / María del Carmen VIDAL

AGRADECIMIENTOS

A Daniela Durán, Sebastián Pereira, Wilson De León, Miriam Maciel, María del Carmen Vidal, Jorge Rodríguez, Alejandro Melo, Ricardo Trinidad, Claudio Furest, Juan Carlos Cedrés, Juan Carlos Fontella, Roberto Cuello, Pablo Salomé y Mónica Parodi.

A los trabajadores de la UNTMRA que participaron de esta convocatoria.

A Pablo Rocca, por sus aportes y observaciones realizados en 2012 a un primer borrador.

A Ignacio Martínez, secretario del Departamento de Cultura del PIT-CNT.

A Sylvia Lago y a Ariel Silva, al Consejo Administrativo de la Fundación Mario Benedetti.

A Alfredo Falero y Eduardo Álvarez Pedrosian, evaluadores universitarios designados por la Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio (CSEAM), por las recomendaciones que exigieron ajustes bienvenidos.

A Karina Puga, Joaquina Giudice y Daniel Somma, estudiantes de la Tecnicatura Universitaria en Corrección de Estilo (TUCE) de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, por encargarse de una primera y profesional corrección del texto y por la amabilidad con la que señalaron errores y sugirieron modificaciones de recibo.

Ellos apostaron a nosotros. Este libro les pertenece.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS	5
------------------------------	---

PRESENTACIÓN	13
---------------------------	----

CAPÍTULO UNO: LA ENCUESTA	17
--	----

1. LAS LECTURAS DEL TRABAJADOR METALÚRGICO. UN FORMULARIO Y 311 DEVOLUCIONES.....	19
El libro a un costado.....	21
Zona geográfica; economía familiar.....	27
«¿Para qué es esto? ¿Para qué sirve?».....	29
La mala experiencia	32
Leer y vivir	37
Leer y resistir	41
2. PERFIL DE LOS TRABAJADORES ENCUESTADOS Y FRECUCENCIA DE LECTURA	44
¿Usted lee?	46
Sexo y edad	46
Estado civil	46

Habitantes del hogar	47
Economía familiar e individual	47
Jornada laboral	48
Horas de ocio	48
Nivel de estudios.....	48
El 23 % lee libros	49
Leer en la infancia	51
Compra de libros	51
La memoria de los lectores	52
Grandes lectores	53
Abandono de la lectura	54
Leer a los 19	54
Leer a los 50	55
Internet.....	55
Libros	56
3. OBRAS Y AUTORES	57
156 autores, 157 obras	57
Los autores más citados	57
Las obras más citadas	58
Los autores con más obras citadas	58
Los géneros predilectos	59
País o región de origen	59
4. LAS PÁGINAS DE LOS LECTORES	60
Benedetti y Galeano.....	60
Benedetti y Coelho	61
Benedetti y Quiroga	61
Benedetti, Allende y otros.....	62
Benedetti y el canon latinoamericano	62
Los lectores de Eduardo Galeano	63
Lectores de la Biblia	64
Best sellers y espirituales	65

Marxismo y comunismo	66
5. NÚCLEOS LITERARIOS.....	68
Canon del siglo xx	68
Dos autores emblemáticos.....	69
Boom editorial: latinoamericanos, europeos y anglosajones.....	69
Espiritualidad	71
Doctrina y enseñanza religiosa	71
Autoayuda y esoterismo.....	71
Best sellers.....	72
Sistema educativo.....	73
Ideología e historia	74
Doctrina política y económica; marxismo y marxismoleninismo....	74
Sindicalismo	75
Historia, ficción histórica, investigación	75
Biografía, testimonio, crónica e investigación periodística	75
Populares	76
Criollismo	76
Periodismo cultural y social.....	76
Fútbol	77
Cómics	77
Novelas.....	77
Libros técnicos	77
Literatura infantil y juvenil.....	77
Tendencias.....	78
Contemporáneos.....	78
6. LOS FRAGMENTOS DEL CANON	80
¿Un canon de lecturas del universo sindical?	86
Tendencias.....	89

CAPÍTULO DOS: UN TALLER..... 97

1. EL IMPERIO DE LA FRANQUEZA	99
-------------------------------------	----

CAPÍTULO TRES: LAS BIBLIOTECAS..... 119

1. INTRODUCCIÓN	121
-----------------------	-----

Las primeras bibliotecas obreras	122
--	-----

Realidades dispares en el presente	126
--	-----

Rehabilitaciones.....	128
-----------------------	-----

2. LA RIQUEZA SIN USO.	
------------------------	--

BIBLIOTECA POPULAR UNTMRA-CONCEJO VECINAL.....	129
--	-----

Sergio López y la lectura a los niños	130
---	-----

Internet, ciber, Plan Ceibal... adiós, biblioteca	131
---	-----

3. LA LECTURA DEL ACTIVISTA SINDICAL	134
--	-----

La Biblioteca Sindical Gerardo Cuesta del Departamento de Desarrollo Social y del comité de base de Cristalpet (UNTMRA-PIT-CNT)	134
---	-----

Dos testimonios de lectores obreros	138
---	-----

Juan Carlos Cedrés	138
--------------------------	-----

Juan Carlos Fontella	143
----------------------------	-----

CAPÍTULO CUATRO: LA PRENSA PERIÓDICA..... 149

1. LOS PERIÓDICOS DE LA UNTMRA Y EL ESPACIO PARA LA CULTURA	151
---	-----

Un relevamiento.....	153
----------------------	-----

El sindicato y la cultura	155
---------------------------------	-----

La reflexión sobre la propaganda.....	157
---------------------------------------	-----

El Metalúrgico (1943-1946)	157
----------------------------------	-----

Clase Obrera (1949-1953)	159
--------------------------------	-----

Picnic bajo lluvia	159
--------------------------	-----

Fiesta aniversario	161
--------------------------	-----

Entre el cine y los desalojos.....	161
------------------------------------	-----

El teatro El Galpón y los sindicatos.....	164
---	-----

Contra la discriminación racial, la pornografía y la censura.....	165
El boletín sindical UNTMRA-PIT-CNT-UIS DEL METAL (1984-1990)....	166
Pablo Neruda y Juancito de la Ribera	167
Informe Metalúrgico; Informe del Metal y Afines (1993-1995)	168
Forjando (1995-2010)	168
Galeano, Peloduro, Fried y Brecht	169
Saramago: lectura para los trabajadores.....	170
Las murgas del pueblo.....	171
Una obra de Eduardo Sarlós.....	171
Entretenimiento cultural	172
Leer más, escribir con brevedad	173

CONCLUSIONES	177
---------------------------	-----

BIBLIOGRAFÍA	181
---------------------------	-----

PRESENTACIÓN

¿Qué leen los obreros? La pregunta surgió de la inquietud académica y, para responderla, articulamos una investigación universitaria con el mundo del trabajador sindicalizado.

Presentamos esta iniciativa en las charlas del grupo de docentes convocado en 2010 por Carlos Santos y Valeria Grabino, responsables del área de extensión universitaria de la Universidad de la República (Udelar) y de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FHUCE), impulsores de la actividad de los profesores universitarios hacia la sociedad.

Casi en simultáneo —en 2011— colaboramos en el seminario de Literatura Uruguaya Las Formas y sus Medios: «Escritores y públicos en Uruguay, 1820-1973» (del cual fue responsable y encargado el profesor Pablo Rocca), curso de grado de la Licenciatura en Letras de la FHUCE. Allí nos informamos de herramientas teóricas indispensables para comenzar a indagar sobre la lectura y la vida material del libro, asunto sobre el que habíamos tenido una noticia primera pero solitaria en el seminario de Literatura Latinoamericana dictado por el profesor Hugo Achugar a principios de los 90, también en la FHUCE. Entonces, Achugar nos habló sobre la relevancia de la historia de los lectores y de las lecturas, citó el volumen *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (1994), de Roger Chartier y, de inmediato, puso esas ideas en circulación en su artículo «La biblioteca en ruinas» (en la revista *Estudios* de la Universidad Simón Bolívar, de Venezuela), reeditado en el volumen del mismo nombre (Achugar, 1994, pp. 13-24).

Estos estudios y nuestro deseo de articularlos con el medio social y específicamente obrero fructificaron en un proyecto de investigación que denominamos *Letra en obra*,

diseñado junto a María Eugenia López y Marcelo Rosso, estudiantes de la Licenciatura en Letras. Al principio pretendimos insertarnos en una línea del área de extensión de la Universidad, pero las peculiaridades del proyecto y las dificultades para adscribirnos al formato universitario nos precipitaron hacia un camino independiente.

La pregunta inicial sobre los intereses de lectura de los trabajadores quedó inmersa en una inquietud mayor. Queríamos indagar acerca de la relación de los trabajadores con la literatura y, dentro de ella, con la lectura. Diseñamos un plan enfocado hacia los trabajadores de un sector laboral, en coordinación con el sindicato correspondiente, sintetizado en cinco acciones:

1. Una encuesta individual que reflejara la opinión de un porcentaje representativo de trabajadores sindicalizados.
2. Un taller literario de lectura y creación.
3. El relevamiento de la información cultural y, en especial, literaria publicada en la prensa sindical.
4. El inventario de las bibliotecas obreras.
5. Entrevistas a lectores.

Este plan fue entregado al Departamento de Cultura del PIT-CNT, encabezado por Ignacio Martínez. En esa institución, la Unión Nacional de Trabajadores del Metal y de Ramas Afines (UNTMRA) expresó su interés en participar. Con su aval, presentamos a la Fundación Mario Benedetti el proyecto *Letra en obra*, al que aprobó y financió su aplicación para el período comprendido entre el 1 de abril y el 31 de agosto de 2011.

Las cinco acciones del plan de trabajo fueron puestas en marcha. Escribimos medio centenar de preguntas y nos contactamos con Rafael Giambruno, entonces estudiante de Ciencia Política de la Facultad de Ciencias Sociales, quien se encargó de elaborar un formulario que sería llenado por 311 trabajadores. Sobre el final del trabajo de campo, Giambruno decidió, por motivos personales, apartarse del proyecto. En consecuencia, el procesamiento de los datos surgidos de esta encuesta nos corresponde.

En paralelo, realizamos un taller literario durante tres meses en la sede del Automóvil Club del Uruguay (ACU), con la concurrencia de unos quince trabajadores, siete de ellos de manera constante.

Relevamos los periódicos sindicales de los gremios metalúrgicos editados entre 1946 y 2010. Seleccionamos y reproducimos notas, comentarios y datos sobre las actividades culturales, sobre libros y autores.

Hicimos el inventario de dos bibliotecas sindicales, la primera denominada *Biblioteca Popular UNTMRA-Concejo Vecinal* e instalada en la sede central del sindicato, en la calle Luis Alberto de Herrera 3972; la segunda, la biblioteca Gerardo Cuesta, organizada y sostenida por el comité de base de los trabajadores de la fábrica de plástico Cristalpet, con apoyo logístico del Departamento de Desarrollo Social de esta empresa de la calle Servando Gómez 2973, a unas cuadras de camino Carrasco, en la zona este de Montevideo.

Realizamos dos entrevistas a veteranos trabajadores y sindicalistas para testimoniar sus respectivas experiencias de lectura, la relación con sus vidas y con la actividad sindical.

El material surgido de las cinco áreas está compilado en este libro. Se trata de un material heterogéneo, que delinea perfiles de lectores de trabajadores sindicalizados de una de las más importantes y tradicionales industrias del Uruguay, así como de uno de los sindicatos de mayor arraigo e historia. No resuelve todas las interrogantes que provocaron una investigación de cuatro meses de trabajo de campo y otros tantos de procesamiento de datos, pero coloca en un espacio visible la opinión de individuos a quienes nunca se les ha consultado con un interés genuino sobre su experiencia en una práctica como la lectura. Sus aportes los integran a un grupo inmenso y desconocido, el de los lectores, con perfiles singulares y, muchas veces, sorprendentes.

CAPÍTULO 1

LA ENCUESTA

DANIEL VIDAL
ENCUESTADORES: MARÍA EUGENIA
LÓPEZ VERZERO, MARCELO ROSSO
Y DANIEL VIDAL
DISEÑO DE LA ENCUESTA: RAFAEL
GIAMBRUNO

Que la encuesta no se pierda en un cajón. Gracias.
Trabajador de Gepax (fábrica de la industria del plástico)

1. LAS LECTURAS DEL TRABAJADOR METALÚRGICO. UN FORMULARIO Y 311 DEVOLUCIONES

La mayoría de los ocho mil trabajadores de la industria metalúrgica no va a leer este libro. A lo sumo, leerá algún pasaje cuando refiera a un sector de la industria que le involucra, repasará los guarismos o las referencias propias y las de sus compañeros.

Esta mayoría no posee el hábito de leer libros. Apenas uno de cada cinco trabajadores confiesa que el libro es su soporte predilecto a la hora de leer. Esta realidad del presente se confirma con una historia personal, en la que el libro nunca ocupó un lugar de privilegio en sus vidas: poco más de la mitad de los trabajadores consultados en esta investigación pudieron recordar el nombre de, al menos, un autor o el título de un libro leído en sus vidas.

Esto es parte del saldo negativo de las 311 encuestas individuales sobre lecturas y uso del tiempo libre realizadas a trabajadores sindicalizados de la industria metalúrgica y de sus ramas afines: la industria metalúrgica propiamente dicha, la industria del plástico, la minería, el servicio de auxilio automotor, las estaciones de servicio, las industrias del vidrio, electrónica y autopartes.

En el total de trabajadores encuestados, el vínculo con el volumen impreso es precario. Al hablar de soportes de lectura, comprobamos que solo el 23 % confesó elegir el libro. A su vez, el 55 % de los trabajadores informó que nunca o casi nunca compra libros.

Ahora bien, el abandono mayoritario del libro como soporte de lectura no significa el respectivo abandono del hábito de leer. El 81 % de los trabajadores dice leer en algún momento del año, con diferenciada frecuencia, desde varias horas al día (4 %) hasta aquellos que lo hacen solo en vacaciones (1 %). Luego, el 19 % restante ha dejado de leer hace meses o años.

Si reagrupamos los porcentajes de frecuencia de lectura, podemos decir que el 27 % hace tiempo que no lee o lee muy poco, esto es, dejó de leer hace años o meses (19 %), lee solo en vacaciones (1 %) o algunas veces al año (7 %).

Del otro lado, una frecuencia de lectura intensa o aceptable corresponde al 73 % de los trabajadores encuestados. Aquí tenemos a quienes leen varias horas al día (4 %), en algún momento del día (27 %), algunas veces a la semana (28 %) o algunas veces al mes (14 %). Claro que esta lectura no corresponde mayoritariamente al volumen impreso. Además de ser esporádica, esta lectura puede durar unos pocos minutos, el tiempo que insume repasar los titulares y una o dos noticias de un periódico, la nota de una revista, los párrafos de una página de internet o el correo electrónico.

Abordamos este universo de poco más de tres centenares de individuos con el ánimo de conocer sus inquietudes literarias, culturales y de esparcimiento. Sus palabras invitan a pensar sobre la movilidad del hábito lector entre trabajadores sindicalizados, en el contexto cotidiano, dinámico y fugaz. Velocidad y condensación prevalecen en el discurso social, predominantemente comunicacional y sintético, sostenido en tecnologías que alimentan estas cualidades. Frente a ellas, la lectura de un volumen impreso aparece como una acción a contrapelo, impensable, casi fuera de la realidad. Desde otro punto de vista, el clima apacible del acto de lectura se distingue, sobrevaluado, en tanto contrapeso al estrés abrumador de la jornada, pero, por los indicios aquí recogidos, esta circunstancia opera con marcada excepcionalidad.

La sociedad vive estas novedades; tal vez el trabajador metalúrgico las incorpora a un ritmo o con intensidades diferentes a los de otros segmentos sociales. Es posible que comparta con el trabajador de otras industrias variables que se aminoran o desaparecen en otros grupos sociales: la efectiva ausencia de tiempo individual y de soledad imprescindibles para una lectura eficaz, el agotamiento al término del horario de trabajo, la exigencia de energías que supone la participación sindical en la que prevalece, además, la comunicación oral por sobre la escritura. Estas dificultades explican —no justifican— la ausencia de la lectura o de la referencia a libros en casi la mitad de los trabajadores sindicalizados encuestados. Tal como se indicó, en el instante de llenar el papel de la encuesta, el 48 % de los trabajadores no pudo recordar el nombre de un autor ni el título de un libro leído en el pasado. En contrapartida, el segundo grupo de trabajadores realiza la actitud a favor de esta

misma práctica: el 52 % de los encuestados sí pudo recordar nombres de libros y de autores, claro que muchos de estos trabajadores, como dijimos, no leen libros en la actualidad, sino que lo hicieron en algún momento de sus vidas.

La densidad del fenómeno de la lectura debe involucrar otras incursiones fuera de la mera consulta del formulario de la encuesta. Datos complementarios surgen de los testimonios personales, de los inventarios de las bibliotecas obreras, del taller de lectura y creación literaria que realizamos con un puñado de trabajadores. Otras indagatorias podrían interceptar experiencias de lectura y de producción literaria de índole privada o de mínima circulación grupal, de manera que tanto la encuesta como las restantes acciones de nuestra investigación afectaron segmentos de una realidad que reconocemos más vasta y multiforme.

Este mapeo también debe considerar una densidad histórica, describir sus oscilaciones, sus períodos de auge y los de decadencia, las sinuosidades individuales y del colectivo sindical, las tradiciones familiares. Carecemos de esta consistencia investigativa porque, hasta donde hemos podido indagar, no existe en Uruguay una pesquisa concentrada en la relación entre los hábitos de lectura y los trabajadores sindicalizados.

Los resultados que ofrecemos refieren a un estudio focalizado y limitado en su alcance —por el número de individuos afectados, por la selección de singularidades abordadas—, que ilumina una franja de un paisaje del que aún no tenemos noticias completas.

A pesar de estas dificultades y estos huecos, las partes intervenidas revelan comportamientos en sintonía con otros estudios no sectoriales, pero temáticamente afines. En estos casos, el cruce de datos y la consideración de testimonios permiten obtener conclusiones enriquecedoras referidas a tendencias y fenómenos sobre la lectura y precisar —no solo estadísticamente— la afinidad del trabajador con el mundo de la literatura.

El libro a un costado

Lo primero es la ausencia. La lectura del libro —nos referimos a la lectura de textos que involucren una dimensión simbólica, en especial de la tradicionalmente llamada *ficción*, pero también de textos didácticos y otros— no está presente en la vida cotidiana del trabajador. Recuérdese que la opción *libro* recibió solo el 23 % de las respuestas a las alternativas ofrecidas en la consulta sobre soportes de lectura. Si falta ese objeto es porque falta el deseo de poseerlo, y esta carencia involucra tanto a quien la padece como al hipotético objeto que ha desaparecido de su horizonte

de expectativas, así como al universo de realidades que podría ayudar a que reapareciera y a recomponer aquella relación, hoy ausente.

¿Por qué el trabajador no lee libros? Las causas que promueven la renuencia a la lectura del libro comprometen al trabajador metalúrgico, a los escritores, a los textos y a la realidad social.

Antes de realizar la encuesta a los 311 trabajadores, realizamos un primer sondeo sobre lecturas, basado en una serie de preguntas que, sin buscarlo, despejaron el camino para reordenar el formulario que luego íbamos a utilizar.

Aquella primera consulta no fue considerada entonces en los resultados estadísticos, pero la preservamos porque tuvo por virtud indagar en inquietudes sobre las que el trabajador podía explayarse y ofrecer su testimonio en primera persona. Las respuestas revelaron por qué el trabajador metalúrgico dejó de leer; también sirvieron para recibir apreciaciones positivas de quienes leen y promueven la lectura.

Los trabajadores que han descartado la lectura nos cuentan sobre su indiferencia o sobre los motivos de su renuncia. En primera fila están los pretextos. «¿Cuándo dejó de leer?», les preguntamos a cada uno de ellos y nos respondieron: «cuando nació mi hija» (hombre, casado, 47 años); «hace años» (hombre, casado, 38 años; mujer, concubina, 44 años); «no recuerdo» (hombre, soltero, 26 años); «cuando empecé a trabajar» (hombre, casado, 33 años).

Enseguida inquirimos: «¿Por qué dejaron de leer?», y tres de los antes citados nos dijeron: «por falta de tiempo», «por falta de motivación», «por falta de interés».

El tiempo de ocio es exiguo, según el testimonio de gran parte de los trabajadores. Esta convicción es compartida tanto por aquellos que cumplen jornadas de diez o doce horas diarias como por los que trabajan seis horas por día.

Quienes excusaron su alejamiento de la lectura por falta de tiempo trabajan 44, 45 o 48 horas semanales. Es cierto que la jornada laboral de ocho o nueve horas diarias, en los sectores de producción de las industrias metalúrgica, del plástico y otras, supone una exigencia física y mental superior a la de otros trabajadores. Pero sucede que la misma carga horaria semanal, de 44 a 48 horas, es la registrada en promedio entre el grupo de trabajadores metalúrgicos que lee con asiduidad, de modo que la jornada laboral por sí misma no debería provocar la desaparición de la lectura de la vida del trabajador. Ese factor no es descartable, pero es necesario conjugarlo con otros para que su incidencia se torne decisiva. Entonces, la *falta de tiempo* refiere tanto a la nula disponibilidad horaria cuando la jornada laboral es efectivamente extensa como al estrecho margen de tiempo individual cuando la jornada laboral no es prolongada en exceso, pero el resto

del día está ocupado, y en especial el tiempo de ocio, por otras actividades sociales o recreativas.

Estos trabajadores deben tener, además de la exigencia laboral, otros requerimientos que limitan sus posibles dedicaciones a la lectura —cuidado de familiares, tareas del hogar, otros—, pero ninguno de los trabajadores los explicita. En todo caso, la genérica respuesta *falta de tiempo* señala más que una dificultad material, un relegamiento, voluntario o inconsciente, de la lectura, dentro de un cerrado orden de prelación. Es decir, ante el acotamiento diario del tiempo disponible para actividades varias, los obreros metalúrgicos eligen primero aquellas ocupaciones que otorgan mayor gratificación, y la lectura no está entre ellas. Entonces, estos trabajadores cuentan con tiempo suficiente como para enfrentar muchas actividades al día y, al final, nunca resguardan siquiera media hora para la lectura. Así, por ejemplo, uno de los trabajadores que dejó de leer hace años «por falta de tiempo» dedica seis horas al día a mirar tv abierta y por cable, escuchar radio, informativos, programas periodísticos y música, navegar por internet, utilizar Facebook y MP3, y cumple 45 horas semanales de trabajo.

Este desplazamiento, constatado en toda la sociedad, desde la lectura en formato impreso en papel hacia los medios audiovisuales y electrónicos reubica a la clase trabajadora en un universo cultural compartido.

Dentro del abanico de competidores de la lectura en papel, la televisión gana ampliamente. Casi la totalidad de los trabajadores consultados señaló la tv como uno de los medios audiovisuales predilectos. Poseemos esta constatación genérica, si bien no tenemos resultados estadísticos sobre consumo de televisión y otros elementos de esparcimiento cultural entre los trabajadores encuestados. Al enfrentarnos con los entrevistados, quedó en evidencia la equívoca formulación del apartado de la encuesta que atendía este tema y que, en su originaria presentación teórica, parecía correcta. Las dudas provocaron sucesivas consultas de parte de los entrevistados y, al final, nos obligó a descartar la proyección estadística. Por este motivo, otros detalles de este fenómeno son aún una incógnita, si bien las referencias indicadas podrían integrarse a una tendencia relevante.

Hace un siglo, el entonces diputado José Enrique Rodó —uno de los varios promotores de los proyectos de regulación del trabajo— fundamentó la restricción de la jornada laboral en la necesidad de que el trabajador pudiera contar con «algún tiempo de reposo de espíritu o de actividad personal», es decir, dedicarse a «ciertas elementales expansiones de la inteligencia, las conversaciones, las lecturas» (Rodó, 1958, pp. 333, 337 y 338). Tal como ha observado Rocca (2001, pp. 19-20), Rodó no concentró su estudio en este punto porque, desde su óptica, el trabajador debía ser, primordialmente, un productor manual, no un individuo

que compaginara su labor física con la actividad intelectual que, a inicios del siglo xx, era asignada en exclusividad al letrado, con excepción de reducidos espacios promovidos por organizaciones obreras, por anarquistas y socialistas, por comunidades religiosas. De este modo, los nuevos lectores, a lo sumo, podían refugiarse en la lectura de la prensa diaria, no de la literatura, reservada para los espíritus selectos —según la óptica de Rodó—, aptos para admirar lo bello y lo sublime, y esta opción aparecía en tercer lugar, detrás de las «expansiones de la inteligencia» y de las «conversaciones».

Aún así, la preocupación sobre el horario laboral era plausible porque hace un siglo eran decenas de miles los trabajadores de distintas ramas de la actividad del país que trabajaban entre doce y dieciocho horas por día, y si bien todavía hoy persisten amplios renglones de la industria y del comercio donde campean jornadas laborales iguales o cercanas a la mitad de un día (la mayoría de los trabajadores del transporte colectivo, los porteros de edificios y los trabajadores que mantienen dos empleos para mejorar sus magros ingresos, los que han incorporado un segmento fijo de horas extras diarias), también es cierto que este problema ha sido superado en amplios sectores, en los que existe una tradición de convenios y acción sindical vigilante que resguarda la limitación de la jornada laboral. Tal es el caso de los metalúrgicos y de los trabajadores de los sectores afines, con convenios que establecen el límite en un promedio de 45 a 48 horas de trabajo semanal.

Si observamos los resultados de la encuesta, comprobamos que el horario laboral no tiene una incidencia notable en la frecuencia de lectura. El 63 % de los trabajadores que lee con buena o alta frecuencia (varias veces al día, en algún momento del día o alguna vez a la semana) trabaja 45 horas o menos por semana; leen con esa misma periodicidad el 56 % de quienes trabajan 46 a 48 horas y el 59 % de quienes trabajan 49 horas o más. Es decir, entre el mínimo y el máximo de extensión de la jornada laboral, la frecuencia de lectura en la franja considerada buena o alta disminuye solo en 4 %.

A pesar del anterior registro, la extensión de la semana laboral sí podría estar incidiendo en la escasa lectura o en el abandono de este hábito. Solo el 22 % de quienes trabajan 45 horas o menos a la semana lee alguna vez al año, solo en vacaciones o abandonó la lectura, mientras que este guarismo trepa al 31 % y al 30 % entre quienes trabajan de 46 a 48 horas y entre quienes lo hacen 49 horas o más, respectivamente.

En cuanto a las horas de ocio, parece admisible pensar que el grupo que declara no tener horas libres por día (42 %) encuentra en este hecho una dificultad notoria para dedicar su tiempo a la lectura y, así, solo el 42 % lee con alta frecuencia, mientras que, en contrapartida, trepa al 38 % el subgrupo de quienes no tienen horas libres y leen solo alguna vez al año, en vacaciones o abandonaron la lectura.

Luego, la comprobación de horas libres por día para el ocio personal mejora la lectura en todos los subgrupos, pero el aumento de la cantidad de horas disponibles no garantiza un incremento correlativo de la frecuencia de lectura. Recuérdese que estamos ante un universo de trabajadores sindicalizados, por lo que las horas libres son destinadas, presuntamente, a la actividad sindical, además de las demandas propias de la vida familiar u otras.

El problema del horario laboral y del tiempo libre ha estado presente en la mente de los legisladores y de los gremios desde hace más de un siglo, como indicamos. Pero, en aquel momento, ni unos ni otros podían conjeturar la avasallante transformación que sufriría la vida cotidiana de los ciudadanos durante los decenios siguientes, la hegemonía de la imagen, del exitismo sensorial, el retraimiento de la escritura como vehículo cognoscitivo y comunicacional, reducido, las más de las veces, a la síntesis del eslogan, a la nota breve informativa o reflexiva.

El trabajador no lee por falta de tiempo. Cuenta con tiempo de ocio diario, pero otras actividades —recreativas o sociales— lo absorben. Otras veces, no logra hacer coincidir esas horas disponibles con la tranquilidad necesaria que exige la lectura de un libro, y ha trocado el acceso al conocimiento y el aprendizaje que brinda la lectura por otros canales de información, en apariencia más redituables. En un libro comenzamos a informarnos sobre la historia de un personaje o de un pueblo luego de 200 o 300 páginas, en dos o tres horas de lectura, o incluso recién después de leer varios volúmenes sobre un mismo tema, mientras que otros soportes discursivos, en especial electrónicos, nos dan «respuestas» en 60 segundos y nos mantienen «cultivados» en cuotas diarias de 20 minutos. No se trata de reprobar las novedades tecnológicas de la comunicación asociadas a la cultura, sino de visualizarlas como complementos, nunca como sustitutivas o anulatorias de otros medios tradicionales. Claro que el factor negativo aparece cuando se trata de una dispersión fragmentada de elementos desvinculados de cualquier desarrollo histórico o ideológico, un consumo alienante que simula sustituir los vacíos culturales por la sobreabundancia inocua de piezas inconexas del saber, modalidad comunicativa para la que ha trabajado el periodismo exitista, en correlación con la dominancia del mensaje visual. A mediados del siglo xx, este proceso fue observado por Richard Hoggart, para quien los intereses de la clase trabajadora y las fuerzas operantes entonces (medios de comunicación, constructores de opinión pública) confluían en el disfrute de la fragmentación. Así pues, estos sectores se disponían: «[...] a deleitarse con una dieta invariable de pastillas informativas, hechos inconexos y deshilvanados, cada uno con su pequeña dosis de humanidad» (Hoggart, 2013, p. 213).

Enseguida, está el tiempo *psicológico*, el tiempo mental apropiado para sumergirnos en las páginas de un volumen. Este estado de ánimo parece incidir con mayor

prevalencia en los trabajadores metalúrgicos. Pese a que muy pocos de ellos lo expresan deliberadamente, su presencia puede deducirse tras repasar las variadas actividades que desarrollan. Allí aparecen respuestas más convincentes con relación al problema del tiempo disponible para enfrentar la lectura, por ejemplo, cuando un trabajador confiesa: «Leo salteado, por falta de tiempo» (hombre, casado, de 35 años). O una trabajadora, que comenta: «No leo desde que dejé el liceo y comencé a trabajar» (funcionaria de expedición de una empresa de artículos médicos, 23 años, casada, con un hijo).

Esta última frontera entre el liceo (y la adolescencia) y el inicio de la vida laboral (y la madurez) fue citada por otros dos trabajadores para excusarse sobre su abandono de la lectura. Se trata de otra funcionaria de una empresa de artículos médicos, de 27 años, soltera y sin hijos; el otro es un funcionario de una estación de servicio, de 33 años, casado y con tres hijos, quien además observó las consecuencias negativas producidas por la ausencia total de la práctica de la escritura y de la lectura en su formación integral: «Reconosco [que] al faltar [la] literatura en mi vida actual siento la diferencia al conversar o discutir con otras personas. En *discusiones* con la empresa donde trabajo nos sentimos de *sierta* manera inferiores al momento de [tener que] usar palabras bonitas».

Otro trabajador ubicó el nacimiento de su hija como el factor que desestabilizó su relación con la lectura, y otro, una causa similar, aunque manifestada desde su función estrictamente biológica. Ante la consulta sobre cuándo dejó de leer, este chapista de 33 años, «cazado [sic]» y con dos hijos, escribió: «Cuando *em-pese ambarasar*».

La cruda y machista expresión del último testimonio no invalida su acierto respecto a la notable diferencia entre el universo del trabajador soltero y sin mayor responsabilidad familiar y el de aquel que dedica su tiempo libre a las exigencias de un hogar y de una familia. El cambio en la composición familiar y, en especial, el de los roles de cada integrante de la familia produce variaciones que afectan por completo sus vidas. Un maquinista de la industria del plástico, de 47 años, casado y con tres hijos, resumió su experiencia: «Los adultos salimos a trabajar a diario y los hijos quedan solos algunas horas, provocando preocupaciones y tensiones. Cuando estamos juntos nos escuchamos, ya cansados, y no *obtamos* por la lectura, solo en pocas ocasiones al año».

Otro trabajador, también de la industria del plástico, de 46 años, casado y con un hijo, recurrió a una tradicional dicotomía para desmarcarse de la lectura: «No me gusta leer ni escribir. Me gustan los números».

Entonces, existe un contexto que obstruye la posible dedicación a la lectura, relacionado con la disponibilidad temporal del trabajador asalariado, pero en realidad, esta dificultad compite en nivel de prevalencia con la actitud y el estado de ánimo del mismo trabajador.

Zona geográfica; economía familiar

El presente estudio ha abordado trabajadores de la industria metalúrgica y de sectores afines de Montevideo y solo excepcionalmente del interior del país. No hemos atendido la posible variación del hábito de la lectura según la zona geográfica de trabajo y de residencia del trabajador. Una mejor y mayor accesibilidad física a los locales de venta de libros (librerías, supermercados, shoppings), de mayor abundancia en los barrios de la costa de Montevideo, incluido el Centro, debería facilitar el hábito de la lectura entre los trabajadores que viven en esas zonas. Sin embargo, sospechamos que esta circunstancia no es determinante. Primero, porque si bien en la mayoría de los barrios no abundan los comercios de libros, también es cierto que sobreviven, combinados con otros ramos comerciales (kioscos, bazares, papelerías), en casi todos los barrios de la capital. Segundo, por la presencia de bibliotecas municipales y sociales (incluida la biblioteca de la UNTMRA) en varios puntos del departamento, así como de puestos de venta ocasionales o permanentes en ferias vecinales. Al fin, podemos convenir que cualquier trabajador que desee leer un libro puede adquirirlo si dispone de un poco de tiempo y el dinero equivalente a dos boletos para trasladarse unas decenas de cuadras hasta una librería o un shopping. O mejor aún, si accede a internet, puede comprarlo por esta vía y recibir el volumen en su domicilio, o bajarlo gratis, luego de ubicarlo en la web, donde existe una creciente cartera de libros en formato PDF. O puede solicitar su préstamo a un familiar, a un amigo. La zona donde habita el trabajador puede estimular o desalentar la adquisición de un libro, pero nunca impedirlo.

Tampoco parece admisible el costo de un ejemplar como impedimento para su adquisición. El mercado del libro ofrece productos incluidos en una amplia franja de precios, tanto de libros nuevos como de usados, especialmente en este último rango, donde pueden encontrarse ofertas y variedades de toda índole, desde sumas irrisorias que rondan los cien pesos, menos de cinco dólares en 2011. Varios de los títulos citados por los trabajadores en nuestra encuesta se ofrecían a 100 o 150 pesos en la web. Quien lo desee puede mantener el hábito de la lectura sin condicionar gravemente su economía doméstica. Por otra parte, según se desprende de la encuesta, la realidad económica de los hogares de estos trabajadores no refleja incidencia alguna en la frecuencia de lectura.

Claro que también en esta variable incide la percepción individual antes que la oferta múltiple del mercado y, en algún caso, cualquier gasto de menor cuantía se torna relevante en salarios de sobrevivencia. Una obrera fabril de la industria del plástico, de 34 años, soltera, con un niño a cargo y un salario nominal de 14 300 pesos, argumentó su falta de lectura en la imposibilidad de comprar libros porque los consideraba caros: «Me gustaría leer más pero no puedo comprar libros por razones económicas». Otro obrero de la misma industria, divorciado, de 33 años, otorgó a la encuesta una incidencia potencial que obviamente no posee, al manifestar su deseo de que investigaciones de este tipo contribuyan a que los libros sean más accesibles para los trabajadores de bajos ingresos: «Espero que [la encuesta] contribuya a bajar los precios y el acceso en general a mayor cantidad de libros».

La consulta a 311 trabajadores fue realizada cuando varios sectores del gremio tenían convenio salarial. A pesar de este contexto favorable, resulta notorio que las franjas de bajos ingresos de una parte considerable de estos trabajadores y, seguramente, las composiciones familiares, la carestía de la vida —alimentos, alquileres, transporte, etc.— eran factores que seguían desestabilizando la economía doméstica de sus hogares. En esos contextos, un libro pertenece a la categoría *objeto suntuario*. Tal como acontece con la jornada laboral, el tiempo libre y la disponibilidad para la lectura, al referirnos a la realidad económica del trabajador, debemos considerar factores medibles y cuantificables y, en interacción con ellos, elementos subjetivos que señalan estados de ánimo, percepciones, que pueden dejar sin efecto la incidencia de los primeros.

Para evaluar la relación entre la economía del trabajador y la frecuencia de lectura hemos considerado el nivel económico de los hogares del trabajador, en dos categorías: en la primera, el número de habitantes iguala al número de quienes colaboran con la economía familiar; en la segunda, el número de habitantes supera al número de quienes colaboran con la economía doméstica.

Entonces, vemos que es casi idéntico el porcentaje de quienes mantienen un alto nivel de regularidad en la lectura y viven en hogares donde los habitantes igualan al número de colaboradores con la economía doméstica (61 %), al de quienes también registran una alta frecuencia de lectura, pero viven en hogares donde los habitantes superan a los colaboradores con la economía familiar (60 %).

Lo mismo acontece al comparar estos dos tipos de hogares en las frecuencias de baja o nula lectura: 26 % suman los trabajadores que leen alguna vez al año, solo en vacaciones o dejaron de leer y viven en hogares con igual número de habitantes que de colaboradores con la economía doméstica, y 25 % suman los trabajadores que mantienen esas mismas frecuencias de lectura, pero viven en hogares con mayor número de habitantes que de colaboradores.

Luego, la evaluación personal de cada trabajador sobre su realidad económica sí tiene incidencia en su actitud hacia la lectura. La periodicidad en la lectura aumenta cuando esta evaluación es *buena* y disminuye cuando es *comprometida* o *muy mala*, con una distancia de entre ocho y doce dígitos, según sean considerados los subgrupos de alta o de baja y nula frecuencia lectora.

«¿Para qué es esto? ¿Para qué sirve?»

Otras variables parecen tener una incidencia relativa en la frecuencia de lectura: las mujeres leen con una regularidad algo menor que la de los hombres; los trabajadores menores de 39 años leen menos que los que tienen más de esa edad; los casados leen más que los solteros; quienes solo cursaron educación primaria leen menos que aquellos que llegaron a la secundaria o a la Universidad del Trabajo del Uruguay (UTU), menos que los trabajadores que realizaron cursos técnicos especializados y que aquellos que realizaron cursos de nivel terciario.

Tal vez la parquedad de las respuestas de quienes no leen o la simpleza y debilidad de sus explicaciones —«no tengo tiempo»— estén amparadas por la ajenidad que la pregunta implica. Es decir, la mayoría de los trabajadores no se pregunta, y mucho menos se cuestiona, por el hecho de no leer. Aquí, la encuesta falla por su exotismo. Tal como advierte Pierre Bourdieu, las encuestas conminan al encuestado a responder problemas que no se plantea (Bourdieu, 2000).¹ Entre ellos, es factible pensar que la lectura sea uno de los más insólitos. La pregunta no solo aparece como una molesta conciencia que va a poner en crisis lo que estaba en una aparente legalidad, una *administración* de la vida individual que, pocas veces, incluye la lectura dentro de un *programa* de vida, sino que indaga sobre algo que no tiene cabida en la explicación del universo de motivaciones que lo contiene. Esto es, la lectura no interesa, en tiempos en los que la eficacia y, más precisamente, lo útil y productivo son valores excluyentes. Es, además, una incursión en una zona que el trabajador puede considerar íntima. Muchos trabajadores desistieron de llenar el formulario, siquiera de leerlo. En más de una ocasión nos lo devolvieron vacío con un «disculpame, ahora no puedo». En una oportunidad, un trabajador miraba alternativamente las hojas del formulario y hacia adelante, al vacío, sentado en una de las gradas de la tribuna de un club donde se realizaba una asamblea sindical. Los segundos pasaron con lentitud, hasta que uno de sus compañeros, sentado a su lado, nos explicó: «Dejalo, este es analfabeto, no te va a escribir ni el nombre»,

1 El pensador francés entiende que la opinión pública manipulada por un régimen de preguntas y encuestas que responde a un interés político, «es un simple y puro artefacto y cuya función es disimular que el estado de la opinión en un momento dado es un sistema de fuerzas de tensiones, y que no hay nada más inadecuado para representar el estado de una opinión que el porcentaje».

y aflojó el comentario con una risa que logró hacer colectiva. El hombre que miraba a la nada sintió cierto alivio por la intervención y nos extendió el formulario: «Te lo lleno otro día», dijo, y aceptamos la promesa imposible de cumplir. Fue una instancia extraordinaria porque otros 311 trabajadores sí llenaban los papeles, al menos parcialmente, pero, a pesar de su carácter insólito, es un dato que no se puede pasar por alto.

A su vez, entre quienes sí aceptaron el formulario, existió un alto porcentaje de respuestas sin responder y esta opinión, que podríamos llamar *silenciosa*, activa, determinó que desecháramos segmentos enteros de la consulta. Se trata, en primer término, de una deslegitimación radical a la motivación política, en amplio sentido, que conlleva nuestra inquietud, traducida en un formulario y en una breve presentación ante cada trabajador. Representa una observación pertinente, que asumimos al compilar los resultados, ordenarlos y resumirlos en este libro.

Los cuestionamientos planteados por este grupo de trabajadores desplazaron la encuesta hacia la sospecha utilitaria. Muchos la recibieron con sorpresa y, al leerla, preguntaron: «¿Para qué es esto?», y otros dos o tres inquirieron: «¿Para qué la vas a usar?», y otros: «¿Para qué sirve?». Nosotros respondimos con un argumento que aspiraba a construir el hipotético interés o la peregrina *utilidad* que los propios encuestados le darían a sus formularios: el sindicato podría utilizar la encuesta para delinear futuras acciones culturales. Aún estamos convencidos de esta utilidad.

Una trabajadora, divorciada, con tres hijos, que prefirió reservar su edad y la empresa en la que trabaja, cuestionó el formulario porque contenía preguntas ajenas al asunto principal, la literatura. Por este motivo nos escribió: «Las preguntas no contestadas [sobre la realidad económica o familiar del entrevistado, por ejemplo] es porque no tienen nada que ver con la lectura, si es lo que realmente les interesa». Otra trabajadora, también con edad que prefirió reservar, casada y con cinco hijos, compartió la opinión de su colega, pero atenuó la crítica con una aceptación general de la encuesta: «Si no contesté alguna pregunta fue porque no entendí la relevancia de la misma. Me resultó muy interesante la encuesta». Las dos no solo participaron de un cuestionamiento que denuncia la ajenidad apuntada por Bourdieu, sino que, en especial, se colocaron en un lugar de equidad respecto a sus interlocutores, con la sana posibilidad de hacer valer sus opiniones y sus autoridades.

Aquella interrogante sobre la utilidad de la encuesta encerraba otra certeza, tan negativa como la primera: se trata de temas y preguntas sobre cuestiones que hacen al mundo intelectual, en especial, letrado, y ese es el mundo del que no participa —quizás solo en alguna ocasión y de manera lateral— el obrero metalúrgico. Así, un tornero de 29 años consideró el formulario «extenso e inapropiado para el ambiente».

La relación entre los intelectuales y los sindicatos es un problema que excede este ámbito y radica en el histórico rencor de quienes no pudieron acceder a una formación profesional hacia aquellos que sí lo hicieron y mejoraron su situación económica gracias al esfuerzo individual, pero también al acento en el lucro, transformando el ejercicio de la profesión en un instrumento para alcanzar este último objetivo, ahora principal. También, en el movimiento obrero persiste la histórica renuencia a aceptar cualquier injerencia de los intelectuales en los asuntos sindicales. Recuérdense, por ejemplo, los debates sobre la participación de los intelectuales en las asociaciones de resistencia, a inicios del siglo xx, en Uruguay, polémica reflejo de idénticas discusiones surgidas en España e Italia y que, de manera cíclica, resurge con inusitada vitalidad.

La versión radical de quienes rechazan la figura del intelectual que pretende intervenir en la vida sindical se asienta en una epistemología que elude o, al menos, traslada a un segundo plano la palabra como vehículo eficaz para la lucha social. En algún momento, cuando conversamos ligeramente sobre estos temas, Juan Murchio, secretario de propaganda de la UNTMRA, aceleró una respuesta casi automática ante nuestra inquietud por el mundo de la escritura y de la lectura: «Nosotros no leemos, ocupamos fábricas», nos dijo entonces. Claro que, días más tarde, volvimos a dialogar con él de estos temas y coincidimos sobre la trascendencia de la lectura en la formación de la conciencia social del obrero. Pero aquella primera reacción, pícara, provocativa e irónica, refiere a la antigua dicotomía entre la llamada *propaganda por el hecho*, la acción social en su abanico de posibilidades, y la *propaganda por la palabra* o la convicción en la palabra como vehículo determinante para la transformación de conciencias, para la redención de una clase social; dicotomía disoluble en una gama de matices y experiencias que interceptan la cultura y la acción, y arrinconan las referencias excluyentes al rango de las caricaturas.

Al menos dos trabajadores abrieron otro flanco de sospechas hacia el cuestionario. Preguntaron por qué debían informar sobre datos personales y, en particular, sobre niveles de ingreso, e insinuaron que estas informaciones podían terminar en manos equivocadas, ajenas a los promotores de la consulta e incluso llegar a los *servicios secretos*, en directa referencia a una de las tristes funciones de seguimiento y fichaje de activistas sociales por parte de los agentes de *inteligencia* policial, de profusa actividad durante la pasada dictadura y en años posteriores y no tan lejanos.

Claro que otros trabajadores dieron su bienvenida a la encuesta porque vislumbraron un diálogo positivo y productivo para las dos partes, y porque nadie antes se había preocupado en detalle sobre sus vidas y sus hábitos culturales por el mero objetivo de satisfacer un afán de reflexión y de conocimiento, así como para documentar una realidad que pudiera servir de insumo para trazar políticas de formación sindical.

Estos trabajadores respondieron a la consulta con minuciosidad y demostraron interés por los temas propuestos. Interactuaron con nuestras percepciones sobre la relación entre la literatura y el lector sindicalizado, valoraron la incorporación del hábito de la lectura en sus vidas, necesidad que expanden a sus familiares y a sus compañeros del sindicato. Esta inquietud cultural empalma con una tradición del sindicalismo, que ve en la cultura y, en especial, en la circulación de la palabra escrita, recitada o representada, un instrumento de liberación. Una operaria de la industria del plástico, de 40 años, escribió: «Me parece grandioso que exista una forma donde poder expresar lo que sentimos, nuestras vivencias, y más a través de la escritura. La encuesta es un poco larga pero bien, es una forma de conocer a la persona». Otra obrera de la misma industria, casada, de 43 años, opinó que la encuesta «es muy buena y me encantaría que a los niños y jóvenes se les involucrara más [en la lectura] porque es muy interesante para tener las cabezas ocupadas con cosas sanas para su formación».

La mala experiencia

Otros factores han incidido en el alejamiento de la mayoría de los trabajadores de las páginas de un libro. Muchos han vivido experiencias nefastas de lectura. Es posible pensar en efectos negativos, como consecuencia de la imposición de algunos ejemplos del canon literario, durante su breve o prolongado pasaje por las aulas del sistema educativo. Resulta notorio que los programas de estudio se actualizan con desesperante lentitud y mantienen un constante desfasaje con los cambios y las novedades que surgen del mundo de la literatura, teniendo que negociar siempre con la visión mayoritaria que considera imprescindible un elenco de obras y de autores clásicos e insustituibles. Luego, una segunda discontinuidad atañe a las expectativas y a los gustos que los niños y los adolescentes de familias de trabajadores fabriles tienen por la literatura, tampoco atendidos en su exacta dimensión por el sistema educativo formal.

Este asunto señala un segundo aspecto de aquella tetralogía integrada por el autor, el texto, el lector y el contexto social. El autor está muchas veces dislocado en relación con la mentalidad de un público obrero con el cual, claro que no en todos los casos ni en el mismo grado, está desvinculado. No lo conoce. El texto, en especial su lenguaje, pero también el universo que construye y el discurso que propone, está distanciado de lo que el trabajador aprecia y reclama. Como resultado, desaparece el sentido de pertenencia esperable cuando abundan las señales interpretables y se crea la sintonía emotiva e intelectual entre el autor y el lector desde el texto que los intermedia. Hablan otro idioma.

El problema de la sintonía entre los escritores y el *pueblo* —nominación genérica que atiende, en especial, a los trabajadores, aunque no solamente— preocupó, desde fines del siglo XIX e inicios del siglo XX, a las nuevas corrientes ideológicas, en especial al anarquismo y al socialismo. Los activistas sectoriales, llamados entonces *propagandistas*, procuraron en los periódicos la expresión simple y directa para lograr una efectiva comunicación con el público. Existen ejemplos de esta feliz coincidencia entre la retórica, el estilo del escritor y la lectura del público o lector cautivo. En 1904, en la revista argentina *Martín Fierro*, dirigida por el poeta anarquista Alberto Ghirardo, apareció una carta al director de la costurera Mariana Riviere, viuda, madre de cuatro hijos, en la que relata su satisfacción por haberse encontrado con una literatura que, a su juicio, está escrita «para el pueblo»:

Yendo esta mañana a la tienda a entregar mis costuras, alguien puso en mis manos un papel que tomé distraída. Iba a arrojarlo a la calle creyendo que se trataba de un aviso para mí sin importancia, cuando un nombre me llamó la atención, *Martín Fierro*. *Revista popular*, leí más abajo. ¡Cómo!, pensé, esto quiere decir revista para el pueblo. Entonces ¿hay quien se acuerde del pueblo, quien escriba para él? [...]

¡Cuánto me ha dicho este pequeño papel! ¡Cómo ha hablado a mi cabeza y a mi corazón! [...]

Pienso que escribir para el pueblo es algo muy noble, muy bello. Recuerdo el placer que sentía yo leyendo, cuando era muchacha. Entonces trabajaba, pero mucho menos que ahora, tenía a veces tiempo para leer, hoy solo lo tengo para entregarme por completo a mi tarea. Pienso en todas y en todos los que como yo viven así. ¿Acaso el pueblo no necesita leer? [...]

¡Qué noble, qué hermoso, es llevar una esperanza al pueblo que «sufre, ama y produce»!

Reciba usted el agradecimiento y el afecto de una mujer que pertenece a ese pueblo.²

Es tentador pensar que los periódicos sindicales de la UNTMRA han cumplido esa indispensable función vinculante entre propagandistas o periodistas obreros y lectores-trabajadores, la misma que reveló la lectora de *Martín Fierro* para confirmar la comunión entre el público privilegiado por esa revista —asalariados, desocupados, sectores medios letrados— y sus hacedores. Hay que observar, sin embargo, que aquella era una empatía específica de lectura entre un semanario de carácter literario, dirigido por un connotado intelectual anarquista, y la recepción de una trabajadora.

2 Riviere, M. (Marzo, 1904). La canción de la aguja. *Martín Fierro*, (2), p. 14. Un fragmento está reproducido en Ansolabehere, (2011, pp. 41-42), lectura que nos advirtió sobre este dato y nos llevó a las páginas de la revista argentina. En el n.º 7 de *Martín Fierro*, el tema está considerado en el editorial «El arte para el pueblo», sin firma pero seguramente escrito por Alberto Ghirardo (Abril, 1904. El arte para el pueblo. *Martín Fierro* (7), p. 3).

La oferta cultural, la industria y la vida del trabajador han variado, pero algunos problemas subsisten: cómo sincronizar las frecuencias expresivas y lexicales, los temas y los sentimientos, cómo instalar el diálogo entre el autor, el texto y el público. No se trata necesariamente de que el narrador o los personajes hablen como lo hace una posible mayoría de trabajadores, sino de calzar desde varios espacios con su sensibilidad.

En la década de los 30, Antonio Gramsci se quejaba de la ausencia de una literatura popular en Italia y de la «falta de una identidad de concepción del mundo entre escritores y pueblo»³. Atacaba el sentimiento de casta de los intelectuales, su falta de articulación con el pueblo en tanto conjunto de clases subalternas, y apuntaba el acierto de la novela de folletín que conquistaba multitudes. La novela de folletín ya no existe, pero sobrevive el espacio literario que satisface aquella demanda de emociones. Podemos pensar que la sólida presencia del best seller, el espiritualismo y la autoayuda dentro de las preferencias lectoras de los obreros metalúrgicos, tal como se desprende del repertorio detallado en la próxima sección de este capítulo, tiene que ver con aquella avidez. Luego, el contexto poco ayuda. Otros lenguajes, otros canales, otros sistemas simbólicos dominan la vida cotidiana y el ocio del siglo *xxi*, tal como ya hemos apuntado.

Otros cambios atentan contra el hábito de la lectura de libros. La lectura y la escritura se visualizan como vías de ascenso social y la figura del escritor ha dejado de ser módica para inmensas capas de la sociedad. A pesar de este proceso, y en parte desde la articulación entre literatura y política, en Uruguay hemos vivido en los últimos años algún ejemplo de popularidad de escritores fuera de los restringidos círculos de letrados. Así, por ejemplo, en 2009 los montevideanos pudieron protagonizar una manifestación popular cuando la muerte de Mario Benedetti, pero el episodio estuvo teñido de reconocible excepcionalidad. A su vez, no son comunes los puntos de encuentro entre el escritor de sectores medios y letrados, y el público obrero. Hay escritores integrados a algún sindicato —Ignacio Martínez y Eduardo Labraga son dos buenos ejemplos— que participan de comisiones de cultura o incluso colaboran con sus medios de difusión. Pero este vínculo no es frecuente ni extendido. Menos, a la inversa, vemos obreros de talleres o de fábricas concurrir a presentaciones de libros, talleres o lecturas literarias, actividades de por sí con escasa concurrencia y a las que tampoco asistimos masivamente los intelectuales ni los literatos de los sectores medios. Es un lugar común hablar de la depresión, en la sociedad, de los hábitos y las prácticas tradicionales del universo de la literatura, por lo que no podemos exigirle a los trabajadores metalúrgicos que sean la excepción.⁴ Acaso la lectura señala otro

3 Gramsci, 1961, pp. 123 y ss

4 El auge de páginas, revistas y blogs en internet de y sobre literatura ofrece, en contraste, un horizonte promisorio en este mismo campo de la cultura.

desgarro que, en las últimas épocas, se ha sumado a las fracturas múltiples de una sociedad no solo estratificada, sino también diseminada y divergente.

Si abrimos el lente hacia la sociedad, resulta difícil precisar el lugar que ocupa la lectura hoy como valor en el relacionamiento, en particular en la conversación entre amigos, pero sin mayor margen de error, podemos pensar que ha disminuido drásticamente en el último siglo, acosada por otros sistemas de comunicación. Para corroborar esta genérica percepción basta con reparar en que, a fines del siglo xix y principios del siglo xx, proliferaban los espacios para la lectura: bibliotecas y salas de lectura sindicales, por ejemplo. Claro que era un tiempo en el que no había competidores electrónicos (la radio comenzó a inicios de la década de los 20 y la televisión, a inicios de los 60).

Otro factor alimenta el lodazal donde encallan las posibilidades de la literatura como aspirante a ocupar el centro de expectativas del trabajador. Nos referimos a la condición del acto de lectura en tanto recepción de lo escrito y de la autoridad de la palabra, de la lectura entendida como «vehículo que impone una autoridad» porque, según Chartier, «el texto transmite en su lectura un orden, una disciplina, una forma de coacción» al tiempo que la escritura «procura la posibilidad de una libertad» (Chartier, 2006, p. 27). Tal vez la deserción de lectores contenga un voto de desautorización al autor como vehículo de orden y de verdad, en tiempos en que el concepto de autoridad está en transformación y no es patrimonio fijo ni exclusivo de un tipo ni de una función social, al menos en su aspiración totalizadora, unidireccional e impositiva.

Detrás, resulta notorio el fracaso, o al menos el retroceso, de un proyecto cultural. Era el «proyecto ilustrado» al que refiere Chartier (2006, p. 179), el de las sociedades europeas, al que las élites gobernantes americanas —burguesas y cosmopolitas— adoptaron como decálogo áureo. Ese proyecto de tinte liberal tuvo por centro y respaldo la palabra escrita y la lectura. Haciendo confluir a intelectuales y a trabajadores, descansaba en la confianza plena de la instrucción de las *masas* como garantía democrática del avance social.

El declive fue pausado, pero constante. Uno de sus puntos de inflexión se remonta a los primeros años de la segunda mitad del siglo xx. Antes de la Revolución cubana (1959) y de la sobrecuota de optimismo irradiada con ella hacia todo el continente sureño, Carlos Real de Azúa había advertido la descomposición del sitial de privilegio cultural que Uruguay había ocupado dentro del contexto latinoamericano. Observó el divorcio entre la cultura *desinteresada y libre* y la profesional y reglamentada, visualizó el deslinde entre las artes *superiores* del espíritu y su policromo repertorio de valores y la cultura de masas, con su crecimiento desmesurado, a grupas de la tecnología y de la propaganda. El deterioro afectaba también

a la literatura, que viviría todavía algunos años más de auge, a consecuencia de la expansión de la escolaridad en la enseñanza secundaria y a ingentes esfuerzos editoriales en la década de los 60. Sin embargo, según Real de Azúa:

La cultura, en sentido «intelectual», ha seguido viviendo entre forcejeos, sostenida en la vocación sacrificada de unos pocos y apoyada (a lo más) en dotaciones presupuestarias del Estado siempre crecientes y siempre insuficientes. No es posible ocultar que como una comunidad se hace normalmente más densa, más enmarañada y más «seccional», pese a millones y a vocaciones, nuestra cultura pierde cada día influencia en la comunidad y cada día se ve reducida un poco más a los ambientes especializados (y aun profesionalizados). La otra Cultura en sentido amplio, como en todas partes aparece de más en más enfundada a las consignas y a los intereses de los grupos dominantes: capital, castas políticas, poderes nacionales del Mundo (no solo de Occidente, con ser lo occidental lo prevalente). Opera a través de la avasallante masificación de los medios de propaganda y publicidad que el maquinismo y la técnica han puesto en manos de los fuertes.⁵

Aquel proyecto cultural y político-estatal tuvo por soporte el aparato institucional-educativo —vareliano, batllista— y dialogó, luego, con programas educativos provenientes de fuerzas sociales, entre ellas los sindicatos (recuérdese que muchas bibliotecas sindicales de mediados del siglo xx fortalecieron el servicio de préstamo de libros de educación primaria y secundaria). Durante un siglo dibujó su nacimiento, auge y declinación. Hoy sobrevive a impulsos espasmódicos. Fracásó. O se metamorfoseó en prácticas adyacentes y realzó, enseguida, la oralidad como vía de comunicación, conocimiento y aprendizaje. Hemos visto a 1 500 trabajadores metalúrgicos escuchar, con atención y respeto, media hora de disertación y arenga de un dirigente, durante una asamblea sindical. De hecho, son cientos los activistas que dedican decenas de horas por mes a hablar y a escuchar en reuniones de comités de base de fábricas y zonales sindicales, en encuentros de delegados, comisiones y asambleas. Esta palabra en circulación transita por las retóricas de la arenga y del panfleto, pero está tamizada por la comunicación informativo-explicativa y por la reflexión.

Fuera de la vida sindical, estos mismos trabajadores destinan otras decenas de horas a recibir mensajes de texto o vía correo electrónico, a interactuar con los medios de comunicación modernos, a participar de manera más o menos activa de espectáculos musicales y artísticos —Carnaval, rock, folklore, tango, etc.—, en los que la poesía cantada goza de óptima salud. Aquí se intercala la lectura, en especial, de textos en formato electrónico, mayormente breves, pero pocas veces

5 REAL DE AZÚA, C. (Octubre, 1957). ¿Adónde va la cultura uruguaya? *Marcha*, (885), pp. 22-23; (Noviembre, 1957). ¿Adónde va la cultura uruguaya? *Marcha*, (886), pp. 21-23.

el volumen impreso, el libro. Entonces, recuperamos la constatación señalada al inicio: el objeto *libro* ha dejado de ser un soporte privilegiado dentro de la cultura del trabajador. Ha quedado relegado y la lectura como práctica ya no es sostenida por la estructura sindical. Además, cualquier impulso individual en esta dirección se encontrará con la dificultad producida por la condición recesiva del hábito de leer. Un hilo se cortó hace un par de generaciones y todo indica que será necesaria la suma de muchas voluntades para repararlo.

Leer y vivir

Otros trabajadores metalúrgicos practican la lectura como una experiencia de vida. Aquí se registran testimonios de variada riqueza. La lectura está presente en la vida de los trabajadores, estimula y amplía sus sueños, dibuja sus fantasías, brinda el sustrato conceptual que justifica sus reflexiones. La literatura es un cauce de pensamiento y de placer, ayuda a vivir. Testimonios sobre esta trabazón entre el trabajador y la lectura pueden repasarse en el capítulo que informa del taller literario que realizamos con activistas de la UNTMRA. Esos testimonios se ampliaron en las respuestas de la encuesta personal sobre lecturas y tiempo libre, y en los diálogos que mantuvimos con varios sindicalistas.

En la hoja de la encuesta preguntamos al trabajador si la literatura ha cambiado sus vidas. La mayoría dejó el renglón en blanco. Otros ofrecieron breves pero indicativas respuestas y, con ello, explicitaron el grado de intensidad del vínculo que tienen con la lectura.

Un hombre soltero, de 31 años, operario de una empresa de auxilio automotor, dijo que la literatura le ha otorgado «información». Otro trabajador, de 64 años, puntualizó que el cambio que ha vivido por la lectura de libros ha sido «sicológico». Una operaria del área de mantenimiento de una firma metalúrgica, de 61 años, divorciada, es lectora de la Biblia y de *La décima revelación*, de James Redfield, libros que —confiesa— han cambiado su vida «internamente». Un hombre de 31 años dijo que la lectura «arroja más sabiduría», y una mujer soltera, de 25 años, reveló que la literatura la ha cambiado «en mucho. Me ayuda a superar malos momentos». Un operario de máquina de una empresa electrónica, de 21 años, dijo de la literatura: «me ha ayudado a formarme como persona».

En otras preguntas, el trabajador podía extenderse en señalar virtudes de la literatura y en hablar de sus autores predilectos. Una vez más, los espacios en blanco dominan, pero otros compartieron sus experiencias y opiniones.

Un hombre soltero, de 44 años, definió la literatura como «una forma de expresión que une el arte, la imaginación, los cuentos, la ficción y nos puede mostrar la cultura de un país». Un peón especializado, de 32 años, que se desempeña en la industria del plástico,

dice de la lectura: «me lleva a donde aún no he podido ir y también me trae épocas que no conoceré». Un pintor, soltero, registrado en una fábrica del rubro electrónica, de 34 años, otorga a la literatura la responsabilidad de haber cambiado su vida con un efecto «principalmente ideológico».

Los testimonios de estos trabajadores sobre la lectura y la incidencia en sus vidas están signados por la transparencia del tono confesional:

Me ha abierto la cabeza y veo las cosas con otra perspectiva (operario de soplado en fábrica de plástico, 37 años, concubino, dos hijos).

Me llena el alma (telefonista de empresa de auxilio automotor, divorciada, 45 años).

Mente abierta. Vocabulario. Faltas ortográficas (funcionaria del ACU, 24 años, soltera).

La lectura ha mejorado la perspectiva sobre algunos temas (administrativo contable, 41 años, casado, dos hijos).

La lectura ha cambiado en mucho mi vida. Abre los ojos, me muestra otra manera de ver las cosas (operario de mantenimiento, 22 años, concubino).

La lectura me ayuda a incrementar el intelecto y el conocimiento del entorno (medio oficial pintor, 32 años, casado, un hijo).

La lectura me ha ayudado a mirar la vida con otros recursos e imaginación (operario de armado en empresa metalúrgica, 28 años, soltero).

La lectura me entretiene, me saca de las preocupaciones (administrativa, 44 años, divorciada, dos hijos).

Otro hombre, casado y de 56 años, que cursa la carrera de abogacía, reconoció que la literatura «alimenta el alma; forma como individuo, afirma la personalidad y aumenta los conocimientos». Este trabajador hizo su ranking personal de los autores que evalúa como más importantes y, en cada caso, señaló los motivos de su elección:

Benedetti. Emblemático autor nacional, realista e imaginativo.

Galeano. Amplia *berborragea*, y utiliza muchas metáforas.

Barbagelata. Claridad en la exposición de los temas.

Jorge Amado. Capacidad de captar la *idiocincracia* del pueblo, de Salvador de Bahía en especial y transmitirla en sus libros.

El suyo es un caso singular, por tratarse de un trabajador que ha elegido realizar una carrera humanística que implica la lectura. Además, no enfrenta dificultades materiales para acceder al libro —posee un ingreso decente, trabaja 44 horas a la semana— y, sin embargo, condicionado por los requerimientos familiares y por la

especificidad de sus estudios, arguye falta de tiempo para practicar la lectura como ocio o placer. Dice: «No compro libros porque actualmente no tengo todo el tiempo que necesito para disfrutarlos».

Su lista de favoritos tiene puntos en común con las de gran parte de los lectores de la industria metalúrgica. Tal como sintetiza la encuesta —ver capítulo siguiente—, Benedetti y Eduardo Galeano son los dos autores más leídos por los 311 encuestados. Héctor Hugo Barbagelata, quien fuera profesor de Derecho Laboral de la Facultad de Derecho de la Udelar, autor de numerosos libros sobre legislación del trabajo, solo fue mencionado en esta oportunidad y resulta evidente que se corresponde con la carrera elegida por el lector aquí citado. La referencia a Jorge Amado, autor compartido por otros trabajadores, queda explicada por las cualidades que este mismo lector señala en su argumentación.

Otros trabajadores detallaron sus predilecciones literarias:

Gabriel García Márquez me enamora (mujer divorciada, de 43 años).

Me gusta [Edgar] Allan Poe. Por lo atrapante de sus narraciones (impresor de la industria del plástico, soltero, 33 años).

Me gusta Quiroga. Por la forma de describir y expresar (maquinista de Gepax, 32 años, casado, tres hijos).

Leo a Julio Verne debido al poder de imaginación, de narración, *sin haber estado o vivido por esas situaciones* (funcionario del sector limpieza en empresa de la industria del plástico, casado, 52 años, dos hijos).

Me gusta Galeano por lo imaginativo en plantear la realidad social (operario de la industria del plástico, 46 años, soltero, sin hijos).

Mi escritor favorito es Arturo Pérez-Reverte. Escritor histórico, novelista que atrapa (medio oficial electricista en industria metalúrgica, 31 años, soltero, sin hijos).

[Elijo a] Roy Berocay, porque complementa la escritura con música (técnico de campo en empresa de micromecánica, 36 años, casado, sin hijos).

Mario Benedetti [es mi escritor favorito] porque fue, es y será uno de los mejores escritores nacionales (operario asignado a la preparación de compuestos químicos en industria del plástico, 30 años, casado, un hijo).

Me gusta leer [a] Sherlock Holmes (operario de alarmas en empresa de seguridad electrónica, 35 años, soltero, un hijo).

J. R. R. Tolkien [es mi escritor favorito]. Atrapa con la narración, no se confunde al crear historias (operario de electrónica de ccc del Uruguay, 27 años, soltero, sin hijos).

En nuestra incursión en el gremio metalúrgico, no hallamos un trabajador que manifestara el deseo incontrolable hacia la lectura. Quizás lo haya, pero en caso de que así fuera, nadie nos informó acerca de él. Los tiempos contemporáneos muestran que estamos lejos de los testimonios heroicos de los lectores obreros del siglo XIX, en Europa. Aquí no hay un Thomas Wood, como en Inglaterra, quien leía a la luz de una lumbre de su humilde morada porque no se podía permitir una vela o un Jean-Baptiste Dumay que solía leer junto a las brasas de su estufa de carbón (Lyons, 1998, pp. 506 y 510). Aquella pasión por la lectura respondió a la primera modernidad, a una sociedad que depositaba en el libro —y en el teatro— la responsabilidad de satisfacer el anhelo de ficción. Claro que muchos trabajadores metalúrgicos contemporáneos han hecho esfuerzos encomiables en procura de concluir un curso o una carrera y, por esa vía, han robado horas al descanso diario para leer un libro. Quizás otros hayan destinado ese mismo esfuerzo a saciar una lectura placentera o de expansión.

Testimonios sobre lecturas productivas y esfuerzos encomiables de parte de obreros uruguayos para realizarlas existen, aderezados con el aroma que envuelve al modelo del lector —instruido, dedicado, sabedor de su oficio— a contrapelo de la vida gris y hasta ruin asociada al trabajo rutinario.

Hace una década, el Uruguay conoció el ejemplo creativo de Richard Santana y sus fantásticas esculturas en miniatura, con las que aún hoy asombra al público. Su testimonio viene al caso porque se trata de un expleado de un taller mecánico que imbricó su pericia manual con la fantasía que le brindaba la lectura.

Santana inició su carrera como artista autodidacta haciendo un uso creativo de la hora libre del descanso del mediodía. Entonces se dedicaba a pulir y cortar los huesos que dejaba el perro del dueño del taller. Primero fabricó colgantes y caravanas. Con el tiempo, se hizo de alambres, cueros, cuerdas y mucho ingenio para reproducir esculturas griegas en miniatura y, finalmente, idear una galería de personajes imaginarios con estructuras de cables, resina y tela.

En ese segundo estadio creativo, alimentó su imaginación con la lectura de historias de otras civilizaciones y otras épocas: «Siempre me gustó leer desde chico, y me quedaron rastros de literatura celta, oriental, egipcia. Me gusta crear personajes de distintas épocas».⁶

Su ejemplo es excepcional, es cierto, pero la readecuación de la lectura como fuente de inspiración no lo es y nos alerta sobre la necesidad de no perder de vista las múltiples derivaciones que el mero acto de leer puede adoptar en la vida de un trabajador.

6 (Diciembre, 2004) Richard Santana crea. *Revista Elemento* (2), p. 25.

Leer y resistir

Es seguro que la lectura ha estado presente en momentos cruciales de la vida sindical de los metalúrgicos. Muchos de quienes hoy rondan la media centuria vivieron experiencias de lectura de boletines clandestinos, de folletos de doctrina política y pensamiento revolucionario durante las reuniones realizadas en la infame década de la dictadura civil-militar.⁷ Otros tuvieron sus experiencias de lectura en la cárcel y, a su vez, muchos fortalecieron el delgado pero firme vínculo entre la clandestinidad y el encierro gracias al goteo de esquelas, comunicaciones, cartas y, desde el exilio, algún que otro documento que eran leídos con premura y emoción.

Cuando estos escritos incorporaban una dimensión literaria —un poema, la frase de un personaje o de un autor conocido, el breve relato de una anécdota que aspiraba a transformarse en cuento—, entonces la sintonía estaba reforzada por una dimensión simbólica y metafórica, por el brillo intrínseco de la expresión artística.

La literatura es un preciado instrumento para enfrentar adversidades. En tiempos de represión, cierta literatura enfrentó al fascismo, fue un espacio donde el discurso liberador y colectivo recobraba su oxígeno.

Así ocurrió en la empresa Delne durante la Huelga General decretada por la Convención Nacional de Trabajadores (CNT) el 27 de junio de 1973. A aquella ocupación asistió una noche un trabajador del periódico *El Día*, devoto de la poesía de Miguel Hernández. Su presencia y su devoción provocaron el interés de los trabajadores metalúrgicos, que pidieron la lectura de un poema, finalmente leído por un obrero del taller. Reunidos a su alrededor, los trabajadores ocupantes escucharon la voz profunda y consustanciada del recitado del poema «Sentado sobre los muertos», del poeta español víctima del fascismo. El trabajador de *El Día* eligió la pieza a leer, y todo indica que acertó en la sintonía entre las imágenes y el sentido del poema, y el espíritu de resistencia y la conciencia social de los trabajadores, puestos a prueba en aquellas horas. Se trataba, además, de un poema popularizado en la versión musical de Los Olimareños —dúo integrado por José Luis Guerra y Braulio López— en el disco *¡Qué pena!*, de 1972.

El testimonio de aquel extrabajador de *El Día* sobre la lectura, por parte de un obrero metalúrgico, del poema de Hernández en la empresa Delne ocupada fue confiado a María Eugenia López y compartido en el taller literario.

María Eugenia nos contactó con el extrabajador de *El Día*, le relatamos nuestra investigación sobre las lecturas de los trabajadores metalúrgicos y le propusimos que

⁷ Adoptamos la terminología propuesta por Rodolfo Porrini, quien especifica que la dictadura no fue *cívico-militar* porque no tuvo vocación civilista, sino que arrasó con esta y, en todo caso, contó en la integración de sus cúpulas con elementos civiles que usurparon el poder de las instituciones democráticas, junto a los militares (R. Porrini, comunicación personal, s.f.).

escribiera sobre aquella experiencia para incluirla en el libro que entonces proyectábamos. Nos contó la historia por correo electrónico, pero declinó hacer un relato más extenso en primera persona e incluso se negó a que apareciera su nombre, siquiera sus iniciales, por entender que su protagonismo había sido lateral y que no aspiraba a lograr presencia alguna en este renglón de la historia sindical de los trabajadores uruguayos.

Comprendimos su decisión, pero insistimos en la importancia de que se diera a conocer aquel episodio, explicable en la trama cultural acumulada en el movimiento obrero uruguayo durante un siglo de existencia en el país.

Nuestro interlocutor consintió en comunicar aquella lectura y nos envió los detalles de lo sucedido la noche del 27 de junio de 1973 en los talleres de Delne. Transcribimos su mensaje, en el que comienza haciendo alusión a «aquella experiencia», es decir, a la lectura de poesía durante la ocupación de los citados talleres.

Hola Daniel:

Te paso los datos principales de aquella experiencia, [...]

Fue en los primeros días de julio de 1973, cerca de los hechos violentos del 9 de ese mes en la avenida 18 de Julio.

Recuerdo que el Ministro del Interior, el coronel Bolentini, había conminado y dado un ultimátum para que se desalojaran todos los lugares ocupados, pues sino las fuerzas armadas procederían en consecuencia.

En aquel entonces yo sentía muy fuerte tanto la obra como la vida de Miguel Hernández y llevaba conmigo poemas de él.

En la ocupación de Delne recuerdo que se me preguntó acerca del libro y conté anécdotas, para mí impresionantes de Miguel Hernández, desde la génesis de los poemas «Elegía» y «Nanas de la Cebolla», que canta Serrat, hasta su actitud de los últimos días en las cárceles franquistas y su muerte tan temprana.

Así surgió casi espontáneamente la idea de leer el poema «Sentado sobre los muertos» (creo que fue idea de un compañero que le decían «El Mula», el poema lo elegí yo dadas las circunstancias especiales y tensas que vivíamos). El que lo leyó fue un tal Heriberto, o algo semejante, que con el tiempo fue nombrado capataz y me parece que se transformó en alcahuete de la empresa, con lo cual sé que le quito encanto a la anécdota, pero es la verdad.

Esa fue la única y excepcional noche que pernocté en Delne, pues mi lugar natural era en el diario *El Día*, donde trabajaba.

Lo único que te puedo agregar es que yo viví aquello muy intensamente y cual si fuera mágico, con el convencimiento que Miguel Hernández estaría muy feliz que su

poema fuera leído en aquella fábrica ocupada, sin grandes declamaciones, pero con tanta autenticidad y sentimiento.

Un abrazo

[Firma]

El poema de Hernández está provisto de una carga emotiva avasallante, reforzada por la subjetividad de una primera persona lírica y testimonial, tal como lo patentizan los primeros versos:

Sentado sobre los muertos
que se han callado en dos meses,
beso zapatos vacíos
y empuño rabiosamente
la mano del corazón
y el alma que lo mantiene.

Que mi voz suba a los montes
y baje a la tierra y truene,
eso pide mi garganta
desde ahora y desde siempre.

[...]⁸.

8 Hernández, 1997, pp. 315-317

2. PERFIL DE LOS TRABAJADORES ENCUESTADOS Y FRECUENCIA DE LECTURA

La encuesta sobre lectura y tiempo libre fue realizada a 311 trabajadores afiliados a la UNTMRA, entre abril y agosto de 2011. Los formularios de la encuesta fueron llenados por cada trabajador ante la presencia de un encuestador, quien, a veces, fue consultado para evacuar dudas.

Realizamos la encuesta en las puertas de las dos sedes del taller metalúrgico Julio Berkes, en el taller de James, en el ACU, en los talleres instalados en el predio de la refinería de la Administración Nacional de Combustibles, Alcohol y Portland (ANCAP) —empresa del Estado para la que trabajan varias empresas privadas—, en las sedes de los zonales sindicales de La Teja y Aguada, en la sede de la UNTMRA, en coincidencia con asambleas sectoriales, reuniones de la directiva nacional y de delegados de sector —de las industrias metalúrgica, electrónica y plástica, empresas de servicio de auxilio automotor, estaciones de servicio, de los comités de base del interior del país—, y en dos asambleas generales del gremio celebradas en el club Aguada y en la sede de la Asociación de Obreros y Empleados de Conaprole (AOEC), en la calle Suárez casi Agraciada.

En marzo de 2011 el sindicato tenía 7 748 afiliados.⁹ De ellos, el 35 % pertenecía a la industria metalúrgica; el 21 %, a la industria del plástico; el 19 %, al sector de autopartes; el 10 %, a estaciones de servicio; el 7 %, a talleres y empresas de auxilio automotor; el 3,9 %, al sector de electrónica; el 4 %, a la industria minera, y el 0,1 %, a la industria del vidrio. La muestra de la encuesta cubrió el 4 % de los afiliados.

Esa condición, ser afiliado al sindicato, es común a todos los encuestados. Sin embargo, entre los trabajadores sindicalizados resultan diferencias evidentes de participación y compromiso gremial, desde la dedicación diaria y de horario completo de parte de los integrantes de la directiva nacional, delegados de zona o de comités de base, hasta la asistencia esporádica del obrero de fábrica o taller a una asamblea general o del sector industrial en el que trabaja. Varios de estos últimos trabajadores no consideran relevante su participación en actividades gremiales, al punto que no refieren a ella en el formulario. De hecho, el 21 % de los encuestados dejó en blanco todas las opciones de respuesta ante la consulta sobre su participación en ámbitos políticos o gremiales, incluido el propio sindicato. Este alto

9 En 2011 la UNTMRA realizó una campaña de afiliación que tuvo un momento relevante durante la huelga general efectuada por este sindicato en el mes de octubre y logró así aumentar en unos 1 500 el total de trabajadores afiliados. Tanto el total de trabajadores de la industria metalúrgica y de ramas afines como el de los afiliados al sindicato sufren variaciones permanentes, producto de las fluctuaciones industriales, además de las oscilaciones propias de las nuevas afiliaciones o de las desafilaciones de algunos trabajadores.

porcentaje de respuestas en blanco invalidó la lectura estadística confiable de este aspecto de la pesquisa. Sin embargo, conviene reparar en un dato que, posiblemente, indique una novedad respecto a la relación del trabajador contemporáneo con el gremio al que pertenece: siete trabajadores (2 % de quienes respondieron la pregunta) indicaron el ámbito *religioso* como el predilecto para su acción social, un fenómeno minoritario, pero que puede llamar la atención en un gremio con mayoría de activistas de confesa adhesión ideológica comunista, realidad que persiste desde su fundación, en 1941.

Los 311 trabajadores encuestados tienen, al menos, otro elemento en común: son trabajadores dependientes con ingreso fijo. Si bien la investigación no previó el detalle del ingreso del trabajador, sabemos, por información brindada por los propios sindicalistas que, a marzo de 2011, el gremio ofrecía una heterogeneidad de ingresos que iba desde los magros 8 000 pesos líquidos hasta los 60 000 pesos por mes. En marzo de 2011, el dólar se vendía en pizarras a 19,50 pesos uruguayos, el boleto de transporte urbano costaba 17 pesos y una flauta de pan, 18 pesos. Son solo tres datos, pero resultan relevantes, y es seguro que un estudio que relacione el costo de la vida con los salarios podría constatar que el ingreso de un peón de la industria metalúrgica no cubría —ni cubre aún— mínimamente las necesidades básicas de un individuo, mucho menos de una familia.

El grupo de encuestados vive en distintas zonas de Montevideo, mayoritariamente en los barrios periféricos, alejados de la costa, incluso en asentamientos (asentamiento El Monarca, por ejemplo). En algunos casos, el lugar de residencia corresponde a barrios más céntricos de la capital (La Blanqueada) o a Ciudad de la Costa, en Canelones. De todas maneras, también en este caso los datos relevados corresponden a un primer sondeo, y el tema no fue considerado para la pesquisa estadística final, de modo que no corresponde ofrecer información global que precise las tendencias recién indicadas.

Otros datos del conjunto sí pudieron ser procesados y delinear perfiles de los trabajadores consultados: el 11 % es de sexo femenino; el 89 %, masculino. Las edades oscilan entre los 19 y los 64 años. El 28 % tiene de 19 a 29 años; el 40 %, de 30 a 39 años; el 22 %, de 40 a 49 años; el 10 % tiene 50 años o más. El 10 % de estos trabajadores vive solo; el 15 %, en hogares de dos personas; el 51 %, en hogares de tres o cuatro personas; el 24 %, en hogares de cinco personas o más.

El 49 % considera su situación económica personal como *excelente* (1 %) o *buena* (48 %); el 51 %, *comprometida* (47 %) o *muy mala* (4%). El 51 % confiesa sentirse *excelente* (4 %) o *bien* (47 %) al término de la jornada laboral; el 49 % restante se siente *cansado* (43 %) o *agotado* (6 %).

El 42 % de estos trabajadores cumple semanas laborales de menos de 45 horas; el 44 %, de 46 a 48 horas, y el 14 %, de 49 horas o más. En cuanto al tiempo libre diario individual, el 21 % dice no contar con ninguna hora de ocio por día; el 28 %, con una a dos horas libres por día; el 36 %, con tres a cuatro horas libres por día, y el 15 %, con cinco o más horas libres.

¿Usted lee?

Preguntamos a cada trabajador la frecuencia con la que lee, sin discriminar formato o soporte de lectura. El 81 % dijo mantener el hábito de la lectura; el 19 % lo abandonó hace años (6 %) o meses (13 %).

Entre los lectores, el 59 % dijo leer con asiduidad: *algunas veces a la semana* (28 %), *en algún momento del día* (27 %) o *varias horas al día* (4 %). Otros leen *algunas veces al mes* (14 %), *alguna vez al año* (7 %) o *solo en vacaciones* (1 %).

Sexo y edad

Las mujeres trabajadoras y sindicalizadas en la UNTMRA mantienen una periodicidad en la lectura menor a la de los hombres. El 67 % de ellas lee varias horas al día, en algún momento del día o algunas veces a la semana o al mes; en esas mismas frecuencias se ubica el 74 % de los hombres. El 33 % de las mujeres lee algunas veces al año, solo en vacaciones o ha abandonado la lectura hace años o meses; en esas mismas frecuencias se encuentra el 26 % de los hombres.

En cuanto a las edades, puede constatarse una mejora sustancial de la periodicidad de lectura en las franjas etarias más avanzadas. El 67 % de los jóvenes de 19 a 29 años y el 69 % de quienes tienen entre 30 y 39 años leen con frecuencia diaria, semanal o mensual. Para esas mismas frecuencias de lectura, el guarismo salta al 83 % entre los trabajadores de 40 a 49 años y al 90 % entre quienes tienen 50 años o más.

A su vez, el 33 % de los jóvenes de 19 a 29 años y el 31 % de quienes tienen de 30 a 39 años leen algunas veces al año, solo en vacaciones o abandonaron la lectura hace años o meses. El 17 % de los trabajadores de 40 a 49 años y el 10 % de quienes tienen 50 años o más leen algunas veces al año, solo en vacaciones o abandonaron la lectura hace años o meses.

Estado civil

Los trabajadores casados o en concubinato muestran una frecuencia de lectura mayor que la de los solteros y casi igual que la de los divorciados. El 82 % lee con aceptable regularidad: *varias horas al día*, *en algún momento del día* o *algunas*

veces a la semana o al mes, mientras que en esas mismas frecuencias se ubica el 66 % de los solteros.

En contrapartida, la baja frecuencia de lectura afecta al 34 % de los solteros y al 18 % de los casados o en concubinato. Entre los divorciados, el 79 % lee con aceptable o alta frecuencia; el restante 21 %, con baja frecuencia o ya no lee.

Habitantes del hogar

Existe una leve mejoría en el hábito de lectura entre aquellos trabajadores que viven solos, en comparación con aquellos que viven en hogares con tres o más habitantes. Este indicio puede profundizarse al indagar elementos complementarios a esta realidad, en apariencia secundaria, pero, a efectos de la lectura individual y solitaria, sustantiva.

Hoggart ha observado la excepcionalidad de la soledad en el hogar del trabajador: «Estar solo, pensar en soledad o leer en silencio no son actividades muy corrientes» (2013, p. 63). Se trata de hogares con alto número de integrantes, de parejas con numerosos hijos, de convivencia con abuelos, tíos, primos, en contraste con la baja cantidad de integrantes de las familias de los sectores medios o altos, en especial en la zona urbana. La dominancia de familias numerosas entre la clase trabajadora es determinante respecto a la lectura: es casi impensable acceder a un espacio de silencio y privacidad en un hogar masivo, con horarios laborales superpuestos, interacción constante y presencia dominante de los aparatos reproductores de música, la televisión, la radio, los celulares y el teléfono fijo, donde este aún subsiste.

Entonces, entre quienes viven solos, el porcentaje de alta frecuencia de lectura llega al 80 % (en forma diaria, semanal o mensual). El 74 % de los trabajadores que comparten el hogar con otro habitante lee con alta frecuencia y, en los hogares con tres o más habitantes, el 74 % de los trabajadores mantiene ese buen nivel de hábito de lectura.

Economía familiar e individual

No existe diferencia en la periodicidad de lectura entre los hogares en los que todos los habitantes aportan para la economía familiar y aquellos en los que existen más habitantes que colaboradores económicos.

Por el contrario, la evaluación de la situación económica personal sí incide en la habitualidad de la lectura. El 75 % de quienes evalúan como excelente su situación económica y el 78 % de quienes la evalúan como buena leen varias horas al día, en algún momento del día o algunas veces a la semana o al mes. A su vez, el 69 % de

quienes consideran su realidad económica comprometida y el 64 % de quienes la consideran muy mala también leen con esas mismas frecuencias.

El porcentaje de trabajadores con baja o nula frecuencia de lectura aumenta a medida que consideran que es peor su condición económica individual: el 31 % de quienes consideran que su realidad económica es mala lee algunas veces al año, solo en vacaciones o no lee hace años o meses. En esas frecuencias de lectura se ubica el 36 % de los trabajadores que evalúan como muy mala su realidad económica.

Jornada laboral

El 78 % de quienes trabajan 45 horas o menos por semana lee con buena o alta frecuencia (diaria, semanal o mensual). El 69 % de quienes trabajan de 46 a 48 horas por semana y el 70 % de quienes trabajan 49 horas o más leen con esas frecuencias.

La baja frecuencia (anual o en vacaciones) o el abandono de la lectura afectan al 22 % de los trabajadores que cumplen 45 horas o menos de labor semanal. Entre quienes trabajan 46 horas o más por semana, la baja frecuencia de lectura o el abandono del hábito de leer trepan al 31 %.

Horas de ocio

Existe una diferencia sustantiva en la habitualidad en la lectura entre quienes no tienen horas libres por día y quienes sí las tienen.

El 62 % de los trabajadores sin horas libres diarias lee con buena o alta frecuencia; el 75 % de los trabajadores con una o dos horas libres lo hace con la misma regularidad, y llegan al 80 % los trabajadores que leen con hábito diario, semanal o mensual y cuentan con tres o más horas libres por día.

Nivel de estudios

Existe una diferencia importante en la frecuencia de lectura entre los trabajadores con estudios primarios, técnicos o secundarios y aquellos que tienen estudios terciarios.

El 60 % de los trabajadores que cuentan con la educación primaria como último nivel de estudios alcanzado lee con frecuencia diaria, semanal o mensual, así como el 70 % de quienes tienen educación secundaria o de UTU, el 78 % de quienes cuentan con cursos de formación técnica y el 95 % de quienes accedieron a cursos terciarios.

En contrapartida, el 40 % de quienes tienen exclusivamente estudios primarios lee alguna vez al año, solo en vacaciones o abandonó la lectura hace meses o años; en

esas frecuencias se ubican el 22 % de quienes tienen estudios técnicos, el 30 % de quienes llegaron a la enseñanza secundaria o a la UTU y el 5 % de quienes alcanzaron los estudios terciarios.

El 23 % lee libros

Recuérdese que la frecuencia de lectura refiere a textos en todo tipo de formato y soporte. Otra pregunta planteó al trabajador que marcara las opciones de soporte de lectura predilectas entre cinco posibles: libros, diarios o semanarios, revistas, internet y materiales de estudio. Esta consulta ofrecía la posibilidad de respuesta múltiple: el trabajador podía marcar una o más de las opciones disponibles, de modo que, al final, hubo más opciones marcadas que trabajadores encuestados.

Al especificar soportes de lectura, el libro recibió el 23 % del total de opciones marcadas; el 28 % marcó diarios y semanarios; el 22 %, internet; el 14 %, materiales de estudio, y el 13 %, revistas.

La exigua elección del libro como formato de lectura señala una tendencia menor a la constatada en la sociedad. En 2002 fue realizado el estudio de campo para el primer informe sobre consumo y comportamiento cultural, estudio denominado *Imaginarios y consumo cultural*, dirigido por Hugo Achugar, Sandra Rapetti, Susana Dominzain y Rosario Radakovich (2003). La pesquisa repasó los hábitos de lectura de los uruguayos. Fue realizado desde el Centro de Estudios Interdisciplinarios Latinoamericanos (CEIL) de la FHUCE (Udelar), con la participación del Banco de Datos (Área Sociodemográfica) de la Unidad Multidisciplinaria de la Facultad de Ciencias Sociales, con la asistencia de Óscar Roba, Omar Prats, Mariana Cabrera, Daniel Macadar, Giorgina Piani y 82 encuestadores profesionales en todo el país.

Esta consulta abarcó ciudadanos desde 16 hasta más de 60 años, e indagó sobre la percepción que los uruguayos tenemos del Uruguay, a partir de preguntas sobre ideas instaladas en la conciencia social: *¿Tiene futuro el Uruguay?; Basta ya de Maracaná, hay que mirar para adelante; A los uruguayos les cuesta cambiar; Los uruguayos se quejan demasiado; Viveza criolla, y Garra charrúa*; también sobre la religión, la reconstrucción del Teatro Solís y del Auditorio Nacional del Servicio Oficial de Difusión, Radiotelevisión y Espectáculos (SODRE), los costos y las políticas culturales, la televisión, *lo nuestro y lo local, lo viejo y lo nuevo*, etc. La encuesta sobre consumo cultural abarcó la música, la lectura, la radio y la televisión, el cine, el video, el Carnaval y el teatro, los recitales de poesía, las conferencias y las presentaciones de libros, las artes plásticas, internet. Se hizo extensiva a todo el país y agregó un estudio particular en el departamento de Salto y otro sobre la televisión pública.

En cuanto a nuestra encuesta, recordemos que se concentró en una muestra de trabajadores metalúrgicos y en la literatura, con especial énfasis en la lectura, y consideró datos complementarios sobre la realidad económica y educativa.

Al comparar el segmento reservado para la lectura, los abordajes de cada una de estas dos encuestas fueron diferentes. *Imaginario y consumo cultural* preguntó a los uruguayos cuántos libros leían al año, mientras que nosotros preguntamos — solo a trabajadores sindicalizados en la UNTMRA— qué tipo de soportes de lectura eran sus predilectos. Aquella encuesta constató que el 57 % de los uruguayos lee varios o algún libro al año, mientras que el 43 % restante casi nunca o nunca lee libros (Achugar et. al., p. 55). En nuestra investigación encontramos solo 23 % de trabajadores que elige el libro a la hora de leer.

La encuesta *Imaginario y consumo cultural* brindó un espacio particular a cada soporte de lectura (libros, diarios, semanarios, revistas y otras publicaciones). El estudio comprobó que el 9 % de la población lee diarios todos los días; el 18 %, lo hace algunas veces por semana; el 15 %, solamente los domingos, y el 27 %, ocasionalmente, totalizando una performance de lectura de periódicos del 69 % entre diaria y ocasional. A su vez, el 29 % lee semanarios, el 53 % lee revistas, el 47 % nunca las lee. El 31 % utiliza internet; el 69 % nunca lo hace (Achugar et. al., pp. 58, 62 y 101).

A diferencia de este estudio, en nuestro abordaje no analizamos el comportamiento individual hacia cada uno de los soportes de lectura, a excepción del libro. Solo atendimos la elección del soporte de lectura en comparación con los restantes. Y aquí, la casi igualdad porcentual entre quienes leen en formato libro y quienes leen en internet se explica, en parte, por el aumento exponencial del acceso a medios electrónicos y uso de internet entre 2002 (año de la encuesta de Achugar) y 2011 (año de nuestra investigación).

Luego de tomar en cuenta lo anterior, cabe destacar que tanto la regularidad en la lectura como la cantidad de referencias a soportes de lectura aumentan entre los trabajadores que citan libros o autores, es decir, entre aquellos que han tenido o tienen al libro como referencia a la hora de leer.

El 85 % de quienes recuerdan títulos de libros o nombres de autores declaran una buena o alta frecuencia de lectura. Entre quienes no recuerdan libros ni autores el porcentaje para esas frecuencias baja al 61 %.

A su vez, el abandono de la lectura afecta al 11 % de los trabajadores que recuerdan el título de un libro o el nombre de un autor, pero aumenta al 26 % entre quienes no recuerdan libros ni autores.

Sobre la base de lo anterior, es posible pensar que el vínculo del trabajador con la lectura del volumen impreso repercute en una centralidad y un desarrollo del hábito de la lectura en su vida y, además, que esta práctica se expande hacia soportes diversos, en especial periódicos y semanarios, pero también internet y materiales de estudio. Es precisamente el libro el eje del que depende, en gran medida, el hábito sostenido de la lectura por parte del trabajador. Cuando el libro desaparece de su vida, la frecuencia de lectura decae y esta desarticulación se transforma en un factor generalizado, de modo que, en caso de mantener un hábito lector en otros soportes, los registros se ven afectados de manera negativa, si los comparamos con los ofrecidos por trabajadores que sí mantienen la lectura en libro.

Leer en la infancia

Le preguntamos al trabajador si solía leer durante la infancia. El 57 % respondió que sí lo hacía; el 33 %, que leía muy poco; el 10 %, que no tuvo ese hábito cuando niño. El 69 % de las mujeres leía durante su infancia; el 31 % no leía o leía muy poco. El 55 % de los hombres tenía el hábito de leer durante su niñez; el 45 % no lo tenía o leía muy poco.

La lectura durante la infancia incrementa en los grupos de edad madura. El 53 % de quienes tienen de 19 a 29 años, el 54 % de quienes tienen de 30 a 39 años, el 62 % de quienes tienen de 40 a 49 años y el 68 % de quienes tienen 50 años o más leían durante su infancia.

Compra de libros

El 55 % de los trabajadores encuestados nunca o casi nunca compra libros. El 45 % restante compra libros con frecuencia mensual o anual.

Este último guarismo es superior al que puede encontrarse en la sociedad. La encuesta de Achugar y sus colaboradores registró que el 31 % compra libros, mientras que el 47 % los obtiene por préstamo, el 16 % los recibe como regalo, el 3 % los fotocopia, el 2 % los consigue por otros medios y el 1 % no respondió la consulta, con importantes variaciones de acuerdo al nivel de ingresos y otras condiciones de la persona abordada (Achugar et. al., 2003, p. 57). Nuestro estudio no discriminó formas de adquisición del libro, tampoco si el libro era adquirido para uso personal, para regalo a terceros, si se trataba de material educativo para niños o adolescentes, etc., sino que se concentró en determinar las frecuencias de compra.

Los resultados de nuestra consulta muestran que el 50 % de las mujeres trabajadoras sindicalizadas en la UNTMRA nunca o casi nunca compra libros; el otro 50 %

compra libros con periodicidad anual —mayormente— o mensual —excepcionalmente—. El 56 % de los hombres nunca o casi nunca compra libros; el 44 % compra libros con frecuencia anual o mensual.

La compra de libros es menor entre los jóvenes que entre los trabajadores de mayor edad. El 63 % de los jóvenes de 19 a 29 años nunca o casi nunca compra libros; ese comportamiento es practicado por el 57 % de quienes tienen de 30 a 39 años, el 47 % de quienes tienen de 40 a 49 años y el 54 % de quienes tienen 50 años o más.

A su vez, compran libros alguna vez al año o al mes: el 37 % de los jóvenes de 19 a 29 años; el 43 % de quienes tienen de 30 a 39 años; el 53 % de quienes tienen de 40 a 49 años, y el 46 % de quienes tienen 50 años o más.

La formación educativa institucional incide en la compra de libros. El 65 % de quienes alcanzaron la enseñanza primaria como último nivel educativo nunca o casi nunca compra libros, lo mismo que el 58 % de quienes llegaron a la educación secundaria o a la UTU, el 30 % de quienes realizaron cursos de formación técnica en otros servicios del sistema educativo y el 56 % de quienes cursaron estudios terciarios.

La memoria de los lectores

Recordemos que el formulario solicita al trabajador que escriba los nombres de hasta tres autores y hasta tres libros que haya leído en algún momento de su vida. El 48 % de los trabajadores encuestados no pudo documentar la lectura de libros, mientras el 52 % sí pudo hacerlo y citó entre uno y seis nombres de autores y títulos de volúmenes. El análisis sobre los títulos y los nombres de los autores citados puede observarse en las siguientes secciones de este capítulo. Apuntamos, antes, algunos resultados relevantes.

Cada uno de los dos subgrupos elegidos de acuerdo a esta capacidad de recordar los nombres de autores o libros ofrece composiciones diferenciadas. Los trabajadores que no citan libros ni autores son más jóvenes que los trabajadores que citan nombres de algún libro o de algún autor. La encuesta revela que un tercio de los trabajadores que no citan libros ni autores tienen menos de 30 años, mientras que solo un cuarto de quienes sí citan libros y autores tienen esa edad.

Los trabajadores que no citan libros ni autores son predominantemente solteros (51 %), evalúan su realidad económica como comprometida o muy mala (56 %) y casi la mitad de ellos (48 %) se considera cansado o agotado al término de la jornada laboral. A su vez, estos trabajadores cumplen horarios de: 45 horas o menos (38 %), entre 46 y 48 horas (46 %) o más de 49 horas de trabajo por semana (16 %). No tienen horas de ocio diario (34 %), tienen entre una y cuatro horas de ocio por

día (51 %) o más de cinco horas para actividades extra laborales (15 %). Por último, el nivel educativo formal de estos trabajadores alcanza la enseñanza primaria (15 %), secundaria o UTU (63 %), otras formaciones técnicas (20 %) o el nivel terciario, completo o incompleto (2 %).

El 56 % de los trabajadores que sí citan nombres de autores y libros está casado, vive en concubinato o se ha divorciado; el restante 44 % es soltero. El 53 % evalúa su realidad económica como excelente o buena, el 47 % la evalúa como comprometida o muy mala. El 51 % de quienes citan autores o textos se siente excelente o bien al término de la jornada laboral. El 46 % trabaja 45 horas o menos por semana; el 41 % lo hace entre 46 y 48 horas; el 13 % restante trabaja 49 horas o más. Las horas de ocio diario varían entre cero (11 %), de una a cuatro horas (74 %) y cinco horas o más (15 %). El 4 % cuenta con la enseñanza primaria como último nivel de estudios alcanzado; el 58 %, con educación secundaria o UTU; el 29 %, con otras formaciones técnicas, y el 9 %, con la educación terciaria.

Grandes lectores

El 31 % de los trabajadores encuestados declara tener una alta frecuencia de lectura, igual a varias horas diarias o de algún momento del día. Recuérdese que la consulta sobre frecuencia de lectura involucró todo tipo de soportes de texto.

Dentro de este subgrupo de lectores, el 95 % son hombres y el 5 %, mujeres. El 66 % de estos trabajadores tiene 39 años o menos; el 34 % restante tiene 40 años o más.

El 47 % de quienes leen a diario son solteros; el 46 % está casado o en concubinato; el 7 %, divorciado. El 25 % vive en hogares de uno o dos habitantes; el 75 % restante, en hogares de tres habitantes o más.

El 56 % evalúa como excelente o buena su realidad económica personal; el 44 % la considera comprometida o muy mala. El 63 % se siente excelente o bien al término de la jornada laboral; el 37 % se siente cansado o agotado al concluir su horario de trabajo. El 45 % cumple una semana laboral de 45 horas o menos; el 43 % trabaja entre 46 y 48 horas por semana, y el 12 % restante lo hace 49 horas o más. El 16 % no tiene horas libres por día para el ocio personal; el 37 % tiene entre una y dos horas libres al día, y el 47 % restante cuenta con tres y más horas libres a diario para su ocio individual.

El 8 % de los trabajadores que lee a diario cuenta con la educación primaria como último nivel de estudios alcanzado; el 57 %, con enseñanza secundaria o la UTU; el 22 %, con cursos de formación técnica, y el 13 %, con estudios terciarios.

Abandono de la lectura

El 19 % de los trabajadores encuestados declara haber abandonado la lectura hace meses o años. Dentro de este grupo, el 89 % son hombres; 11 % son mujeres. El 80 % tiene 39 años o menos; el 20 % restante tiene 40 años o más.

El 64 % de quienes abandonaron la lectura son solteros, el 28 % está casado o en concubinato, el 8 % se ha divorciado. El 27 % vive en hogares de uno o dos habitantes; el 73 %, en hogares de tres o más habitantes.

El 42 % evalúa como excelente o buena su realidad económica personal; el 58 % la considera comprometida o muy mala. El 44 % se siente excelente o bien al término de la jornada laboral; el 56 % se siente cansado o agotado al concluir su horario de trabajo. El 39 % cumple una semana laboral de 45 horas o menos; el 48 % trabaja entre 46 y 48 horas por semana, y el 13 % restante lo hace 49 horas o más. El 26 % no tiene horas libres por día para el ocio personal, el 40 % tiene entre una y dos horas libres al día y el 34 % restante cuenta con tres y más horas libres a diario para su ocio individual.

El 16 % de los trabajadores que abandonó la lectura hace meses o años cuenta con la enseñanza primaria como último nivel de estudios alcanzado; el 64 %, con estudios secundarios o la Uru, y el 20 %, con cursos de formación técnica. Ninguno de ellos realizó estudios de nivel terciario.

Leer a los 19

El 67 % de los trabajadores más jóvenes, de 19 a 29 años, lee con frecuencia diaria, semanal o mensual; el 33 % lee alguna vez al año, solo en vacaciones o abandonó la lectura hace años o meses. Leen en: internet (30 %), diarios y semanarios (25 %), libros (18 %), revistas (14 %) y materiales de estudio (13 %).

Este grupo de jóvenes es mayormente soltero (83 %); está casado o vive en concubinato (16 %), o está divorciado (1 %). El 24 % vive en hogares de uno a dos habitantes; el 49 %, en hogares de tres a cuatro habitantes; el 27 %, en hogares de cinco habitantes o más. El 56 % considera que su realidad económica personal es buena; el 44 % la considera comprometida o muy mala.

El 46 % termina la jornada laboral excelente o bien; el 54 %, al término de su jornada laboral, se siente cansado o agotado. El 34 % de estos jóvenes trabajadores cumple 45 horas o menos por semana; el 48 % lo hace de 46 a 48 horas, y el 18 % trabaja 49 horas o más.

El 16 % declara no contar con horas libres por día para su ocio personal, el 76 % tiene de una a cuatro horas libres por día y el 8 % tiene cinco horas libres o más. El 6 % cuenta con la enseñanza primaria como último nivel de estudios alcanzado; el 68 %, con educación secundaria o UTU; el 23 %, con estudios técnicos; el 3 %, con estudios terciarios.

Leer a los 50

El 91 % de los trabajadores más veteranos, de 50 años a 65 años, lee con frecuencia diaria, semanal o mensual; el 9 % lee alguna vez al año, solo en vacaciones o abandonó la lectura hace años o meses. Leen diarios y semanarios (34 %), libros (21 %), revistas (21 %) internet (12 %) o materiales de estudio (12 %).

El 56 % de los trabajadores en la edad recién indicada es casado o vive en concubinato; el 3 %, soltero, y el 41 %, divorciado. El 37 % vive en hogares de uno a dos habitantes; el 50 %, en hogares de tres a cuatro habitantes; el 13 %, en hogares de cinco habitantes o más. El 80 % considera que su realidad económica personal es excelente o buena; el 20 % la considera comprometida o muy mala.

El 53 % se siente bien al término de su jornada laboral; el 47 % se siente cansado o agotado al finalizar el día. El 50 % de estos trabajadores de 50 años o más trabaja 45 horas o menos por semana; el 40 % lo hace de 46 a 48 horas, y el 10 % trabaja 49 horas o más.

El 13 % declara no contar con horas libres por día para su ocio personal, el 70 % tiene entre una y cuatro horas libres por día y el 17 % tiene cinco horas libres o más. El 19 % cuenta con educación primaria como último nivel de estudios alcanzado; el 50 %, con la enseñanza secundaria o UTU; el 28 %, con estudios técnicos diversos; el 3 %, con estudios terciarios.

Internet

El 7 % de los trabajadores que respondieron la consulta sobre los soportes de lectura predilectos solo utilizan internet, de modo que ese grupo no lee libros, diarios o semanarios, revistas ni material de estudio en soporte de papel. Ninguno de ellos lee varias horas al día; el 48 % lee con frecuencia semanal o mensual, y el 52 %, alguna vez al año, solo en vacaciones o abandonó la lectura hace años o meses.

El 42 % de ellos tiene entre 19 y 29 años; el 48 %, entre 30 y 39 años; el 5 %, entre 40 y 49, y el 5 % tiene 50 años o más. El 71 % está soltero; el 24 %, casado, y el 5 %, divorciado. El 30 % vive en hogares con uno o dos habitantes; el 55 %, en hogares de tres a cuatro habitantes, y el 15 %, en hogares de cinco habitantes o más.

El 43 % evalúa su realidad económica como excelente o buena; el 57 % la considera comprometida o muy mala. El 55 % termina la jornada laboral excelente o bien; el 45 % al término de su jornada laboral se siente cansado o agotado. El 14 % de estos trabajadores trabaja 45 horas o menos por semana; el 72 % lo hace de 46 a 48 horas, y el 14 % trabaja 49 horas o más.

El 10 % declara no contar con horas libres por día para su ocio personal, el 65 % tiene entre una y cuatro horas libres por día y el 25 % tiene cinco horas libres o más. El 14 % cuenta con enseñanza primaria como último nivel de estudios alcanzado; el 76 %, con educación secundaria o UTU; el 10 %, con estudios técnicos diversos; ninguno de ellos accedió a cursos de nivel terciario.

Libros

De los 311 trabajadores encuestados, 25 (8,5 %) eligieron de manera exclusiva la opción *libros* ante la consulta sobre tipos o soportes de lectura habituales. El 75 % de ellos lee con frecuencia diaria, semanal o mensual y el 25 % lo hace alguna vez al año, solo en vacaciones o abandonó la lectura hace años o meses.

El 4 % tiene entre 19 y 29 años; el 75 %, entre 30 y 39; el 13 %, entre 40 y 49 años, y el 8 % tiene 50 años o más. El 48 % está soltero; el 36 %, casado, y el 16 %, divorciado. El 35 % vive en hogares con uno a dos habitantes; el 39 %, en hogares de tres a cuatro habitantes, y el 26 %, en hogares de cinco habitantes o más.

El 50 % evalúa su realidad económica como excelente o buena; el 50 % restante la considera comprometida o muy mala. El 52 % termina la jornada laboral sintiéndose bien; el 48 % al término de su jornada laboral se siente cansado. El 56 % de estos trabajadores trabaja 45 horas o menos por semana; el 32 % lo hace de 46 a 48 horas, y el 12 % trabaja 49 horas o más.

El 29 % declara no contar con horas libres por día para su ocio personal; el 67 % tiene entre una y cuatro horas libres por día, y el 4 % tiene cinco horas libres o más. El 8 % cuenta con la educación primaria como último nivel de estudios alcanzado; el 67 %, con enseñanza secundaria o UTU; el 21 %, con estudios técnicos diversos; el 4 % accedió a cursos de nivel terciario.

3. OBRAS Y AUTORES

La encuesta sobre lecturas solicita al trabajador que escriba los nombres de uno y hasta tres autores, así como los títulos de uno y hasta tres libros que haya leído en algún momento de su vida.

Este registro de lectura quedó circunscripto al volumen impreso. Dejamos abierta la categoría a cualquier tipo de lectura, por ejemplo, literaria o no literaria, de modo que, si bien las referencias abarcan mayormente el libro de ficción, también ampararon otras disciplinas y otros registros como la historia, el ensayo, la economía política, la autoayuda, etc.

El 52 % de los encuestados —161 trabajadores— pudo citar un autor o un libro; el 48 % —150 trabajadores— no pudo recordar el nombre de un autor o de un volumen leído en algún momento de sus vidas. El 53 % del primer grupo citó entre uno y tres autores o títulos de libros; el 47 % pudo citar entre cuatro y seis nombres de autores o títulos de libros.

156 autores, 157 obras

El primero de estos dos grupos de trabajadores logra, con sus respectivas citas, una lista de 156 autores y 157 obras (libros, cuentos o poemas).

Los trabajadores citaron de manera directa los nombres de 104 autores. Además, mencionaron el título de las obras de otros 52 escritores, aunque no pudieron recordar sus nombres. Así, por las dos vías indicadas, los autores citados o referidos suman 156.

Los autores más citados

La pregunta sobre nombres de autores y de libros permitía incluir hasta seis respuestas, tal como se indicó. Así, la cantidad de citas sumadas de escritores y de libros supera a los 161 trabajadores que respondieron positivamente esta consulta.

Los nombres de escritores recordados directamente por los trabajadores fueron 104, pero estos mismos nombres fueron mencionados 332 veces. Los que siguen son los 11 escritores más citados de manera directa por sus nombres: Benedetti, quien recibió 19 % de las menciones a autores; Galeano, 11,7 %; Paulo Coelho, 7,8 %; Horacio Quiroga, 5,7 %; Gabriel García Márquez, 4,8 %; Isabel Allende, 3,3 %; Jorge Bucay, 2,1 %; Pablo Neruda, 2,1 %; Juana de Ibarbourou, 1,8 %; Mario Vargas Llosa, 1,5 %, y Roy Berocay, 1,5 %.

Las obras más citadas

Los títulos de obras citados por estos trabajadores suman 157 y la cantidad de citas de estas mismas obras asciende a 231. Los 12 títulos más recurridos por los obreros metalúrgicos son los siguientes: *Las venas abiertas de América Latina*, de Galeano, 9,5 %; *El alquimista*, de Coelho, 4,3 %; *La casa de los espíritus*, de Allende, 2,6 %; *Gracias por el fuego*, de Benedetti, 2,2 %; *Cien años de soledad*, de García Márquez, 2,2 %; *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, de Quiroga, 2,2 %; *¡Viven! La tragedia de los Andes*, de Piers Paul Read, 1,7 %; *Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena*, de José Luis Massera, 1,7 %; *Mi planta de naranja lima*, de José Mauro de Vasconcelos, 1,7 %; la Biblia, 1,3 %; *El principito*, de Antoine de Saint-Exupéry, 1,3 %, y *Martín Fierro*, de José Hernández, 1,3 %.

Los autores con más obras citadas

Algunos escritores se destacan del resto porque los trabajadores han podido citar dos o más de sus obras.

Benedetti es el autor con mayor número de obras y textos citados, diez en total: la novela *Gracias por el fuego* fue nombrada en cinco oportunidades; *Montevideanos*, en dos ocasiones; el cuento «Los pocillos» de *Montevideanos*, *Andamios*, *Antología poética*, *Inventario*, *La borra del café*, *La tregua*, *Preguntas al azar* y *Poemas de la oficina* se mencionaron en una oportunidad cada uno.

Coelho es citado por cinco libros: *El alquimista*, en diez oportunidades; *Verónica decide morir* y *Once minutos*, cada uno en dos oportunidades; *El vencedor está solo* y *El zahir*, una vez cada uno.

Quiroga es recordado por cinco de sus libros o de sus cuentos: *Cuentos de amor, de locura y de muerte*, cinco veces; «A la deriva», dos veces; «El almohadón de plumas», dos veces; *Cuentos de la selva* y *Anaconda*, una vez cada uno.

Galeano es leído por cuatro de sus obras: *Las venas abiertas de América Latina*, citada en veintidós oportunidades; *El fútbol a sol y sombra*, dos veces; *Memoria del fuego*, una vez, y *Patas arriba. La escuela del mundo al revés*, una vez.

Allende también cuenta con cuatro libros citados: *La casa de los espíritus*, mencionado en seis oportunidades; *Paula*, dos veces; *Retrato en sepia*, una vez, y *La suma de los días*, una vez.

García Márquez tiene tres obras citadas: *Cien años de soledad*, en cinco ocasiones, *El amor en los tiempos del cólera* y *Ojos de perro azul*, cada una en una oportunidad.

Carlos Marx también cuenta con tres obras citadas, todas en una ocasión: *El capital*, *Obras escogidas* y *El manifiesto comunista* (en coautoría con Friedrich Engels).

Otros autores son recordados por dos de sus obras: De Vasconcelos por *Mi planta de naranja lima* (cuatro veces) y *Rosinha, mi canoa* (una vez); Fiódor Dostoievski por *Crimen y castigo* y *El jugador*, una vez cada una; Umberto Eco por *El nombre de la rosa* (una vez) y *El péndulo de Foucault* (dos veces); Neruda por *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* y «Si tú me olvidas», en una oportunidad cada obra; Mauricio Rosencof por *Memorias del calabozo* y *Las cartas que no llegaron*, una vez por cada obra; José Saramago por *Ensayo sobre la ceguera* y *El evangelio según Jesucristo*, una vez por cada obra; Wenceslao Varela por *Vinchas* y *Candiles*, en una oportunidad por cada título.

El resto de los escritores fueron recordados por solo una de sus obras.

Los géneros predilectos

Los autores y las obras citados por los 161 trabajadores metalúrgicos pueden agruparse de acuerdo a los géneros literarios tradicionales: prosa, poesía y dramaturgia, y en ese orden han sido los predilectos.

El 51 % de las obras citadas corresponde a prosa de ficción; el 38 %, a prosa no ficcional; el 10 %, a poesía, y el 1 %, a dramaturgia. Si discriminamos por autores citados o referidos se trata de: 91 % de autores con mayoría de obras en prosa (ficción o no ficción); 8 %, de poesía; 1 %, de dramaturgia.

Las subdivisiones aquí elegidas no son las mismas que las planteadas por la encuesta a escala nacional de *Imaginarios y consumos culturales*. Sin embargo, conviene recordar que, respecto a las predilecciones de lectura por géneros, temas o áreas, aquel estudio recogió las siguientes preferencias de los uruguayos: novelas/cuentos, 59 %; ensayos/estudios, 34 %; biografía, 21 %; poesía/teatro, 15 %; cocina/jardinería/manualidades, 9 %; salud, 9 %; autoayuda, 9 %; humor, 8 %; religión, 7 %; otros, 6 %; arte/cine/fotografía, 4 % (Achugar et. al., 2003, pp. 56-57).

País o región de origen

Casi un tercio (32 %) de los autores elegidos por los metalúrgicos son europeos; luego, menos de un cuarto de los autores (23 %) nacieron o viven en países latinoamericanos, a excepción de Uruguay. En tercer lugar de preferencia se ubican los autores nacidos en nuestro país (22 %) y, por debajo, con el 20 % del total, encontramos a los autores nacidos o radicados en Estados Unidos. Solo el 3 % de los autores leídos por los metalúrgicos nació o vive en otras regiones del planeta.

4. LAS PÁGINAS DE LOS LECTORES

El corpus de lecturas en formato libro mencionado por los lectores metalúrgicos es heterogéneo y con apreciables tendencias internas. Esta diversidad puede considerarse desde las predilecciones temáticas o de autores por parte de grupos de lectores obreros, tal como desglosamos enseguida, siempre con relación a los 161 trabajadores que citan autores o libros. Interesa, en este caso, mostrar algunos cruces de lecturas, copresencias de autores y de títulos en uno o en varios lectores.

Benedetti y Galeano

Veinte lectores confiesan compartir sus preferencias por las obras de Benedetti y de Galeano. Cinco de ellos escribieron solo los apellidos de estos dos escritores compatriotas. Los restantes quince lectores recordaron, además de ellos, los nombres de otros escritores y, a veces, de sus obras.

Un grupo de cinco de estos lectores comparten la lectura de los dos uruguayos con la de otros autores de nuestro país, de Latinoamérica o de Europa, en todos los casos de origen hispano y del universo letrado y canónico, a veces provenientes de la izquierda política.

Un lector, además de Benedetti y Galeano, recordó a Quiroga —sin especificar obra—, y los libros *Memorias del calabozo* y *Las cartas que no llegaron*, de Rosencof, y *Algo habrán hecho*, de Elena Cabrejas. Otro lector agrega entre sus referencias a Vargas Llosa; otro, a Quiroga, y otro más, a Berocay y su libro *El sapo Ruperto*. Por último, un lector agregó a Mario Delgado Aparain —sin obra referida— y al poeta Antonio Machado con sus *Obras completas*.

Cuatro lectores de Benedetti y Galeano abrieron el abanico de lecturas hacia otras predilecciones. Uno de ellos citó *Veinte mil leguas de viaje submarino*, de Julio Verne y *El camino de las lágrimas*, de Bucay. Otro lector agregó *Los bienes terrenales del hombre*, de Leo Huberman. Otro, la Biblia y otro, a Danielle Steel, de quien no citó título de libro.

Hubo dos lectores que, junto a Benedetti y Galeano, mencionaron a Allende y coincidieron en nombrar su libro *La casa de los espíritus*.

Otros dos citaron a los escritores uruguayos y, además, a Coelho, en un caso, con *Verónica decide morir*; el otro lector agregó *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico*, de Alonso Salazar Jaramillo.

Por último, dos lectores de estos veinte que citaron a Benedetti y Galeano dieron cuenta de lecturas de autores de la izquierda y, de manera específica, del campo

comunista. Uno de ellos citó a Massera y su obra *Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena*; el otro, a los narradores: Saramago con *Ensayo sobre la ceguera*, y Máximo Gorki con *La madre*.

Estos veinte lectores son un ejemplo, entre muchos, de simultaneidad entre la búsqueda de una identidad y de puntos de apertura hacia otras direcciones coincidentes o discordes con la primera.

Benedetti y Coelho

Hay quince lectores que tienen en común la elección de las obras de Benedetti y de Coelho; dos de ellos fueron mencionados más arriba, ya que, además, comparten otra dirección de lectura, que involucra a Galeano.

De estos quince lectores, siete solo indicaron los nombres de los dos escritores en cuestión. Los ocho restantes agregaron otros textos o autores y, por tanto, otros horizontes de lectura.

Cuatro lectores incluyen a Benedetti y Coelho y a autores uruguayos o latinoamericanos en sus menciones: Julio Cortázar, Alejandro Figueredo con *Yo estuve ahí*, Juan José Morosoli y Berocay, en una oportunidad cada uno.

Los cuatro lectores restantes aquí considerados agregan: *Las cuitas del joven Werther*, de Johann Wolfgang von Goethe, nombrado en un caso; otro lector cita a Neruda y Amado (este último autor con *Gabriela, clavo y canela*); otro, *La conspiración*, de Dan Brown, y el restante menciona a *Paula* y *La suma de los días*, de Allende.

En este universo acotado de quince lectores, resulta aventurado arriesgar conclusiones, salvo la evidente compatibilidad de las obras de Benedetti y de Coelho ante los ojos de estos trabajadores metalúrgicos y la reiteración de zonas de ampliación de esos mundos literarios hacia zonas del canon literario nacional y latinoamericano, más otros ejemplos que no desarticulan aquel eje estético-ideológico, por lo demás, bastante amplio.

Benedetti y Quiroga

Nueve lectores comparten sus gustos por la obra de Benedetti y de Quiroga. Tres de ellos solo mencionan los nombres de estos dos escritores compatriotas. Los otros seis agregan los siguientes autores y, a veces, obras, uno por cada lector metalúrgico: García Márquez; Idea Vilariño; Berocay; *Diez días que estremecieron al mundo*, de John Reed; Ignacio Martínez, y Guillermo Lockhart.

Benedetti, Allende y otros

Como se observó, un trabajador era lector de la obra de Benedetti, Coelho y Allende. Pues bien, otros tres lectores comparten en sus recuerdos el gusto por la obra del primero y el tercero de estos escritores.

Y los tres, si bien descartan en esta consulta puntual a Coelho, agregan otros: uno de ellos nombra a Gustavo Adolfo Bécquer; otro, *El amor en los tiempos del cólera* y *Cien años de soledad*, de García Márquez, y el restante, *La tierra purpúrea*, de William Henry Hudson y *El péndulo de Foucault*, de Eco.

Benedetti y el canon latinoamericano

Otros nueve lectores comparten su gusto por la obra de Benedetti y escritores del canon uruguayo (Ibarbourou, Quiroga) y latinoamericano (García Márquez, Vargas Llosa), con alguna mirada hacia España (Federico García Lorca), siempre preservando cierto esteticismo de obras y autores circulantes entre los sectores medios y letrados, y el agregado de otros escritores contemporáneos (Truman Capote), en algún caso de un escritor de amplia difusión (Horacio Castellanos Moya).

Los ejemplos de estas lecturas combinadas se empalman con ejemplos anteriores del grupo de lectores que sumaban en sus predilecciones a Benedetti y a Galeano, por ejemplo, o a Benedetti y a Quiroga, y que aquí no retomaremos.

Si volvemos a la obra de Benedetti como único *pivot*, encontramos los canales de salida en los siguientes ejemplos de otros autores que lo acompañan en la mención de los respectivos lectores:

- García Márquez y Vargas Llosa.
- Ibarbourou y Neruda.
- Capote y Vargas Llosa.
- Vargas Llosa.
- Ernest Hemingway (*El viejo y el mar*), García Márquez (*Ojos de perro azul*) y De Vasconcelos (*Mi planta de naranja lima*).
- Vargas Llosa y José Pedro Charlo, Aldo Garay y Virginia Martínez (*El círculo. Las vidas de Henry Engler*).
- Neruda.
- Ibarbourou.

- Federico García Lorca.
- Neruda («Si tú me olvidas») y Castellanos Moya (*El arma en el hombre*).
- Tom Clancy.

Los lectores de Eduardo Galeano

Si tomamos los lectores que citan a Galeano como punto de partida o articulación de lecturas, encontramos, además, lectores que leen libros de Allende y de los siguientes autores:

- Rosencof.
- García Márquez y Quiroga.
- Saramago (*El evangelio según Jesucristo*) y Alejandro Dolina (*El libro del fantasma*).
- J. K. Rowling (*Harry Potter y la piedra filosofal*) y Eleuterio Fernández Huidobro (*La fuga de Punta Carretas*).
- Bucay; Walter Graziano (*Nadie vio Matrix*); J. Patrice McSherry (*Los Estados depredadores: la Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina*), y Sara Méndez y Raúl Olivera.
- Rosencof y Horacio Tato López.
- Neruda y Vargas Llosa.
- Ibarbourou, Quiroga (*Cuentos de amor, de locura y de muerte*) y Virginia Woolf (su cuento «La mancha en la pared»).

A estas combinaciones se agregan otras, también con Galeano como autor en común, que corresponden a los siguientes escritores, en varios casos provenientes del universo marxista y comunista, pero en un arco ideológico y estético que abarca latitudes divergentes y opuestas:

- Massera (Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena) y Enrique Rodríguez (Un movimiento obrero maduro).
- Gorki (La madre) y Marx (Obras escogidas).
- Massera (Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena) y Engels.
- Fernández Huidobro, Alfonso Lessa (Estado de guerra) y Fernando Amado (En penumbras. La masonería uruguaya [1973-2008]).
- Francisco Gerardo Haghenbeck (Trago amargo) y Ettore Pierri (Vida, pasión y muerte de Emiliano Zapata).

- Jorge Luis Borges y Miguel de Cervantes.
- Antonio Gramsci y José María Arguedas.
- Hermann Hesse, Walt Whitman y Antonin Artaud.
- Nicolás Maquiavelo (El príncipe).

Otros lectores de Galeano amplían el campo estético e ideológico con los siguientes ejemplos de autores y libros citados:

- Jacques Bergier (*El libro de lo inexplicable*), Read (*¡Viven! La tragedia de los Andes*), Hugo Barreto, Gustavo Ekroth y García Márquez (*Cien años de soledad*).
- Viktor Frankl (*El hombre en busca de sentido*), De Vasconcelos y Massera (*Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena*).
- *Sé fiel a ti mismo*, libro de espiritualidad escrito por varios autores.
- Sidney Sheldon, Viktor Kravchenko (*Yo elegí la libertad*) y Juan Carlos Onetti.

Otros ejemplos de lectores de Galeano pueden repasarse en el espacio dedicado a las lecturas combinadas de este escritor y de Benedetti, ya indicadas. Allí se encontrarán ratificaciones de las tendencias ya ofrecidas en los últimos párrafos.

En este grupo de lectores de Galeano son notorias las predilecciones de lectura. Si comparamos este grupo con los lectores de la obra de Benedetti, podríamos entablar coincidencias en la elección de otros temas y autores, con diferencias solo de acento. Los dos grupos confirman una sensibilidad estética y social relacionada con un segmento del canon literario latinoamericano del siglo xx. Luego, registramos otros dos movimientos: primero, la agudización ideológica de ese canon, al incluir autores y obras del campo socialista; en otro sentido, el alejamiento de este registro hacia temas relacionados con la espiritualidad, el entretenimiento desideologizado o, incluso, textos que cuestionan de manera directa las tendencias marxistas.

Lectores de la Biblia

Tres lectores citaron la Biblia como lectura predilecta. Uno de ellos citó, además de la Biblia, el libro *La segunda guerra mundial*, sin indicar autor, y a Homero, seguramente por *La Iliada*, leída por su inclusión en los programas de enseñanza secundaria.

Otro lector de la Biblia citó, además: *Autoridad espiritual*, de Watchman Nee, también a Peter Youngren y *¡Corre, Nicky, corre!* (1968), del reverendo Nicky Cruz. El

tercer lector de la Biblia fue citado más arriba porque lee, además, a Galeano (*Las venas abiertas de América Latina*) y a Benedetti.

Tenemos entonces lectores de la Biblia que, junto a este texto religioso, manifiestan sus gustos por la historia, por la nueva espiritualidad y por dos de los escritores contemporáneos y canónicos más populares y vendidos del Uruguay en las últimas décadas. Los tres son hombres; los tres leían cuando eran niños; los tres son casados, tienen 31, 44 y 46 años; los tres leen con frecuencia diaria; dos de ellos reservan un momento del día para leer libros a sus hijos.

Best sellers y espirituales

Un grupo de lectores revela una preferencia puntual o francamente decisiva por los best sellers y por la literatura espiritual.

Un lector recordó a Wilbur Smith; Stieg Larsson (trilogía *Millennium*); Frankl; *El país de las cosas perdidas*, de Ángela Ionescu, y *La bondad de las mujeres*, de James Graham Ballard. Es una mujer de 34 años, soltera, que trabaja 45 horas por semana, con actividad en el ámbito social y que dice leer varias horas por día.

Otro lector citó a Verne y su libro *Veinte mil leguas de viaje submarino* y a *Papillon*, de Henri Charrière. Es un hombre de 36 años, que trabaja 48 horas, realiza actividad sindical, dice leer en algún momento del día y, además, lee libros a su hijo.

Una operadora de máquinas, soltera —reserva su edad—, con 48 horas de trabajo semanal y frecuencia de lectura anual, mencionó: *El lado activo del infinito*, de Carlos Castaneda; *Recuentos para Demián*, de Bucay, y *Lobo estepario*, de Hermann Hesse.

Un soldador de 42 años, casado y con cuatro hijos, lee o leyó *Aeropuerto*, de Arthur Hailey; *El quinto jinete*, de Dominique Lapierre y Larry Collins, y *Desde el jardín*, de Jerzy Kosinski.

Un electricista de 46 años, casado, con 52 horas de trabajo semanal, lee libros que —a él y a su esposa— «nos prestan nuestros amigos», por ejemplo: *Cómo vivir cien años*, de Clement G. Martin; *La novena revelación*, de Redfield; *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, de Cervantes, y libros de Coelho.

Un peón de la industria del aluminio, soltero, de 21 años, lector mensual de algún libro, prefiere: *Muchas vidas, muchos maestros*, de Brian Weiss; *Recuentos para Demián*, de Bucay, y *El alquimista*, de Coelho.

Un oficial de la misma industria, de 49 años, lee alguna vez a la semana libros como *El camino de las lágrimas*, de Bucay; *El caballero de la armadura oxidada*, de Robert Fisher, y *El hombre que calculaba*, de Malba Tahan.

Un peón de taller metalúrgico de 37 años, soltero, leyó *El evangelio del mal*, de Patrick Graham; *Once minutos*, de Coelho, y *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*, de Neruda.

Un operario de máquina sopladora de envases, de 25 años, soltero, sin hijos, nunca compra libros, pero a veces consigue alguno prestado, como los de Stephen King y de Coelho, autores que recordó en el formulario.

Una administrativa de una empresa metalúrgica, de 24 años, soltera, ha leído: *¡Viva la diferencia!*, de Pilar Sordo; *El secreto del poder*, de Bob Doyle; *El psicoanalista*, de John Katzenbach, y libros de Coelho.

Un obrero metalúrgico de 41 años, con 45 horas de trabajo semanal, confiesa sentirse cansado al final de la jornada laboral y, alguna vez al día, leer a Gerald Messadié, a Brown y a Samuel Blixen.

Un obrero de una fábrica de la industria del plástico, de 26 años, soltero, lee o ha leído libros de Jimmy Swaggart, de Luis Palau y del matemático Walter Fernández Val.

También en este pequeño grupo es arriesgado determinar conclusiones, aunque parece notorio que, si aceptamos la existencia de un destacable universo de lectores dirigido hacia los textos espirituales y los best sellers, podemos apreciar que lo son de manera exclusiva o con escuetas incursiones en otros espacios literarios y, casi sin error, que expulsan de sus horizontes las lecturas de espesor ideológico del campo socialista o marxista-leninista, como también las narraciones sobre el revisionismo histórico, la historia sindical y el testimonio revolucionario, temas que sí aparecen en otros lectores del gremio, como veremos enseguida.

Marxismo y comunismo

Un grupo de lectores refiere a obras del campo socialista y comunista, tanto doctrinarias como de ficción.

Ya vimos que algunos de ellos comparten lecturas con la obra de Benedetti, quizás con mayor frecuencia con la obra de Galeano, mientras que es casi nula la convivencia con obras relacionadas con la espiritualidad o con el best seller.

Además de los ejemplos ya citados, podemos agregar cinco más, seleccionados porque muestran indicios de ser lectores para los que las temáticas provenientes de este segmento ideológico o de los autores identificados con las corrientes socialistas son prioritarias.

Un oficial cañista, casado, de 44 años, con 45 horas de trabajo semanal, citó entre sus lecturas recordadas a *El capital*, de Marx; *El Estado y la revolución*, de Vladimir

Ilich Uliánov, *Lenin*; *Cien años de soledad*, de García Márquez, y a Borges, sin mencionar título de alguna de sus obras.

Un obrero pañolero de la industria naval, casado y de 31 años, recordó *El manifiesto comunista*, de Marx y Engels, y dos libros de historia: *Historia del arte* e *Historia antigua*, de los que no especificó autor.

Otro oficial cañista de la industria metalúrgica, casado y de 48 años, citó a Marx, Lenin, Ernesto *Che* Guevara, Massera (*Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena*) y, de manera general, las ediciones de la Biblioteca Cuba.

Un peón de 33 años, soltero, refirió a Guevara —sin citar libro— y a Richard Bach y su volumen *Juan Salvador Gaviota*.

Por último, un carrocerero de una empresa de auxilio mecánico, de 28 años, casado, sin hijos, citó a Lenin (*¿Qué hacer?*) y a Marcos Ana (*Decidme cómo es un árbol. Memoria de la prisión y la vida*).

Estos cinco lectores ofrecen indicios de un considerable acercamiento al libro como objeto. Tres de ellos compran libros alguna vez al año; otro, alguna vez al mes. Solo uno no compra libros, pero posee más de 100 volúmenes en su domicilio, cifra indicada por otros dos de sus colegas. Otro trabajador tiene entre 30 y 50 libros en su casa; el quinto trabajador, menos de 10 libros. Los cinco son lectores con buena y alta frecuencia de lectura: tres de ellos leen alguna vez al día, otro en algún momento de la semana y el quinto alguna vez al mes.

Por tratarse de un grupo aún más pequeño que los anteriores, resulta imposible establecer proyecciones estadísticas hacia el resto de los encuestados. Por ahora alcanza con referir ejemplos de lecturas *cerradas* dentro de un circuito o temática ideológica, y aperturas hacia lecturas ficcionales (García Márquez) o ajenas al signo ideológico explícito (Borges, Bach) que, en principio, identifica a estos lectores.

En resumen: en todos los grupos seleccionados podemos identificar tendencias de lectura más o menos dominantes, nunca solitarias. Siempre coexisten con otras tendencias que interceptan a las primeras, provocando desvíos y, a veces, contradicciones.

5. NÚCLEOS LITERARIOS

Los 156 autores y las 157 obras mencionados por los lectores metalúrgicos pueden reagruparse en varios núcleos de afinidad, con puntos de contacto entre sí —libros que comparten características con dos o más grupos—, y que referiremos enseguida. Los criterios son amplios y solo ilustrativos, habilitan posibles tendencias de lectura. Hemos elegido los siguientes subgrupos: canon del siglo xx; espiritualidad; best sellers; sistema educativo; ideología e historia; biografía; testimonio; crónica e investigación periodística; populares; literatura infantil y juvenil.

Canon del siglo xx

En este espacio ubicamos a 26 autores y 35 obras de ficción. Comparten el contar historias con fluidez y seducción, el alcanzar una buena respuesta de públicos que exceden las fronteras nacionales e incluso las lingüísticas, que no condescienden con facilismos escriturales ni estéticos, sino que, por el contrario, mantienen un nivel de exigencia hacia el lector que es convocado en un espacio participativo. Las ofertas temáticas y los estilos son distintos, pero la convicción en los beneficios de la literatura, quizás en un concepto del estatuto literario, los vincula.

Varios de estos autores han sido integrados a los programas de enseñanza secundaria —Benedetti, Galeano, Neruda, García Márquez, Cortázar, Borges y Delgado Aparain—,¹⁰ pero aquí se destacan porque sus libros exceden el circuito educativo y mantienen una circulación comercial reciente. En muchos casos agregan el perfil latinoamericanista y el hecho de ser narradores —el género más leído a nivel social—, elementos suficientes para desprenderlos de la mera lectura de la época liceal, a la que, además, no accedieron todos los obreros metalúrgicos en su segundo ciclo. Por otro lado, no todos los autores de los programas de literatura del segundo ciclo de enseñanza secundaria o de la UTU son efectivamente dictados en cada curso. Reconocemos que los nombres de Benedetti y Galeano, por sus afinidades con grupos y pensamientos de la izquierda política, fueron por décadas afines y bien recibidos en ámbitos politizados y sindicalizados. Además, y junto con sus respectivas calidades literarias, los libros de estos autores han conquistado públicos que no necesariamente pasaron por el sistema educativo y, sin embargo, accedieron a ellos, ya fuera por recomendación, por iniciativa personal o debido a las promociones comerciales, de modo que el aula fue un espacio de conocimiento central, pero no único.

10 Ejemplos surgidos de los «Contenidos programáticos: Literatura» de primer, segundo y tercer año del Ciclo Básico de Enseñanza Secundaria, reformulación 2006 (Consejo de Educación Secundaria, Administración Nacional de Educación Pública, Consejo Directivo Central), aunque con seguridad la lista se amplíe al repasar los programas a los que accedieron los lectores de mayor edad considerados en esta encuesta.

En las siguientes secciones detallamos los 26 autores y las 35 obras.

Dos autores emblemáticos

Los libros de Benedetti y Galeano son los predilectos de los lectores obreros del sindicato metalúrgico, siempre dentro del primer recorte de autores y obras que asociamos, de manera genérica, por haber producido la mayor parte de su obra y logrado su consagración durante el siglo xx.

Benedetti fue citado 63 veces.¹¹ Los lectores de este autor recordaron diez de sus libros y textos: *Gracias por el fuego* (1965, cinco veces), *Montevideanos* (1959, tres veces), el cuento «Los pocillos» (*Montevideanos*, 1959, una vez), *Andamios* (1996, una vez), *Antología poética* (1984, una vez), *Inventario* (1963, una vez), *La borra del café* (1992, una vez), *La tregua* (1960, una vez), *Poemas de la oficina* (1956, una vez), *Preguntas al azar* (1986, una vez).

Galeano fue citado 39 veces, como autor o por sus libros. Veintidós trabajadores recordaron *Las venas abiertas de América Latina* (1971); otros mencionaron *El fútbol a sol y sombra* (1995, dos veces), *Memorias del fuego* (1986, una vez), *Patatas arriba*. *La escuela del mundo al revés* (1998, una vez).

Boom editorial: latinoamericanos, europeos y anglosajones

Un puñado de autores comparten con Benedetti y Galeano el perfil latinoamericanista y, a veces, un público identificado con la izquierda política, etiqueta simple y reduccionista que se ha impuesto para señalar a quienes profesan ideas liberales: marxismo, marxismo-leninismo y otros ismos pertenecientes al pensamiento revolucionario moderno.

Aparecen autores con más de medio siglo de producción y reconocimiento institucional e internacional. García Márquez fue mencionado 16 veces: cinco de ellas, con *Cien años de soledad* (1967); una, con *Ojos de perro azul* (1973); otra, con *El amor en los tiempos del cólera* (1985); las restantes, sin obra. Neruda, siete veces: una de ellas, con *Veinte poemas de amor y una canción desesperada* (1924); otra, con el poema «Si tú me olvidas» (*Los versos del capitán*, 1952, una mención); las restantes, sin obra. César Vallejo, una vez, pero sin obra. Otros dos obreros recordaron las obras *Bahía de Todos los Santos* (1945) y *Gabriela, clavo y canela* (1958),

11 Cabe advertir que al abordar a cada trabajador nos referimos —aunque no siempre— a la Fundación Mario Benedetti, lo que seguramente condicionó o alentó la inclusión de este autor en la lista de nombres de escritores. Empero, consideramos que este fenómeno ha quedado absorbido por las evidentes tendencias mayoritarias respecto de los temas consultados y por la cita de una cantidad considerable de títulos de sus obras.

pero no a su autor, Jorge Amado. Ernesto Sábato fue nombrado dos veces, una de ellas con *Sobre héroes y tumbas* (1961). Cortázar, dos veces, sin obra ninguna de las dos. Arguedas, una vez, sin obra. Vargas Llosa, cinco veces, pero solo una con libro, *Conversación en la catedral* (1969). Borges, una vez, sin obra.

Ya no centralmente vinculado a las izquierdas políticas o con circuitos de legitimación editorial y el universo latinoamericano, aunque no siempre desvinculado de esa señal —para algunos lectores este puede ser el motivo principal de acercamiento—, aparece otro grupo de autores. Este grupo está identificado con la consagración literaria, a veces canónica, y, en especial, con una propuesta temática que transita la crítica y el análisis social, y lo hace con una escritura que puede parecer simple, pero sin facilismos ni clisés, con una prosa elegante que, a veces, propone la experimentación.

Gorki, nombrado dos veces con su novela *La madre* (1907), y Saramago, también dos veces, una de ellas con *El evangelio según Jesucristo* (1991) y la otra con *Ensayo sobre la ceguera* (1995), se encargan de establecer el evidente vínculo con esta gran familia de escritores que relacionamos por tener una fuerte recepción por parte de públicos de la izquierda política, aunque ambos casos exceden esta circunscripción.

No ocurre necesariamente lo mismo con los restantes autores. En estos se destacan otras cualidades, como la de ofrecer una escritura y a veces una temática que convoca a la participación del lector. Son escritores que provienen de las poderosas industrias editoriales de Estados Unidos y Europa, con dominancia anglosajona, y que a veces son reeditados en México, Argentina o España, principalmente.

Charles Bukowski, William Faulkner y Truman Capote fueron citados una vez, sin obras. También fueron citados una vez, pero con obra, Anthony Burgess, con *La naranja mecánica* (1962, una cita), y Hemingway, con *El viejo y el mar* (1952, una cita); ambos trabajadores recordaron también a Hermann Hesse, con su novela *El lobo estepario* (1927). Eco fue citado una vez, con *El nombre de la rosa* (1980), y su libro *El péndulo de Foucault*, dos veces, (1988), pero sin autor. Fueron citados sin autor el cuento «La mancha en la pared» (1917), de Woolf, *Un mundo feliz* (1932), de Aldous Huxley, y *Desde el jardín* (1971), de Kosinski, todos ellos una vez. También registramos una cita a Artaud, pero sin obra.

Por último, Delgado Aparain y Onetti nos quedaron como únicos representantes de la literatura nacional y contemporánea; esto sin tener en cuenta otros aspectos que podrían hacerlos emigrar a agrupamientos aledaños. Delgado Aparain fue mencionado en una oportunidad, sin obra, y Onetti, en cuatro, en una de ellas con su novela *Cuando ya no importe* (1993).

Espiritualidad

Los temas religiosos tradicionales, las nuevas corrientes espirituales, la dimensión esotérica, los fenómenos inexplicables y la autoayuda congregan a 25 autores y 23 obras referidos por los trabajadores metalúrgicos, según el detalle que ofrecemos enseguida.

Doctrina y enseñanza religiosa

Además de los tres trabajadores metalúrgicos lectores de la Biblia —que no especificaron libros del Viejo o del Nuevo Testamento—, un trabajador mencionó al pastor evangélico Jimmy Swaggart; otro, a Luis Palau, y otro, al ministro Peter Youngren. Ninguno de los tres recordó alguno de los títulos de estos predicadores cristianos. El escritor Watchman Nee fue citado una vez, con su libro *Autoridad espiritual*,¹² y Nicky Cruz y David Wilkerson, con *Corre, Nicky, corre* (1968) y *La cruz y el puñal* (1963), respectivamente.

También fue citado *En penumbras. La masonería uruguaya (1973-2008)* (2008), de Fernando Amado, libro asociado a las temáticas religiosas, pero como investigación.

Autoayuda y esoterismo

Un espacio destacado lo ocupan las literaturas de autoayuda, esotéricas, de reflexiones y consejos espirituales para enfrentar las dificultades de la vida y textos que atienden fenómenos inexplicables para la razón (espíritus y aparecidos, extra-terrestres y otros).

En este segmento, entre la literatura espiritual y el best seller, se destaca Coelho, considerado 26 veces, ya sea por su nombre o por sus libros. Los trabajadores citaron los siguientes cinco libros: *El alquimista* (1988, diez menciones), *Verónica decide morir* (1998, dos), *Once minutos* (2003, dos), *El zahir* (2005, una) y *El vencedor no está solo* (2008, una).

Bucay fue mencionado siete veces, pero solo dos trabajadores recordaron alguno de sus libros: *Recuentos para Demián* (1994) y *El camino de las lágrimas* (2008). Leo Buscaglia, dos veces, una de ellas con *Vivir, amar y aprender* (1982). También fueron citados dos veces Castaneda, una de ellas con *El lado activo del infinito* (1999), y Enrique Ortega Salinas, una de ellas con *Inteligencia extrema* (2008). Hubo dos menciones al libro *Muchas vidas, muchos maestros* (1988), una de ellas con el nombre de su autor, el psiquiatra Brian Weiss. Amanda del Carmen Fernández Díaz fue citada una vez, con *El perrito del mendigo* (2010).

12 No he podido ubicar fecha de la primera edición, ni en inglés ni en español.

Fueron mencionados una vez, pero sin el nombre de sus autores, los libros *Juan Salvador Gaviota* (1970), de Richard Bach, *El secreto del poder* (2011), de Bob Doyle, *Voces anónimas* (2008), de Guillermo Lockhart, *Cómo vivir cien años* (1963), de Clement G. Martin, *La novena revelación* (1993), de James Redfield, y *Sé fiel a ti mismo* (2009), de varios autores.

Sin títulos de libros, con una cita en cada caso, fueron recordados Gustavo Ekroth, Gustavo Tato López, Gerald Messadié y Nicholas Sparks.

Best sellers

En diálogo con el segmento anterior ubicamos los best sellers. Se trata, como se sabe, de libros que han obtenido un éxito de superventas en el circuito comercial articulado en varios países del mundo, y están asociados a una condición estética empobrecedora, condescendiente con supuestos requerimientos de un público satisfecho con el efectismo, el divertimento intrascendente y el lugar común, aunque recostados en la novedad, la acción y el ingenio.

El best seller es respaldado y promovido por la industria editorial, que elabora listas de libros más vendidos, generosos espacios de publicidad de la obra, la imagen y la vida del autor, con reglas de comercialización y venta aplicables a cualquier producto del mercado, realidad que se enfrenta con los criterios intrínsecamente literarios defendidos por los escritores de la media y la alta cultura. Así, las páginas web resaltan el meteórico éxito comercial de la obra de Isabel Allende, con 51 millones de libros vendidos hasta 2010, traducidos a 27 idiomas. Sin embargo, para Harold Bloom, la autora de *Paula* es una «muy mala escritora»; para Elena Poniatowska, es dependiente del fenómeno comercial y explota estereotipos femeninos caducos, y para Roberto Bolaño (Suárez Anturi, 2010), no es una escritora, es una escritora. En definitiva, es un producto del mercado y la industria editorial. Estas críticas encuadran una polémica que dirime segmentos del universo ideológico-literario.

Este grupo lo integran 22 autores y 20 libros citados por los metalúrgicos, como se detalla a continuación.

Allende es, por lejos, la autora de best sellers más leída por los metalúrgicos. Pero, a pesar de la gran cantidad de veces que fue mencionada, 27 en total, solo cuatro de sus libros fueron recordados por los trabajadores de la UNTMRA: *La casa de los espíritus* (1982, seis menciones), *Paula* (1994, dos), *La suma de los días* (2007, una) y *Retrato en sepia* (2000, una).

Un trabajador recordó al autor Dan Brown, con su libro *La conspiración* (2001); otro, a Santiago Camacho, con *20 grandes conspiraciones de la historia* (2005), y un terce-

ro, a Stieg Larsson, con su trilogía Millennium (formada por los títulos *Los hombres que no amaban a las mujeres*, 2005, *La chica que soñaba con una cerilla y un bidón de gasolina*, 2006, y *La reina en el palacio de las corrientes de aire*, 2007, traducidas y editadas en español entre 2008 y 2009). Un obrero metalúrgico citó a Pilar Sordo, con su obra *¡Viva la diferencia!* (2005).

Fueron mencionados una vez y sin el nombre del autor *La bondad de las mujeres* (2000), de James G. Ballard, *El libro de lo inexplicable* (edición en español de 1974), de Jacques Bergier, *El caballero de la armadura oxidada* (1989), de Robert Fischer, *El evangelio del mal* (2007), de Graham, *Nadie vio Matrix* (2007), de Graziano, *Aeropuerto* (1968), de Hailey, *El psicoanalista* (2002), de Katzenbach, *El quinto jinete* (1980), de Larry Collins y Dominique Lapierre, *Los niños del Brasil* (1976), de Ira Levin, *El hombre que calculaba* (1938), de Malba Tahan (seudónimo de Julio César de Mello y Souza), *Hocus pocus* (1990), de Kurt Vonnegut, y *Estado versus Justicia* (1992), de Gallatin Warfield.

Fueron recordados una vez y sin obra Clancy, King, Smith y Steel. Dos trabajadores dijeron leer a Sheldon.

Sistema educativo

Son 21 los autores y 23 los títulos integrados a los programas de enseñanza primaria y media convocados por los trabajadores metalúrgicos.

Varios de los autores citados en los apartados anteriores comparten esta característica, pero, por razones ya indicadas, hemos elegido un grupo que, estimamos, tiene una relación más tradicional e intensa con la enseñanza que aquellos. Un ejemplo de ello es *Martín Fierro*, de Hernández, libro con decenas de ediciones y cientos de miles de lectores. Sin embargo, desde hace años, este espectacular fenómeno ha quedado reducido a segmentos de lectores y, en especial, a un merecido lugar en los programas de literatura, en tanto modelo de la poesía gauchesca del siglo XIX. Por este motivo lo incluimos en este apartado, y no en el que sigue, referido a las lecturas populares del criollismo, perfil estético y temático que, obviamente, comparte.

Las referencias, entonces, son las siguientes.

Horacio Quiroga fue citado 19 veces. Tres trabajadores escribieron *Oracio Quiroga*. Fueron mencionadas sus siguientes obras: *Cuentos de amor, de locura y de muerte* (1917, cinco veces), los cuentos de este volumen «A la deriva» y «El almohadón de plumas» (dos cada uno), *Cuentos de la selva* (1918, una) y *Anaconda* (1921, una).

La poeta Juana de Ibarbourou fue mencionada en seis ocasiones, pero en ninguna con títulos de sus libros. Cuatro trabajadores citaron las obras *Mi planta de naranja*

lima (1968) y *Rosinha, mi canoa* (1962), tres de ellos también recordaron el nombre de su autor, José Mauro de Vasconcelos.

Fueron citados tres veces Bécquer (en un caso, como *Beker*), con *Rimas y leyendas* (ediciones en prensa, folletín y libros desde 1854, con decenas de ediciones póstumas); Cervantes, dos de ellas con *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha* (1605), y García Lorca, una de ellas con su obra de teatro *La casa de Bernarda Alba* (1936).

Fueron mencionados dos veces Dostoievski, una de ellas con *El jugador* (1867), la otra, con *Crimen y castigo* (1886); Homero, una de ellas con *La Ilíada* (siglo VIII a. C.), y Whitman, una de ellas con su poemario *Hojas de hierba* (1855).

Fueron citados una vez Charles Baudelaire, con su poemario *Las flores del mal* (1857); William H. Hudson, con su libro *La tierra purpúrea* (1885); Franz Kafka, con *La metamorfosis* (1915); Edgar Allan Poe, con su única novela, *Las aventuras de Arthur Gordon Pym* (1838); Machado, con *Obras completas*, y Rodó, con *Parábolas*.

Una vez y sin obra, fueron citados Morosoli y los poetas Vilariño y Juan Zorrilla de San Martín.

Otros lectores recordaron obras, pero no los nombres de sus autores: *Martín Fierro* (1872), de Hernández, fue citada tres veces; *Agamenón* (458 a. C.), de Esquilo, y *Las cuitas del joven Werther* (1774), de Goethe, una vez.

Ideología e historia

Este núcleo temático contiene 21 autores y 19 obras, discriminados de la siguiente manera.

Doctrina política y económica; marxismo y marxismo-leninismo

Una decena de autores puede reunirse por su condición ideológica —teóricos o partidarios del marxismo o del marxismo-leninismo— o por escribir libros de doctrina política.

Aquí aparecen los autores clásicos: Lenin, con *¿Qué hacer?* (1902, una vez) y *El Estado y la revolución* (1917, una); Marx, nombrado cuatro veces, tres de ellas con los libros *El manifiesto comunista* (1848, una), en coautoría con Engels, *El Capital* (1867, una mención) y *Obras escogidas* (s. f., una), y Engels, sin obra, aunque seguramente se trate, como en el caso anterior, de *El manifiesto comunista*.

Fueron citados, además, Rodney Arismendi, en una oportunidad, sin libro, y Massera, en cuatro, en todas ellas con su libro *Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena* (1973).

Un lector recordó a Ernesto *Che* Guevara y otro a Gramsci, en ambos casos sin obras. Otro lector citó al filósofo y escritor Tomás Abraham, pero la memoria no le alcanzó para nombrar ninguno de sus títulos. Un trabajador leyó *Cómo estudiar la sociedad* (1986), pero no recordó el nombre de su autora, la socióloga marxista-leninista Marta Harnecker.

Fuera de las tiendas marxistas, fue recordado Nicolás Maquiavelo, con *El Príncipe* (1513).

Sindicalismo

Dos entrevistados citaron dos obras sobre los movimientos sindicales argentino y uruguayo: uno de ellos recordó el libro *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable* (2005), pero no el nombre de su autor, Hugo del Campo; otro, el libro *Uruguay. Un movimiento obrero maduro* (1988), de Enrique Rodríguez.

Historia, ficción histórica, investigación

Nueve autores recalcan en la historia reciente, investigan y denuncian la corrupción y la violencia de Estado durante las dictaduras sudamericanas en la década de los 70.

Un trabajador citó *Algo habrán hecho* (1998), pero olvidó el nombre de su autora, Cabrejas. Otro, *Estado de guerra. De la gestación del golpe del 73 a la caída de Bordaberry* (1996), pero no a su autor, Lessa. Un trabajador citó *Los Estados depredadores. La Operación Cóndor y la guerra encubierta en América Latina* (2009), pero no recordó el nombre de su autora, McSherry. Lo mismo ocurrió con quien citó el libro *A fin de cuentas* (1968), de Boris Polevoi. El trabajador que leyó *El arma en el hombre* (2001) sí recordó el nombre de su autor, Castellanos Moya.

Otros libros y autores se encuadran dentro del discurso histórico más tradicional. Un trabajador citó *La Segunda Guerra Mundial* (1989), pero no pudo recordar el nombre de su autor (podría tratarse de Martin Gilbert, G. Deborin o algún otro). Lo mismo le pasó a quien mencionó *Los bienes terrenales del hombre* (1936; edición en español, 1961), de Huberman. Otro citó a Eric Hobsbawm, con su libro *Historia del siglo xx* (1994). Otro, a Diana Uribe, con su obra *Historia de las civilizaciones* (2008).

Biografía, testimonio, crónica e investigación periodística

Otros 19 autores y 19 obras transitan los géneros de la biografía y la autobiografía.

Fueron mencionados una vez Alonso Salazar J., con *La parábola de Pablo. Auge y caída de un gran capo del narcotráfico* (2001), Miguel Ángel Campodónico, con

Mujica (1999), Hans Magnus Enzensberger, con *El corto verano de la anarquía. Vida y muerte de Durruti* (1972), y Frankl, con *El hombre en busca de sentido* (1946).

Fueron mencionadas una vez y sin sus autores las obras *El círculo. Las vidas de Henry Engler* (2010), de Charlo, Garay y Martínez, y *Vida, pasión y muerte de Emiliano Zapata* (1979), de Pierri. También fue mencionada una vez *Complot a la uruguaya. ¿Quién mató a Villanueva Saravia?* (2010), en esta oportunidad con su autor, Mario Burgos.

Otras obras pertenecen al género del testimonio, la memoria, y la investigación y la crónica periodística. Rosencof fue citado en cuatro oportunidades, en una de ellas con *Memorias del calabozo* (1989) y en otra, con *Las cartas que no llegaron* (2003). Cuatro trabajadores recordaron el libro *¡Viven! La tragedia de los Andes* (1974), pero no el nombre de su autor, Read. Un trabajador citó *La sociedad de la nieve* (2009), pero tampoco recordó el nombre de su autor, Pablo Vierci. Hubo dos citas al libro *La fuga de Punta Carretas* (1990), de Fernández Huidobro. Fue mencionado una vez Charrière, con *Papillon* (1969), y el libro *Yo elegí la libertad* (1947), de Kravchenko. Sara Méndez fue citada en una oportunidad, pero el lector no identificó los títulos de sus libros. Un trabajador recordó el libro *Novios de antaño* (2005), pero no identificó el nombre de su autora, María Elena Walsh. Reed fue citado una vez, con *Diez días que estremecieron al mundo* (1919). También fue citado una vez Marcos Ana, con su libro *Decidme cómo es un árbol. Memoria de la prisión y la vida* (2007). María Urruzola fue recordada con *El huevo de la serpiente* (1992). Otro obrero mencionó a Blixen, pero no recordó ninguna de sus obras.

Populares

Los 14 autores y las 12 obras agrupados en esta categoría comparten el tener un público lector amplio y el no integrar, al menos de manera constante, los programas de educación formal.

Criollismo

Dos trabajadores citaron a Varela: uno de ellos leyó *Vinchas. Poemas del terruño* (1946) y el otro, *Candiles. Versos criollos* (1943).

Periodismo cultural y social

Un trabajador citó *El libro del fantasma* (1999), pero no el nombre de su autor, Dolina.

Fútbol

Cinco lectores se refirieron a libros del universo futbolístico. Un obrero citó a Mario Bardanca, con su libro *Yo, Paco* (2007); otro, a Figueredo, con *Yo estuve ahí* (2010), y un tercero, a Julio Ríos, con *La capacidad de asombro sí tiene límite* (2010). Barreto fue citado solo por su apellido, sin nombres de libros. Un trabajador citó el volumen *Edinson Cavani. Lo que llevo en el corazón: vida, fútbol y fe* (2011), pero no el nombre de su autora, la periodista Sondra L. Sottile.

Cómics

Dos lectores citaron libros de cómics, pero no recordaron el nombre de sus autores: uno de ellos, *Trago amargo* (2006), de Haghenbeck; el otro, *V de vendetta* (1982-1985), de Alan Moore.

Novelas

Entre los escritores triunfantes en cuanto a su inserción en el mercado, merece una consideración especial Corín Tellado, reconocida por el libro *Guinness de los récords* desde 1994 por ser la más vendida en lengua española. Un trabajador la mencionó, pero no citó ninguno de sus libros.

Dos trabajadores citaron a Verne, en una ocasión con su novela *Veinte mil leguas de viaje submarino* (1869-1870). Un trabajador recordó la novela *Marianela* (1878), pero no el nombre de su autor, el novelista Benito Pérez Galdós. Otro, el libro *Papaíto Piernas Largas* (1912), pero tampoco recordó el nombre de su autora, Jean Webster.

Libros técnicos

Un lector citó a Fernández Val, pero no mencionó ninguna de sus obras.

Literatura infantil y juvenil

En el rango de la literatura infantil y juvenil, claro que recurrido por el público adulto, se encuentran ocho autores y seis obras.

Berocay fue mencionado por cuatro trabajadores, en un solo caso con uno de sus libros, *Las aventuras del sapo Ruperto* (una zaga iniciada en 1989). Un trabajador recordó a María Inés Falconi, con su obra *Cartas para Julia* (2005). Otro, a Rowling, con su libro *Harry Potter y la piedra filosofal* (1997). Y otro, a Tolkien, con *El hobbit* (1932). Tres trabajadores mencionaron *El Principito* (1943), pero ninguno recordó el nombre

de su autor, Saint-Exupéry. Un trabajador recordó el libro *El país de las cosas perdidas* (1971), pero no el nombre de su autora, Ionescu. Dos trabajadores citaron autores, pero no obras: esto ocurrió con Blanca Álvarez González e Ignacio Martínez.

Tendencias

En resumen, el volumen de autores citados o referidos es casi el mismo en dos subgrupos temáticos: *canon del siglo xx* (17 %) y *espiritualidad* (16 %); apenas menor en otros cuatro subgrupos: *best sellers* (14 %), *ideología e historia* (14 %), *sistema educativo* (14 %), y *biografía, testimonio, crónica e investigación histórica* (12 %); muy por debajo, se ubican los subgrupos *populares* (9 %) y *literatura infantil y juvenil* (4 %).

Si consideramos los títulos de libros citados, es mayor el subgrupo *canon del siglo xx* (22 %); le siguen *espiritualidad* (15 %) y *sistema educativo* (15 %), y, casi equiparados, *best sellers* (13 %), *ideología e historia* (12 %) y *biografía, testimonio...* (12 %). Al final de la tabla se ubican los libros pertenecientes a *populares* (7 %) y *literatura infantil y juvenil* (4 %).

SUBGRUPO	AUTORES CITADOS O REFERIDOS		LIBROS CITADOS	
	CANTIDAD	PORCENTAJE	CANTIDAD	PORCENTAJE
Canon del siglo XX	26	17	35	22
Espiritualidad	25	16	23	15
Best sellers	22	14	20	13
Sistema educativo	21	14	23	15
Ideología e historia	21	14	19	12
Biografía, testimonio e investigación histórica	19	12	19	12
Populares	14	9	12	7
Literatura infantil y juvenil	8	4	6	4
Total	156	100	157	100

Grupos temáticos más citados por los lectores (citas de autores y/o títulos de libros).

Contemporáneos

En el total de libros citados por los trabajadores, identifiqué 78 con primeras ediciones posteriores a 1980. En este total, 18 (23 %) corresponden al subgrupo *espiritualidad*,

otros 16 (20 %), a *best sellers*. Solo estos dos subgrupos reúnen, entonces, el 43 % de los títulos de libros con primeras ediciones posteriores a 1980 citados por los trabajadores. Otros 13 libros (17 %) con fecha posterior a 1980 pertenecen a *canon del siglo xx*; 11 (14 %), a *biografía, testimonio...*; diez (13 %), a *ideología e historia*; siete (9 %), a *populares*, y tres (4 %), a *literatura infantil y juvenil*. Ninguno de los libros de *sistema educativo* tiene una primera edición posterior a 1980.

Los lectores de *best sellers* y libros de espiritualidad muestran una tendencia a leer libros más cercanos al presente que los de los restantes subgrupos. Se trata de una constatación arrasadora, que no se ve afectada ni por las dificultades de ubicar las primeras ediciones en español ni por la escasa presencia de estas ediciones en el Uruguay. La incidencia de esta dificultad queda suprimida al realizar un recorte cronológico entre libros editados antes y después de 1980, suficiente para establecer un primer trazo de contemporaneidad.

Así, en *best sellers*, las ediciones posteriores a 1980 representan el 80 %; en *espiritualidad*, el 78 %; en *populares y biografía, testimonio...*, el 58 % en ambos casos; en *literatura infantil y juvenil*, el 50 %; en *ideología e historia*, el 53 %; en *canon del siglo xx*, el 38 %. El 100 % de los libros de *sistema educativo* tienen primeras ediciones anteriores a 1980.

Los datos de primeras ediciones posteriores a 1980 en cada subgrupo y su incidencia en el total están resumidos en el siguiente cuadro:

SUBGRUPO	LIBROS CON PRIMERA EDICIÓN POSTERIOR A 1980	
	CANTIDAD	PORCENTAJE
Espiritualidad	18	23
Best sellers	16	20
Canon del siglo XX	13	17
Biografía, testimonio...	11	14
Ideología e historia	10	13
Populares	7	9

Cantidad de libros contemporáneos (con primera edición posterior a 1980) según grupos temáticos.

6. LOS FRAGMENTOS DEL CANON

Una corriente de estudios literarios ha desplazado la idea de canon como grupo fijo de libros y autores hacia la vida material del libro, su circulación y su uso. O considera, como propone Chartier, «las relaciones anudadas entre tres polos: el texto, el objeto que lo porta y la práctica que se apodera de él» (1994, p. 46). Así, el libro es considerado un objeto que alcanza su materialidad luego de la intervención de múltiples protagonistas (autor, editor, corrector, diseñador, imprentero, etcétera), y el texto, un espacio simbólico y material al que acuden agentes diversos para producir sentido. Este abordaje asume una premisa básica: el significado del libro se realiza, actualiza y varía con cada lectura, individual o social, uso contingente afectado por normas y códigos sociales que moldean nuevas significaciones. Tanto el estudio de las condiciones materiales de producción y circulación como las prácticas sociales que abordan el libro descentran la primacía semántica del texto, incorporan y amplían la teoría de la recepción o el *new historicism*, y trabajan el contacto entre la obra y la sociedad, es decir, profundizan la relación entre «el texto literario, los discursos y las prácticas ordinarias del mundo social, ya sea rituales, religiosos, jurídicos, políticos, administrativos o cotidianos», como analiza Chartier (2006, pp. 19-74 y 36-37).

En este panorama, el lector ocupa un espacio axial. Chartier, siguiendo pensamientos de Stanley Fish, propone profundizar la idea de una comunidad de lectura constituida por lectores que interpretan y se vinculan con el volumen de acuerdo con sus dispares capacidades culturales. Luego, afirma, «siguen las normas, las reglas, las convenciones y códigos de lectura» propios de cada comunidad. Por este camino, otorga espesor sociocultural a la figura del lector, preocupación que tenían numerosos autores anteriores, desde Walter Benjamin hasta Borges, en el siglo xx, y otros desde la antigüedad grecolatina (Chartier, 2006, pp. 37-38).

El libro importa en tanto puedan apreciarse los detalles que rodearon su creación, su materialidad, las intervenciones que hicieron posible su creación y su supervivencia; finalmente, los modos en que es utilizado, leído e interpretado. Estos abordajes están impregnados de una visión historicista del libro, la literatura y la lectura.

En la misma dirección de investigaciones, Robert Darnton ha disparado contra el concepto tradicional de canon como estatuto fijo y autoritario sobre el que las generaciones sucesivas solo aportan matices interpretativos que ajustan las ideas preconcebidas sobre los *valores literarios*. Darnton apunta que la literatura misma

ha dejado de verse como una sucesión de grandes títulos y grandes hombres, o *l'homme et l'œuvre*, según la antigua fórmula francesa, para imponer orden en eso. Ni

siquiera se trata de un corpus de textos. En lugar de esto, la literatura es una actividad: lectores que le dan sentido a los símbolos impresos en las páginas, o bien, en una palabra, la lectura (2003, p. 432).

La lectura adquiere así una dimensión hermenéutica que trastoca la institución literaria y, dentro de ella, la idea de canon. En coincidencia con su colega, Chartier concibe la lectura como «una práctica de invención de sentido», como un acto que conlleva «una producción de sentido» (Chartier, 2006, p. 41). Entonces, junto con la llamada *vida material del libro* existen abordajes relacionados con la lectura y el contexto social, y con su circulación, consumo y apropiación —en tanto que actualización productiva del texto— por parte de lectores y comunidades o grupos.¹³

Entre los lectores sindicalizados del gremio metalúrgico, es posible discernir variantes ideológicas de apropiación del texto en convivencia con otras tensiones relacionadas con el gusto personal, la cultura y la formación, también individual o grupal, o con el mercado. Observamos esto para no limitarnos a la mera descripción de textos y autores, al catálogo lineal, a las recurrencias surgidas de nuestra consulta a los trabajadores metalúrgicos, y entonces poder optar por otro camino y trazar líneas que dialoguen con, por ejemplo, identidades (pertenecer al sindicato, a una agrupación o a un sector político y su acción sindical, etcétera). Nos preguntamos si es posible vincular determinadas lecturas con la identificación del trabajador con los espacios que determinan su lugar como sujeto social o si, en cambio, esta pertenencia queda relegada, quizás diluida, cuando lee libros.

Resulta notorio que para precisar ciertos comportamientos relacionados con la lectura sería necesaria una pesquisa más amplia que revelara opiniones y datos que no surgen del formulario de una compulsiva. Solo así podríamos distinguir, por ejemplo, la mera enunciación por parte del trabajador de un título o de un autor asentada en la memoria o en algo ajeno a su vivencia cultural de la cita asentada en una lectura que forma parte de su experiencia íntima, buscada para satisfacer su deseo de conocer, cultivarse o entretenerse y que relaciona con la cultura sindical a la que pertenece. En este proceso de internalización del texto, el sindicalista espera de la palabra escrita un diálogo productivo con ideas e informaciones. En ese caso, estamos ante la interacción entre el libro y una práctica social, particular cuando el texto se vincula explícitamente con el discurso sindical y refugiada en la connotación cuando el texto es de ficción. Cuando el texto es de ficción, empero, aquel diálogo no queda necesariamente excluido, sino que participa de una noción de cultura relativamente amplia y en contacto con otros ámbitos, pero en sustancia, y ante determinadas referencias, restringida al universo de la vida sindical.

13 En el sentido que utiliza Chartier (2003), quien señala la diferencia con los sistemas de control y monopolio de los discursos de parte de comunidades (científicas) o doctrinas (filosofía, religión) que analiza Foucault en *El orden del discurso* (2008).

Sin perder de vista los recaudos tomados, tanto el conjunto de referencias como las apreciaciones individuales constituyen un buen punto de partida para reflexionar sobre la presencia de la literatura y los libros entre trabajadores sindicalizados y en una organización contemporánea. Entonces, el corpus de autores y obras citados por los obreros metalúrgicos ofrece un panorama de sus gustos literarios e indicios de sus vulnerabilidades respecto de las imposiciones institucionales, respecto del Estado (aparato educativo), del sistema político-ideológico (partidos políticos), de la religión, del sistema comercial (editoriales, distribuidoras, librerías, ferias) y del canon literario proveniente de alguna de estas entidades. El punto de confluencia es el de 161 trabajadores sindicalizados considerados en cuanto lectores de libros.

No podemos concluir que esta confluencia determine una literatura particular o, en otras palabras, un canon literario asociado a un sindicato. Primero, porque no existe o no conocemos un programa de literatura y lectura instituido por el sindicato. Segundo, por el alcance y las características de la propia pesquisa y las debilidades intrínsecas a la compulsión. La cantidad de trabajadores que señalaron nombres de libros y autores apenas supera la mitad del total de consultados. Esto no impide que esta minoría represente al grupo mayor de trabajadores agremiados: podemos suponer que, si extendiéramos la consulta, ubicaríamos solo variedades internas dentro del ya amplio corpus literario construido. La representatividad del corpus literario está respaldada por la cientificidad de la encuesta y, a su vez, el alcance de esta representatividad es indicio suficiente de una constelación oculta de libros y autores que refieren a los temas y los gustos obtenidos de nuestro mapeo.

La diversidad, evidente, indica un momento en el juego de tensiones y luchas de inclusión y exclusión que, por su condición beligerante, debe modificarse en al menos dos vectores: los sujetos y el tiempo. En otras palabras, si consultáramos a otros 311 trabajadores metalúrgicos, obtendríamos otro grupo de lectores, que recordarían y confesarían haber leído o estar leyendo otros libros, obtendríamos otro corpus de lecturas, seguramente con ejemplos en común, pero, en conjunto, distinto del surgido de nuestra primera compulsión, y es probable que algunas tendencias de lectura se mantuvieran y otras aumentararan o disminuyeran, que surgieran nuevas, que desaparecieran otras. Por otra parte, si en dos o cinco años realizáramos la misma compulsión con los trabajadores consultados en esta primera instancia, obtendríamos otras variaciones. Aclaro esto porque nuestro estudio fue realizado en 2011, un año relativamente cercano a esta edición, lo que garantiza la vigencia de sus resultados. Entonces, de la lista de libros y autores citados por los trabajadores metalúrgicos obtenemos una fotografía de sus lecturas y, con ella, huellas del pasado de estos lectores.

Por otra parte, para determinar mejor la relación entre el corpus y los lectores metalúrgicos, deberíamos tener en cuenta consultas similares realizadas en otras áreas o capas de la sociedad. De esta manera, obtendríamos elementos de comparación con los cuales enriquecer lo estudiado en 2011. Si lo hiciéramos, podría confirmarse lo que, por ahora, es una hipótesis: la lista de libros citados por los obreros metalúrgicos no parece privativa de este grupo de lectores, ni siquiera de un grupo social que podemos identificar como trabajadores sindicalizados de la UNTMRA. Quizás, esta sintonía entre el libro y la identidad grupal de una clase social sea pertinente para los tres o cuatro volúmenes que atienden de manera específica el universo del trabajo (como *Manual para entender quién vacía el sobre de la quincena*, de Massera) y el sindicalismo (como *Sindicalismo y peronismo. Los comienzos de un vínculo perdurable*, de Del Campo), pero no más allá. Incluso, este tipo de lectura no necesariamente es privativo de los lectores del gremio de trabajadores metalúrgicos: puede ser compartido por lectores de otros gremios o por lectores no agremiados, aunque, claro, estos textos están dirigidos en particular a quienes se encuentran involucrados social o ideológicamente con los temas tratados.

El resto de los títulos podría estar presente en las elecciones de una gran parte de la población lectora del Uruguay. Y, en no pocos casos, los libros y los autores citados son compartidos por una gran parte de los lectores del continente y los países de habla hispana, inglesa y francesa, sin distinción de género, clase o grupo social. Ocurre esto con los títulos de autores norteamericanos, europeos o de otras latitudes que recorren amplias zonas del mercado internacional del libro. Forman parte de las *publicaciones sin clase* de las que habla Hoggart (2003, p. 45), afectan a todas las clases sociales y todas las clases sociales tienen acceso a ellas. Lo trascendente no es tanto su dispersión, sino cómo sus temas y signos son capaces de captar la atención de individuos tan dispares, al menos en cuanto a su desigual ubicación en la escala social. Sería fructífero, si fuese posible, determinar cómo estos textos, compartidos por individuos tan diversos, son aprehendidos de manera distinta. Aquí la noción de uso no se restringe a la lectura, sino a los efectos producidos en el individuo luego del contacto, ocasional o recurrente, con determinado libro. Diversos lectores podrán interesarse por la lectura del campo laboral propuesta por Massera, pero solo aquel que recibe una paga quincenal vibrará en sintonía con la detallada explicación del angustiante vaciamiento del sobre del que depende su cuotificada existencia.

Es cierto que este fenómeno de asimilación o empatía entre el texto y la vida del trabajador metalúrgico no es relevante cuando la temática tiene que ver con el bienestar, con consejos para relacionarse mejor con la familia y las amistades o con métodos para optimizar el rendimiento de la memoria y aplicarlos en múltiples

trabajos y oficios. Entonces estamos ante temas y libros que, como hemos dicho, están dirigido a públicos amplios que exceden cualquier restricción de clase social. Pensamos, con todo, que, si bien existen trabajadores que participan de este gran universo de lectores sin clase, más o menos uniformes —aunque no anónimos, como aclara Hoggart—, estos mantienen, a diferencia de los estudiados por el anglosajón, un diferencial que evita su disolución en una categoría uniforme de lector *masivo*. Se trata, en nuestro estudio, de lectores con activa participación sindical, asalariados, como hemos dicho, que en muchos casos no restringen la lectura a la literatura asociada al mercado del entretenimiento vacuo, sino que comparten este índice con lecturas asimiladas a los paradigmas tradicionales de la formación y la educación individual en procura de fortalecer valores solidarios.

Es preciso, con todo, reconocer que un estudio sobre hábitos de lectura y un inventario de obras y autores construido a partir de la memoria de los 161 trabajadores que respondieron afirmativamente a la consulta sobre nombres de libros y autores no constituye un argumento suficiente para hablar de la cultura de la clase obrera, ni siquiera de un gremio específico, y, dentro de él, de un sindicato; tampoco para argumentar sobre la disolución de una identidad de clase o para confirmarla. Es decir, la lectura es solo uno de los índices relevantes del fenómeno cultural, que, en cualquier estrato social, involucra el relacionamiento del individuo con el saber, el entretenimiento, la información, la gastronomía, el juego, etcétera. Además, la lectura de libros es una parte, muchas veces menor, del hábito de leer. De modo que, por una parte, estos trabajadores tienen una tendencia a dejar de lado las lecturas sociales y políticas y, por otra, están abiertos a la lectura como pasatiempo.

Planteados las restricciones y los alcances del estudio, podemos afirmar que contamos con una referencia dentro del campo de la lectura, específicamente de libros, basada en 161 trabajadores, y esta referencia ofrece riquezas y abre interrogantes que promueven la reflexión. Con los 156 autores y las 157 obras citadas, los lectores del sindicato de obreros metalúrgicos han cubierto una amplia gama de la constelación literaria mundial. Recordemos que cada trabajador podía señalar cualquier autor y cualquier volumen leído en su vida. Este breve catálogo constituye una *memoria literaria*, como la define Harold Bloom (2004), pero sin la cualidad de representatividad estética y geográfica que el estadounidense adjudica a su definición de canon, del cual en párrafos anteriores hemos intentado desmarcarnos.

Este corpus literario está integrado por libros y autores distribuidos en grupos temáticos de acuerdo con los criterios ya explicitados. Seguramente algunos de ellos, en especial la identificación de fronteras entre el texto ficcional y el no ficcional, entre el ensayo y la creación, u otros, no sean los mismos que los adoptados por los lectores consultados. Esta divergencia de criterios tiene distintas fuentes. Una de

ellas es la existencia de textos que combinan géneros diversos, sin asumir uno de ellos de manera explícita. En los decenios recientes, han aparecido denominaciones que intentan catalogar estos fenómenos, como *autoficción*, *biografía ficcionalizada* o *faction* (término surgido de la fusión de *fact* y *fiction*, propuesto por representantes de la crítica literaria norteamericana para referirse a los textos que conjugan hechos y ficciones),¹⁴ y se han revalorizado y reubicado estéticamente géneros históricos, como el epistolar, la literatura de viajeros y las memorias.

Cuando, ante esta dificultad, tanto los encuestadores como los encuestados consideramos descolante alguna de las características del texto, elegimos a partir de ella una categoría que lo ubicara en la tranquilizadora catalogación, en un orden útil para mapear y aprehender este universo múltiple y disperso. Entonces, los núcleos temáticos o la taxonomía que hemos asumido habilitan la movilidad, es decir, la obra de un mismo autor puede abordarse desde perspectivas distintas, de modo que se la puede ubicar en uno u otro agrupamiento según afinidades. Destacar una de ellas supone decidir que un elemento ocupe la función ordenadora y relegar a la función adyacente otras cualidades que, claro, desde otra mirada pueden reclamar su centro.

El repertorio de libros es heterogéneo, pero ofrece, al menos, un elemento en común: el apego irrestricto al referente. Son escrituras que refieren al mundo real, con un referente explícito dentro de un discurso predominantemente lógico y discernible, o imaginado en el sentido de alejado de las pautas realistas tradicionales, o exacerbadas, a veces con ingreso en el universo laxo de lo fantástico. Pero en el centenar y medio de obras y autores la densidad mimética es la dominante.

Luego del predominio abrumador de la narrativa (91 % de los autores, 89 % de las obras), existe una segunda mayoría, en favor de la ficción. Sólo en prosa, este registro escritural está representado por el 47 % de los autores y el 51 % de las obras, a las que sin inconvenientes podrían sumárseles ejemplos de los géneros dramático y poético, e incluso algunos de los títulos de la prosa no ficcional, cuando intercalan relatos de mundos fantásticos.

La predilección por la ficción narrativa coincide con las tendencias de lectura de *obras recreativas* por parte de los obreros de países de Europa en el siglo XVIII (Lyons, 1998, pp. 473-517). y con estudios recientes de investigadores argentinos en ámbitos obreros y populares. Como ejemplo de estos últimos, puede cotejarse el realizado por Nicolás Quiroga sobre lectores de la Biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata de las décadas de los 30 y 40. Quiroga analizó fichas de préstamos de libros y presentó una evidencia insoslayable, atenuada en algunos

14 La modalidad es convocada por Fernando Alegría (1991, pp. 11-25) al analizar los géneros vinculantes, como la memoria y la autobiografía (Lara Pozuelo, 1991, pp. 11-25).

períodos de acuerdo con el mayor o menor vínculo del lector con la propuesta popular y sindical de este centro cultural de raíz anarquista: el marcado gusto por la ficción, tendencia confirmada por investigaciones efectuadas en bibliotecas sindicales y populares de otras ciudades argentinas (Quiroga, 2003, pp. 449-474).¹⁵

Esta tendencia en favor de la ficción narrativa fue compartida por los uruguayos consultados en 2003 en la compulsa *Imaginario y consumo cultural*, dirigida por Achugar. Los resultados confirman que la novela es el género más leído por los lectores uruguayos —58 % de los encuestados—, fenómeno que se repite en España, de acuerdo con un estudio sobre el mismo tópico realizado en 1997 (Achugar et. al., 2003, p. 57).

En este estudio, al haberle permitido al obrero incluir en la respuesta su historia como lector, el conjunto de obras y autores alcanzó, en cuanto a experiencia de lectura, un espesor histórico de medio siglo: desde el momento de la encuesta, realizada en marzo de 2011, hasta las primeras lecturas del trabajador cuando niño o adolescente. Este origen se remonta a poco menos de seis décadas, es decir, a inicios de la década de los 60, ya que los trabajadores consultados de mayor edad contaban con 64 años cuando fueron abordados en nuestro estudio.

Así, identificar una lectura contemporánea es posible cuando el libro citado tiene una primera edición fechada en años recientes. En cambio, cuando el libro citado es *La Ilíada*, por ejemplo, se puede presuponer, con bastante certeza, que su mención se debe más al recuerdo de los estudios liceales que a una lectura reciente por parte del trabajador, aunque esta última posibilidad nunca queda descartada. Es imprescindible tener en cuenta esta convivencia de actos de lectura distantes en el tiempo cada vez que reflexionemos sobre las elecciones de libros y autores por parte de los trabajadores metalúrgicos. Pero enriquece otras realidades del mismo fenómeno, por ejemplo, la lectura pretérita integrada al patrimonio literario de cada lector. De esta manera, ingresamos la lectura proveniente de la institución educativa y de la época juvenil.

¿Un canon de lecturas del universo sindical?

Si no creemos que esta lista puede ofrecer un canon literario sectorial, al menos no en sentido estricto y no condicionado o relativizado por los vectores que desacreditan su representatividad, tampoco pensamos que puede establecerse un canon

15 Nicolás Quiroga recuerda otros estudios de colegas de su país, como el de J. Huret sobre la biblioteca de la penitenciaría de Buenos Aires, el de Adolfo Prieto sobre la biblioteca Rivadavia de la misma ciudad, el de Dora Barrancos sobre la biblioteca de la Sociedad Luz, el de Luis Alberto Romero y Leandro Gutiérrez sobre bibliotecas de Villa Nazca y Barrancas, el de María Nicoletti sobre la Biblioteca Homero de Rosario y el de Ricardo Pasolini sobre la Biblioteca Juan B. Justo de Tandil.

de lectura, esto es, tendencias temáticas de lectura que puedan considerarse más allá de eso: inclinaciones hacia opciones, más o menos densificadas, por parte del trabajador sindicalizado.

Si recién observamos la evidente dominancia de la narrativa y la ficción, también podemos advertir la aparición minoritaria de textos ideológico-doctrinarios, un dato sorprendente al tratarse de un sindicato de fuerte y sostenida tradición marxista y comunista. Para explicarlo, resulta tentador pensar en la permeabilidad del lector obrero al sostenido avance del libro comercial, identificado como un pasatiempo vaciado de mensaje social transformador, al menos explícita y programáticamente, en un contexto de textualidades carentes de cualquier acento *revolucionario*. En contrapartida, este mismo lector parece aceptar y buscar lecturas sustantivas entre aquellas que, hace un siglo, especialmente en las décadas de los 60 y 70, consagraron explicaciones universales del sujeto y la sociedad. Las respuestas espirituales y religiosas, el redescubrimiento del mundo fenomenológico e irracional, junto con el de la aventura y el entretenimiento vacío, conllevan aquel desplazamiento. Junto con ellas, aparecen incluso ejemplos de textos y autores que cuestionan los regímenes comunista y soviético en particular, aunque el retroceso de la ideología excede este fenómeno. En esa línea se ubican los títulos de Kravchenko y Nee, por citar dos ejemplos. Esto no significa ausencia de ideología —cualquier texto la contiene—, sino el avance y hasta el dominio de textos que dialogan con proyectos disolventes e individualistas, que pueden contener un régimen de cuestionamiento a las condiciones de vida, pero no afectar las estructuras económicas y políticas donde los valores individuales prevalecen.

No creo que esto se deba únicamente al avance indiscutible del mercado editorial, con sus novedosos y apabullantes mecanismos de persuasión y su implacable hegemonía a través de editoriales multinacionales. Si ciertos escritores han naufragado ha sido también porque otros han ofrecido un tono más fluido y en mayor sintonía con el *lector masivo* contemporáneo.

Hay, además de lo anterior, un diálogo entre los temas, las ideas y las sensaciones de estos textos con algunas férreas tradiciones que el trabajador mantiene y que, en cada generación, espera reactivar. Estas tradiciones tienen que ver con valores como la solidaridad, la amistad irrestricta, la concepción de la familia y los aceptables márgenes de denuncia y protesta que creen tener como protagonistas de un espacio de ciudadanía. A partir de otros textos, estos mismos trabajadores reflexionaron alguna vez sobre el mundo laboral y la sociedad, acumularon interrogantes, no siempre satisfechos, y cierto grado de frustración, producida por el desfase entre la magnitud de los problemas y la lejanía de soluciones profundas (derrocar el capital, instalar un sistema socialista). Ahora, los nuevos textos ofrecen

un repertorio de preguntas más abarcadoras, que exceden el universo del trabajo para explayarse sobre la vida, la felicidad, el placer, el amor y la familia en el mundo contemporáneo, y estas preguntas las hacen otros: escritores comprensivos, que entienden cómo vive no solo el trabajador, sino también *el hombre de a pie*, expresión sin un estricto sentido de clase. Y, lo más importante, el lector encuentra en esos textos una profusión de respuestas bien hilvanadas, que, asumidas, cubren un itinerario ya recorrido por otros —quizás por él mismo, y del que no reniega, sino que reconoce como experiencia compartida— o por recorrer. Ahora sí, estos lectores tendrán un futuro tan cercano como venturoso si actúan como fieles y humildes alumnos de esta sabiduría que los invita a comprometerse sin mayores riesgos ni lesiones y a degustar la nueva fe. Los nuevos libros de autoayuda, de cuidado de la salud, de comportamiento social, de espiritualidad basada en el consejo y las verdades provenientes del rico acervo popular no necesariamente consagran una religión en el sentido dogmático o doctrinario, pero tampoco se presentan incrédulos ante el misterio de la existencia, el azar o el destino.

Cabría preguntarse si esta copresencia de lecturas complacientes incide dramáticamente en la convicción y, por ende, en la vida social y sindical del trabajador, o si se esfuman o discurren por canales paralelos. Es decir, hasta dónde estas lecturas producen efectivamente un estado de hipnosis y son un antídoto a la rebeldía y la conciencia integral, crítica por cuestionadora, propia de los sindicatos obreros, no solo de sus minorías dirigentes. A lo sumo, podría hallarse un relativo —hipotético, por ahora— vínculo entre estos lectores y las manidas posiciones *moderadas* de ciertos segmentos del sindicalismo. Pero, en la medida en que sus actividades gremiales se mantienen, no podemos hablar de una apatía social que conlleve inacción. Luego, cabe preguntarse si existe un vínculo entre el hálito de conformismo espiritual de esta literatura —la ciega creencia de que el ser humano está guiado por un destino imposible de modificar— y la sociedad conformista y material en la que el trabajador sobrevive.

No conocemos los alcances de esta dominancia de lecturas sobre temas esotéricos, de salud y autoayuda. Advertimos, eso sí, que en muchos trabajadores no son excluyentes: comparten espacio con volúmenes que llamamos *ideológicos* en el sentido tradicional (como Marx y Massera) y con la ficción y el ensayo polémico, cuestionador, *comprometido* (como Benedetti y Galeano). Las combinatorias, a las que nos referimos más arriba, proponen otras interpretaciones.

Me detuve en este fenómeno porque creo que él muestra un conflicto entre el paradigma esencial de un sindicato de clase —su lucha contra el capital y la sociedad de clases, en favor de la liberación del trabajador de toda opresión económica y política— y un tipo de literatura que asociamos con el entretenimiento de masas, que

Hoggart y otros advirtieron en la década de los 50 y que, a todas luces, explotó en las últimas dos. Nos referimos a productos que «ostentan una brillantez vaciada, repletos de ideas inadecuadas y evasivas morales», productos que «invitan a una visión del mundo en la que el progreso se concibe como procuración de posesiones materiales; la igualdad, como nivelación moral y la libertad, como terreno apto para el placer sin fin y sin responsabilidad». Producciones, en suma, «que pertenecen a un mundo vicario, de espectadores: no ofrecen nada que pueda llegar al cerebro o al corazón. Contribuyen a la evaporación de las formas más positivas, más plenas y más cooperativas de la diversión, en las que se gana mucho dando mucho»¹⁶ Esta división interna del campo de la cultura también existe en la literatura. No todos los libros son buenos libros o libros útiles y positivos: hay de los otros, porque el libro no es un objeto aséptico, sino la materialización de un discurso interceptado por la visión del mundo, la ideología y la ética.

Tendencias

Si sumamos los núcleos literarios que aquí hemos agrupado bajo las denominaciones *canon del siglo xx*, *biografía*, *testimonio...*, *ideología e historia*, *sistema educativo* y algún ejemplo de *literatura infantil y juvenil*, rozamos el 60 % de autores y obras citados. Se trata de una mayoría referida a la literatura *seria*, reflexiva o de mensaje, en diversos grados, más o menos culta. Una parte de esta literatura goza del respaldo del sistema educativo formal (Ibarbourou y Quiroga, por ejemplo) y, además, consiste en títulos que se editan desde hace decenios. Por otro lado, *espiritualidad* y *best sellers* representan un nada despreciable 30 % de los autores y 27 % de las obras citadas, respectivamente, porcentajes a los que pueden sumarse algunos libros biográficos y otros que clasificamos como literatura popular. Aquí se concentran títulos publicados en los últimos diez o quince años.

Resulta tentador preguntarse si estamos ante una veta de lectura relativamente nueva y asumida por nuevos lectores y si avanzará a medida que vayan caducando los títulos y los autores respaldados por los mecanismos institucionales y tradicionales. No creo que los trabajadores sindicalizados (ni los uruguayos en general) busquen y lean hoy obras de Zorrilla de San Martín, de modo que la cita a este autor se debería al recuerdo del aula escolar o liceal, donde su presencia también se diluye, proceso fácilmente constatable. Del mismo modo, no sería de extrañar que, en proporción inversa, en los próximos años aumenten las citas a Sordo o a alguna escritora que la sustituya en un mercado floreciente de propuestas tan fugaces como atractivas.

16 Hoggart, 2013, p. 346

Si es difícil arriesgar conclusiones ante simples indicios, tanto más lo es hacerlo desde la observación de ausencias. Sin embargo, no podemos pasar por alto el hecho de que en el primero de los tramos de lectura apuntados, la narrativa contemporánea más tradicional y consagrada por la alta cultura, con mayoría de autores hispanoamericanos y otros provenientes de Europa y Estados Unidos, casi no aparecen autores jóvenes —en realidad, menores de 40 años—, en especial, nacionales. Parece que las propuestas narrativas promovidas por los sectores medios y letrados —irradiadas al sistema educativo y a la sociedad, fortalecidas en la década de los 60 y luego en la segunda mitad de la de los 80, debido al efecto emocional e ideológico producido por el resurgimiento de la democracia y de la ferviente actividad sindical— han dejado espacio a novedades provenientes de otras escuelas y, en especial, en sintonía con otras preocupaciones y sensibilidades. Ese tramo, que identificamos con un muestreo contemporáneo, letrado y politizado, fue desplazado por las narrativas espirituales y de autoayuda.

Estas narrativas no son nuevas: existen desde por lo menos fines del siglo XIX. En aquel entonces también estaban asociadas a sensibilidades populares tan extendidas como afincadas; cubrían temas como el mundo sobrenatural, lo inexplicable y lo milagroso, los rituales religiosos y la medicina popular. Algunos volúmenes con imágenes multicolores en la tapa y paratextos de propaganda ilustran este tipo de lectura masiva. Cito tres ejemplos: *Vivir*, del doctor Serge Voronoff, un «estudio de los medios de estimular la energía vital y de prolongar la vida» (edición de Maximino García, Montevideo, 1921); *Manual de medicina doméstica*, del doctor inglés J. W. Browse, una «guía doméstica [...] vertida cuidadosamente al castellano» por José A. Fontela (editado por la Botica Central Homeopática, de Montevideo, impresa en la Imprenta Artística de Dornaleche y Reyes), y *La gran magia suprema y trascendental, de los caldeos, egipcios y hebreos*, del doctor Moorne, «con todo el ritual para las invocaciones y evocaciones, seguido de un tratado de quiromancia y quirognomonia, etc.» (editado por la Casa Maucci Hermanos e Hijos, de Buenos Aires, sin fecha, aunque seguramente anterior a 1915, a juzgar por ediciones similares de la misma casa editorial).

Esta literatura es inmensa si nos guiamos por los catálogos que aparecen en estas mismas ediciones y las profundas referencias bibliográficas en la prensa de la época. La diferencia entre aquella época y la nuestra consiste en que hoy no tenemos noticia de cuánta atención recibía este universo de lecturas por parte de los segmentos ideologizados y politizados de los sindicatos y los partidos políticos. En los últimos años, por tratarse de un fenómeno extendido y expuesto, podemos recoger los índices evidentes de aquella confluencia en las lecturas de los activistas.

Esta evidencia revela el debilitamiento de viejos centros de emisión y control de discursos, el mayor protagonismo de otros, asociados a otros proyectos y a nuevos agentes del mercado editorial. Armando Petrucci (1998) ha trasladado al uso del texto los procedimientos de control social del discurso identificados por Michel Foucault (2008) para la producción textual. Tres de ellos dan cuenta de los rituales socioculturales, las doctrinas reconocidas y los sistemas educativos. Desde allí se puede hablar de lecturas dirigidas o condicionadas —tal vez todas lo sean— y vincular las citas a textos y a autores con estos registros legitimados por generaciones de intelectuales e instituciones. Algunos de estos centros de emisión y control permanecen, tal es el caso del sistema educativo, tanto estatal como privado, pero sus esfuerzos aparecen debilitados ante la emergencia de nuevos protagonistas culturales (internet). El elenco de autores y obras expuestos como norma y modelo —es decir, aquellos de mayor presencia en la memoria de los trabajadores— se ha desprendido de cualquier fuente de control dominante. Su conformación no surge por el solo afán de instruir, educar y adoctrinar, funciones preceptivamente posibles para un sindicato, sino por intereses diversos y hasta contradictorios de otros agentes de emisión.

Tampoco en este eslabón de la producción textual los márgenes son precisos. La lista de obras y autores elaborada a partir de la consulta a los trabajadores metalúrgicos está afectada por imposiciones del mercado editorial, por opciones ideológicas, por la experiencia educativa, por impulsos surgidos del mundo sindical, por las recomendaciones entre amigos y por la necesidad de satisfacer el gusto personal, condición que fisura la racionalidad. Cada factor empuja para abrir una brecha mayor; todos operan en contacto. Podemos convenir que las obras de Galeano y Benedetti mantienen una fuerte apuesta crítica y razonadora de nuestro tiempo y del mundo, a diferencia de la mayoría de los best sellers y la literatura trivial, de modo que resulta plausible ubicarlas entre las producciones literarias pertenecientes a un renglón del canon contemporáneo fuertemente ideologizado, pero también debemos aceptar que ambos autores uruguayos han logrado un nuevo salto de éxito editorial paralelo a una fructífera inserción en el circuito comercial internacional.

Petrucci (1998) entiende que las fuentes de autoridad de la producción editorial han sido interceptadas por movimientos imprevistos de la demanda y que las debilidades de la oferta y la producción han sido manipuladas hasta producir en el mercado del libro «una forma de posesión turbativa basada en la anulación de todo criterio de selección» (pp. 526-527). Ante este fenómeno, el lector ha reaccionado de manera irracional, comportándose «de modo desordenado e imprevisible» (p. 534). El lector contemporáneo, según Petrucci, «lee libre y caóticamente todo lo

que encuentra a mano, mezclando géneros y autores, disciplinas y niveles», y esta modalidad de lectura desemboca en una crítica voluntaria o involuntaria al canon oficial y a su jerarquía de valores (pp. 534-535 y 538).

Este repertorio de libros y autores habla entonces de múltiples tendencias de lectura y de diversidad de lectores. En el sindicato de los trabajadores metalúrgicos convive el lector que busca en el texto instrucción y formación personal con el que busca exclusivamente esparcimiento, sin necesidad de que algo trascendente quede en su memoria. A veces, un mismo lector sigue ambos caminos, que, incluso, pueden superponerse. De todas formas, al intentar separar según opciones de lectura los universos cultural y simbólico, debemos evitar subestimar cualquiera de ellos. También los lectores de best sellers o literatura espiritual buscan una trascendencia que explique el mundo y sus vidas. No sabemos si estos rangos suponen un menor compromiso de clase con el gremio al que pertenecen o si estos lectores viven el sindicalismo como algo necesario pero con expectativas de bajo horizonte, como la mejora económica. Es decir, si integran su formación libresco a un proyecto de lucha sindical que proyecte la destrucción del sistema capitalista y la fundación de un nuevo sistema, solidario, tal como proponen las corrientes utópicas de las que proviene una parte de la literatura, que a otros trabajadores instruye. Pero tenemos la certeza, y en algún caso el testimonio, de que estas nuevas lecturas y el mundo sindical no se viven como incompatibles. Además, muchos son conscientes de que sus lecturas predilectas —la obra de Allende, como en el caso de una funcionaria de una empresa de la industria del plástico— son compartidas por algunos de sus compañeros, de modo que esta literatura, en apariencia vacua y superficial, de pasatiempo, cumple un rol doblemente satisfactorio: los conecta con un complejo de valores universales y, al mismo tiempo, con un colectivo al que se vinculan por medio de un repertorio literario que oscila, seductoramente, entre la reflexión (la explicación de un tema, de una anécdota ilustrativa) y la irracionalidad (el mero gusto por una estética que reducen a la afinidad personal, sentimiento que representan con frases simples que sellan la complicidad: *me gusta cómo escribe, me gusta cómo cuenta*).

Este lector de opciones heterogéneas, en apariencia desaprendido y disperso, nos advierte sobre el cuidado que debemos tener al aventurar etiquetas y juzgar comportamientos. Seguramente se trate de un lector guiado por la pasión y el disfrute, y lo haga con una intensidad comparable con la del lector ejemplar de la modernidad, apasionado en su tránsito hacia la redención social. La lectora de Allende que mencionamos en el párrafo anterior nos confesó, sin titubeos, que la escritora chilena era «lo mejor» que había leído en su vida. En otros lectores, esta intensidad se refleja en la relectura. Un lector de 35 años, soltero, apuntó en la

encuesta que *El Principito*, de Saint-Exupéry, era su libro favorito, y, al lado, entre paréntesis, anotó: «4 veces».

En cuanto a la manera en que estos trabajadores leen, poco podemos decir. No sabemos si leen en voz baja o alta, para sí o para otros, si mascullan cuando leen, si hacen anotaciones en el libro o en algún papel. Sobre su actitud, podemos inferir que el hecho de referirse aprehensivamente a los libros y volver a ellos les supone un generoso margen de libertad en cuanto consumidores de literatura. Esta libertad interesa en tanto individuos que, en principio, y al menos en estos ejemplos, acompasan sus estados de ánimo y sus predilecciones con la oferta de libros.

Enzensberger (en Chartier, 1998) ha reivindicado la libertad del lector de hacer con los libros lo que mejor disponga:

Forma parte de esta libertad hojear el libro por cualquier parte, saltarse pasajes completos, leer las frases al revés, alterarlas, reelaborarlas, continuar entrelazándolas y mejorándolas con todas las posibles asociaciones, recabar del texto conclusiones que el texto ignora, enfadarse y alegrarse con él, olvidarlo, plagiarlo, y, en un momento dado, tirar el libro en cualquier rincón (pp. 546-547).

Este uso y abuso del texto, esta lectura en apariencia anárquica, está estimulada por una oferta caótica. Como demuestra Petrucci (1998, pp. 547 y ss), la oferta libresco ha explotado, y el lector occidental tiene a mano tanto un clásico, reeditado en formato de bolsillo o en edición de lujo, como el volumen de un escritor anónimo o que firma con seudónimos, una literatura de pasatiempo junto a un texto filosófico. Este supuesto desorden —en realidad un nuevo orden contemporáneo—, afinado en el presente y en correspondencia con la a veces sobredimensionada posibilidad de elegir, dialoga con la cultura visual, con los medios electrónicos.

De todas formas, pensamos que tanto el lector volátil como el lector *con proyecto* continúan, en realidad, afectados por condicionantes ajenas a sus voluntades. Reciben *todo* y creen acceder a *todo*, cuando, en sustancia, los canales y los productos circulantes responden a centros de emisión sobre los cuales ni individuos ni países marginales inciden. Existen rasguños y grietas en estos bloques supranacionales, pero ubicarlos no resuelve el problema. Los leemos en una sociedad institucionalizada sobre la que estos fenómenos, potenciados por instrumentos como internet, quedan restringidos al carácter de interferencia, sin alcanzar un desarrollo profundo y una proyección temporal desde un espacio alternativo y autónomo. De modo que la acción irreverente adjudicada al lector contemporáneo existe, pero en un contexto en el que es un protagonista más de un coro no siempre ensamblado. Y no debe confundirse la libertad intrínseca del acto de lectura con la capacidad para elegir y desechar. Un acto de despecho no es sinónimo de discernimiento.

Luego de graduar el alcance de los libros entre los trabajadores metalúrgicos encuestados, vemos que la figura de un posible lector obrero modélico se desdibuja entre multiplicidades y coexistencias en vez de afincarse en presupuestos o programas avejentados y, por eso, inadecuados para interpretar sus deseos contemporáneos. Me refiero a una voz potente de trabajadores que ejercitan su condición de lectores sin sujeción ideológica o sindical, sino desde su condición de individuos contaminados por proyectos institucionales de los que nunca participaron, afectados de manera despareja y residual y que, sin prejuicios, se insertan en el mercado del libro; un diálogo que los acerca, antes de segregarlos, a la paleta sensitiva que practica, en el intrincado mundo de la lectura, la mayoría de la sociedad. Podemos identificar aquellos agentes impositivos con aparatos ideológicos transnacionales. Todo indica que sus efectos han declinado. Si la lectura refleja una identidad, entonces los lectores de la UNTMRA han acorralado la estructura que la sostiene en un rincón sobreviviente pero menor mientras otras identidades avanzan solapadamente, sin resistencias. Ninguna es ni será exclusiva y, por más que parezcan antiguas o dislocadas del mundo contemporáneo, los mensajes y las formas tradicionales sobreviven junto con la novedad, más aun cuando dialogan con —y cuestionan— estructuras económicas que no han desaparecido. Una rica historia no tan lejana garantiza que los territorios abandonados serán reconquistados con renovados bríos. Entonces habrá más lectores, más colectivo y más libertad.

CAPÍTULO 2

**UN
TALLER**

DANIEL VIDAL

EL IMPERIO DE LA FRANQUEZA

¿Cómo conocer de primera mano el vínculo que los trabajadores tienen con la literatura? ¿Cómo conocer su escritura y, con ello, la imagen que tienen de la sociedad y de sí mismos? Es decir, ¿cómo eliminar las intermediaciones distorsionadoras?, ¿cómo favorecer la palabra del otro, su punto de vista?

El taller literario procuró tener este diálogo en un espacio sindical donde el trabajador pudiera compartir sus experiencias literarias y donde disminuyeran las estructuras y los protocolos. Allí prevalecería la libertad de acción, la iniciativa individual y la confianza. El diálogo entablado en el taller literario buscó esa cercanía. Fue realizado por el equipo de Letra en Obra entre abril y junio de 2011, con el apoyo de Pablo Salomé, secretario general de la UNTMRA, y Daniela Durán, integrante de la Dirección Nacional, y la participación de un puñado de trabajadores metalúrgicos. Salomé y Durán son, además, delegados del comité de base de trabajadores del ACU, una empresa de auxilio mecánico que cuenta con una plantilla de unos 500 trabajadores.

La convocatoria se hizo desde este comité de base y fue difundida en los comités de trabajadores de alguna otra empresa, como James. La ausencia de periódico sindical y página web, el escaso tiempo entre el anuncio del taller y su realización, y nuestra negligencia como organizadores hicieron que la difusión fuera limitada: la mayoría de los militantes se enteraron tarde o simplemente no se enteraron. Por otra parte, los gremialistas vieron en esta actividad un punto de encuentro, pero no le dieron la prioridad que en ese momento sí merecieron otros temas, acuciantes

para ellos como trabajadores sindicalizados. De todas formas, el taller se realizó y sus resultados respondieron al doble esfuerzo tanto de sus participantes como de sus promotores.

La actividad fue realizada en el segundo piso de la sede del ACU, en Libertador Lavalleja casi Paysandú. Tuvo frecuencia semanal: los jueves de 18.00 a 20.00. Al primer encuentro asistieron quince trabajadores, muchos de ellos movidos por la simple curiosidad o persuadidos por los dirigentes del comité de base para brindar apoyo, al menos al principio, a una propuesta cultural insólita —y, hasta donde tenemos noticia, pionera—, organizada por un grupo de universitarios y dirigida de manera exclusiva a los integrantes del sindicato.

Con el correr de las semanas, la concurrencia decantó hasta quedar reducida a unos nueve trabajadores, que, entonces sí, participaron con entusiasmo de los encuentros de los jueves. Seis de ellos fueron Wilson de León, Jorge Rodríguez y Miriam Maciel (comité de base de la UNTMRA, del ACU), Sebastián Pereira (comité de base de Gepax), María del Carmen Vidal (funcionaria encargada de la Biblioteca Popular UNTMRA-Concejo Vecinal), Alejandro Melo (comité de base de James). Pablo Salomé y Daniela Durán (comité de base del ACU) solo pudieron concurrir a los primeros encuentros. Otros trabajadores, como José Delgado (comité de base de Gepax), Francisco Otonello, Hugo Pereira y Sebastián Montero (comité de base del ACU), nos visitaron en alguna oportunidad.

Este grupo de trabajadores constituye una porción ínfima de los colectivos de las empresas en las que trabajan, más aun del total de afiliados a la UNTMRA. Por ello resulta impensable asumir que estos individuos representen a los colectivos de los que provienen. Sin embargo, sus discursos —comentarios, textos escritos— pueden considerarse en su doble cualidad de singulares y, al mismo tiempo, portadores de elementos compartidos. Es decir, es factible estimar que las lecturas, opiniones y escrituras de este pequeño grupo de trabajadores muestran tendencias compartidas por el resto de sus colegas. De hecho, las lecturas y los autores comentados están integrados en líneas de temas y tendencias literarias compartidas por otros trabajadores de acuerdo con los datos surgidos de la encuesta. La precisión de ese equilibrio entre singularidades e invariantes comunes podrá surgir de estudios que amparen un número mayor y más heterogéneo de trabajadores. Para fortalecer este objetivo, el taller literario puede considerarse una experiencia de campo integrada a otras dentro de un mismo proyecto; estas son: las encuestas individuales, las entrevistas, el relevamiento de los usuarios de las bibliotecas sindicales y sus preferencias, los diálogos que mantuvimos aquellos meses con varios trabajadores. Esta ampliación proyectada del trabajo de campo no desmerece los resultados específicos del taller literario.

Realizamos el taller guiados por el ánimo de intercalar la lectura colectiva con la producción individual de textos. Para cumplir con el primer objetivo y al mismo tiempo difundir entre los metalúrgicos la literatura uruguaya, campo de nuestros estudios universitarios, hicimos un cuaderno de 95 páginas con poesías y cuentos de 19 autores uruguayos representativos de estéticas, épocas y estilos variados, y le entregamos un ejemplar a cada uno (Vidal, López y Rosso, 2011). Allí podían leerse textos escritos desde fines del siglo XIX hasta la primera década del XXI; cuento, poesía y canción, ensayo, correspondencia de tono ensayístico, crónica periodístico-histórica. La ficha incluía una noticia de cada autor. La lista de autores y obras de la compilación es la siguiente:

- Eduardo Curbelo: «Mano de obra», en *Penitentes* (2006).
- Sofi Richero: «Ajenjo», en *El descontento y la promesa. Nueva/joven narrativa uruguaya* (2008; con prólogo y edición de Hugo Achugar).
- Eduardo Galeano: «La uva y el vino», «La casa de las palabras», «La función del lector», «Los nadies», «El hambre», «La pequeña muerte», «La vida profesional/3», «La desmemoria/4», «Los indios/2», «Los indios/4», «La cultura del terror/2», en *El libro de los abrazos* (1989).
- Idea Vilariño: «No te amaba», «Dónde», «Entre», «Carta I», «El amor», «Ya no», en *Poemas de amor* (1984; original de 1957).
- Manuel de Castro: «Noches y tertulias de Meridión», en *La vida bohemia. Cronicones montevideanos* (2005; con prólogo y edición de Pablo Rocca).
- Mario Arregui: «Los ojos de la higuera», en *Los mejores cuentos* (1996; *Ramos generales*, 1985).
- Horacio Quiroga: «Los precursores», en *Horacio Quiroga. Obras inéditas y desconocidas. Cuentos, tomo V* (1968; dirección y plan general de Ángel Rama; originalmente en *La Nación*, Buenos Aires, 14 abril de 1929).
- Felisberto Hernández: «Muebles El Canario», en *Nadie encendía las lámparas* (2000; original de 1947).
- Florencio Sánchez: *Cartas de un flojo*, en *El caudillaje criminal en Sud América* (1914; original de 1900).
- Mario Benedetti: «Corazonada», en *Montevideanos* (1997; original de 1955); «Sueldo», «El nuevo», «Verano», «Aguinaldo», «Dactilógrafo» y «Oh», en *Poemas de la Oficina* (1993; original de 1956); «La poesía no es», «Poeta menor» y «El autor no lo hizo para mí», en *El olvido está lleno de memoria* (1995).

- Alfredo Zitarrosa: «Montevideana», en *Por si el recuerdo* (2002).
- Héctor Galmés: «El puente romano», en *La noche del día menos pensado* (1981).
- Giselda Zani: «La casa de la calle del Socorro», en *Por vínculos sutiles* (1958).
- Mario Delgado Aparáin: «La falsa luz que hipnotiza al bobo», en *Vagabundo y errante* (2009).
- Javier de Viana: «Soledad», en *Macachines* (1910).
- Juana de Ibarbourou: «Implacable», en *Lenguas de diamante* (2003; original de 1919).
- Isidoro de María: «Pan y calle», «La venida de los tigres», en *Montevideo antiguo, tradiciones y recuerdos* (2006; original de 1887-1888).
- Julio César Juceca Castro: «Asado con cuero», en *Los cuentos de don Verídico* (2007; original de 1972).
- Eduardo Acevedo Díaz: «El combate de la tapera», en *Uruguay, cuentos y narraciones de autores uruguayos contemporáneos* (1895; con selección, prólogo y apuntes de Benjamín Fernández y Medina; original de 1892).

Esta variedad fue intencional: procuró intercalar lecturas provenientes de la experiencia en la educación formal con ejemplos disímiles de narrativa y poesía de épocas diversas, en algún caso de mayor difusión y segura recepción masiva (Benedetti, Delgado Aparáin, Castro), en otros, de circulación escasa y circunscripta a ámbitos intelectuales o minoritarios (Curbelo, Richero). Marcelo Rosso y Eugenia López aportaron algunos de los textos que, entendieron, podían ser bien recibidos por los trabajadores. Por mi parte, procuré que coexistieran textualidades dispares, sin preocuparme por, por ejemplo, atender o destrabar una dominante canónica.¹

Los trabajadores comentaron su asombro ante algunos de estos textos. Sebastián Pereira dijo no encontrar atractivo e incluso perdió el hilo conductor del cuento «Muebles El Canario», de Hernández, opinión compartida por varios de los talleristas. Algo similar ocurrió con «Ajenjo», de Richero. En el caso de Pereira, contrariamente a lo que podría preverse, la escritura domina sobre la lectura. Pereira confesó, en uno de los textos elaborados durante el taller y en otras dos oportunidades, su pereza hacia la lectura, ya sea por no encontrarle atractivo («no me gusta

1 Comparto, en este sentido, el criterio de Hugo Achugar (1987): «La subversión del canon, paradójicamente, no resulta de proponer algo completamente ajeno o extraño. A la institución literaria se la cambia por la literatura: así operó Cervantes con la narrativa anterior, así, Onetti con la literatura precedente» (p. 15).

mucho leer») o por las dificultades que le supone («aún hoy me cuesta leer»). La escritura, por el contrario, ocupa gran parte de su tiempo libre, a juzgar por su casi semanal producción de cuentos.

Varios de los talleristas leyeron con placer el cuento «Asado con cuero», de Castro, y «Montevideana», de Zitarrosa, autores que ya conocían. Sobre el primero, Melo insistió en su predilección, y apareció un jueves con *Cuentos de don Verídico*, de Juceca, del que leímos dos piezas sugeridas por él y comentamos varias de las imágenes, los episodios y los ingeniosos nombres que el autor asignó a los singulares protagonistas de sus invenciones.

Además de preferencias, estas respuestas señalan sensibilidades. Ellos reubicaron los significados de estos discursos en sus universos de ideas y valores. Todo indica que la mayoría de las reacciones fueron elaboradas en silencio e incluso que pudieron haber proseguido una vez concluido el taller. En realidad, salvo dos lecturas en voz alta (párrafos de los cuentos «El combate de la tapera» y «Muebles El Canario»), los textos de la ficha apenas fueron considerados en la mayoría de los encuentros. Pocos talleristas tuvieron la iniciativa de dar cuenta de ellos y los coordinadores entendimos que con dos o tres referencias y lecturas era suficiente, de modo de priorizar en las conversaciones elecciones individuales.

Así, nos desplazamos hacia las lecturas personales de los trabajadores. Los autores y las obras que informaron en los encuentros oscilan entre lo canónico, lo popular y lo espiritual. También se refirieron a lecturas poco frecuentes —Jorge Rodríguez mencionó cuentos de un narrador noruego cuyos datos prometió especificar, pero sobre el que nunca regresamos—, pero lo hicieron con puntual aprecio y necesidad de compartirlas. Como puede preverse, dado el interés explícito de los talleristas en la literatura, cada uno vivió alguna vez la lectura como una experiencia cognitiva y psicológica removedora. Unas veces, este estremecimiento dejó un gusto amargo, otras, francamente agradable.

Durán y De León compartieron lecturas adolescentes, provenientes de la experiencia escolar o liceal y de la especial percepción y sensibilidad de la juventud, a veces ingenua, más abierta, receptiva, menos reflexiva. La obra de Quiroga fue la primera en ser mencionada. Vidal habló de sus viejos recelos y persistentes rechazos hacia la obra del salteño, por entender que en ella dominan relatos de vida «tristes» y «finales trágicos». Sebastián Pereira (2011a), por el contrario, habló del impacto que le provocó el cuento «La gallina degollada», de la asimilación de lo que allí se narra, de la certeza de que está «bien escrito» y de que nunca podría olvidarlo:

Hace muchos años atrás, leyendo en el liceo, tocamos en literatura a Horacio Quiroga. Por mi adolescencia, no le di importancia. Pero, con el correr del tiempo, un compañero leía un pequeño librito titulado *Cuentos de amor, de locura y de muerte*. Para

matar el tiempo (y no me gusta mucho leer), se lo pedí prestado. El primer cuento, que fue «La gallina degollada», me impresionó. A mi niñez veía los dibujos de los tantos libros que supieron pasar por mi lado, pero nunca fue algo que llamara mi atención. Pero este cuento fue el impulsor para la lectura y el, por qué no, escribir. Esa historia es particular, con los hermanos bobos y la muerte trágica al ver y realizar lo que su padre hizo despertó en mí un punto de vista diferente al punto [de vista] de la enseñanza que aquel texto me dejó. [sic] Los personajes hicieron lo que vieron, pero no por ser bobos, sino porque el ser humano es así. Ese librito arrugado, maltrecho, parecía mostrarme un camino, arrepintiéndome del tiempo pasado que dejé pasar por alto.

Después de leer todos sus cuentos, seguí con otros autores. Hasta el día de hoy, me dan temor los libros de gran tamaño (aclaro que aún me cuesta leer). Así que elijo más bien cuentos cortos y de lectura ágil. Me refiero con *ágil* a palabras escritas con el vocabulario que usamos a diario, y si tranca, tomar un diccionario para descifrar la palabra. (p. 1)

Ya sobre otros tópicos y temas, Maciel (2011) confesó haber reencontrado «el sentido de la vida» al leer un libro sobre espiritualidad de Conny Méndez luego de un fracaso matrimonial que le provocó angustia y desolación:

Tenía 43 años cuando me separé. Me sentía totalmente sola, desamparada. Mi mundo se había terminado. Llegó a mis manos el cuatro en uno de Conny Méndez y lo empecé a leer. Mi vida cambió. Empecé a leer todo libro espiritual que caía en mis manos. Me reencontré conmigo misma; me sentía fuerte. Antes todo era de a dos; yo me apoyaba mucho en él. Después sentí que podía caminar sola. Otra Miriam había nacido. (p. 1)

Así, gran parte del taller consistió en leer en voz alta y conversar sobre cuentos aportados por los asistentes y, en alguna ocasión, sobre textos improvisados. Estas lecturas estuvieron tamizadas por relatos de vida, generosos en detalles y vivacidad. Tal fue el caso de Jorge Rodríguez y su peripecia por Buenos Aires en oficios varios, sus estrategias de supervivencia durante un duro exilio económico y sus viajes por las rutas de Sudamérica como conductor de un camión de transporte de carga.

Rodríguez había integrado el taller literario de la plaza Cagancha que funcionó en un apartamento de la circunvalación de esta plaza, y publicó cuentos y poesías en un libro colectivo que recoge las creaciones de varios autores (Calvetti, Canceli, Cerviño y otros, 2010). Sus aventuras literarias lo llevaron más de una vez, a mediados de la década de los 80, sobre el fin de la dictadura, a la tertulia que funcionó en el fondo de un bar de la calle Millán, cerca de avenida de las Instrucciones, de cuyo nombre no pudo acordarse. Pero sí recordó la camaradería y la amenidad que protegían a los concurrentes al bar en las noches semiclandes-

tinias, conjuradas en aquellas mesas entre copas y café. Allí, coincidía con el poeta Atilio Duncan Pérez, conocido como *Macunaíma*, un incansable promotor de la cultura: periodista cultural desde la década de los 70; luego, creativo de empresas de publicidad; en los últimos años, funcionario en el Ministerio de Educación y Cultura, y, desde no hace mucho, reubicado en el periodismo radial para difundir la música y la literatura.

De León nos deleitó con recuerdos de las andanzas de personajes de su pueblo natal, Migués, en el departamento de Canelones, y con sus propios retazos de vida, algunos de los cuales dejó estampados en letras de molde tras el reclamo unánime de los talleristas. Transmitió ejemplos del código de conducta que guiaba hasta hace un tiempo a los compadres de los cantegriles montevideanos, con quienes, en alguna oportunidad, supo terciar. Al compartir sus narraciones, pocas, pero intensas, De León (2011a) pulsó el entrañable diapason de la memoria, tamizado por la nostalgia. En uno de sus textos, el recuerdo remitía al descubrimiento y la lectura de unas cartas con las que recuperó episodios de la vida de sus hermanos:

Cuando tenía unos diez años, me entró la curiosidad de ver en el ropero de mis abuelos fotos hechas a lápiz y, entre ellas, encontrar cartas de mis abuelos, bien olvidadas y con mucho olor a lo que yo consideraba viejo. Eran cartas donde contaban su historia a mis hermanos en las islas Canarias, las cuales hicieron que los hermanos se vieran también con estos tesoros de historias y vida. En ellas relataban su diario vivir en un barco donde ellos, como parte de pago del pasaje, tenían que realizar tareas en el barco, donde dormían todos juntos, y con la única satisfacción de que estaban cerca de las calderas y no pasarían tanto frío. Era como estar hoy, cerraba los ojos y lo soñaba. (p. 1)

La mayoría de las narraciones de De León estaban teñidas de alegría y acontecimientos entrañables, y cuando su autor las leía provocaban hilaridad. Sus cuentos eran una fiesta. Disfrutaba junto con sus oyentes, como cuando relató el encuentro sexual entre dos campamentistas adolescentes que, para satisfacer su irresistible atracción carnal, se citaron en el atrio de una parroquia:

Estaban con sus trajes de baño y con un par de toallas que pusieron en el piso, y se recostaron besándose apasionadamente. Él recorrió con sus labios todo su cuerpo y ella no podría explicar todo el placer que estaba sintiendo, por lo cual le dejó hacer todo lo que él pretendiera. Se desprendieron de sus ropas y él suavemente la penetró, fundiéndose en uno solo en un momento de pasión interminable.

Por desgracia, en ese momento majestuoso, alguien había entrado en la iglesia sintiendo los ruidos de ellos. Hete aquí que era el cura párroco, que entró a investigar de dónde provenían esos ruidos. Para su asombro, los encuentra unidos en tanta

pasión que no se percatan de su presencia, pega un grito pronunciando el nombre de Roberto para interrumpir esa pasión alocada. Roberto la cubre a ella con las toallas mientras que él se tapa con sus manos las partes púbicas. El padre no sabe ni cómo actuar ante todo lo visto y Roberto, al verlo tan perturbado, le responde: «Es la ley de la naturaleza» (De León, 2011).

Además de la evidente búsqueda de humor y simpatía hacia el mundo adolescente, nótese la alternancia entre la perspectiva masculina («él recorrió con sus labios todo su cuerpo») y la femenina («ella no podría explicar todo el placer que estaba sintiendo») en el acto sexual.

Por su parte, Sebastián Pereira hizo circular varias de sus producciones: cinco cuentos y dos novelas cortas. Escribe desde hace años y se ha presentado a varios concursos de narrativa organizados por periódicos e instituciones públicas y privadas. Se trata de un joven trabajador de la industria del plástico, padre de familia, que vive la literatura con encomiable pasión. Todos los concurrentes al taller sacrificaron horas de descanso o presencia en el hogar para asistir a la reunión semanal, pero el caso de Pereira supuso un esfuerzo extra, ya que concurría especialmente al local del acu de Libertador y Paysandú desde su casa en camino Maldonado a la altura del kilómetro 15. No faltó ningún jueves y siempre difundía, con sano orgullo, alguna de sus narraciones.

Otros asistentes fueron menos desprendidos a la hora de compartir alguno de sus cuentos o poemas; sin embargo, todos participaron sin titubeos de los ejercicios de improvisación a partir de un tema disparador.

Estas producciones tienen características comunes. Primero, el lenguaje simple, directo, sin mayores ornamentos. No hay cultismos ni remedos de giros cultos. Los miembros del taller coincidieron en valorar la expresión llana y el encuentro feliz de un vocablo que representara, sin ambages, la idea o la acción a relatar. Este acento en la función comunicacional del lenguaje, la ilusión de alcanzar con palabras una fiel reproducción del mundo, prevalece sobre las otras funciones, pero no las elimina. A veces una palabra da cuenta de la búsqueda de una expresión que, sin quebrar la inequívoca representación de la realidad, busca excederla y producir sensaciones nuevas. Los cuentos están salpicados de imágenes, comparaciones, refranes, giros utilizados con precisión y acierto. Esta búsqueda se acentúa cuando el registro elegido es el poético. Algunos versos de los poemas de Jorge Rodríguez revelan la aspiración de alcanzar lo excelso.

Todo dentro de una estética realista excluyente. De manera excepcional, algún relato incursionó en el género fantástico. «El pergamino mágico» (2011b), de Sebastián Pereira, fue presentado como novela; para acentuar esta característica, su autor la

subdividió en capítulos. Allí narra cómo un adolescente es atrapado e hipnotizado por el poder de un antiguo pergamino que lo lleva a un laberinto donde debe enfrentarse con personajes extraídos de los videojuegos con los que se entretiene en su cuarto. Los videojuegos pueden considerarse el referente *real* al que remiten el texto y sus signos, de modo que, si bien el tema construye una historia de ribetes fantásticos, la operación narrativa nunca se desvía de la exigencia referencial del realismo tradicional.

Los capítulos, breves, están ordenados en una secuencia temporal progresiva. El total completa un texto de 17 carillas, esto es, un cuento largo o *nouvelle*. La creación de Pereira comparte algunas características con la novela popular de folletín, subgénero o formato de amplia difusión en la década de los 20 en España y el Río de la Plata, de consumo masivo y lectura rápida, conocida como *novela por entregas*. Esta categoría narrativa tenía una connotación más culta y prestigiosa que el cuento, como ha indicado Beatriz Sarlo (2000, pp. 60-61) al analizar las *novelas rosas* difundidas en Argentina entre 1918 y 1925.² Es posible que la segmentación del texto en tramos cortos, es decir, «puntos de referencia explícitos y multiplicados, títulos numerosos» (en el texto de Pereira cada capítulo lleva un título), «secuencias breves y cerradas sobre sí mismas», presuponga, como propone Chartier (1994, p. 35), un lector popular.

El relato ofrece la seducción simple del tono testimonial y la cercanía que da el uso de la primera persona del singular desde la perspectiva de un niño:

Todo comenzó en un día lluvioso; en esos días que sólo te dan ganas para quedarte en casa viendo la lluvia caer a través de la ventana. Las horas pasaban y el aburrimiento incrementaba; fue en ese momento que decidí jugar una vez más con mi video juego.

Arriba de mi repisa tengo una caja en la que guardo un montón de discos compactos con diferentes géneros; entre ellos de: acción, deportivos, estrategia, aventura, en fin; poseo varios; pero el que más me gusta, por eso es mi favorito, se llama «Bloody Figther». Éste es un juego de artes marciales, donde podés jugar con varios personajes y en numerosos lugares. Su contenido es tan realista que penetrás en él y hasta que no terminás quedás hipnotizado; es por eso que me fascina. (Pereira, 2011b, 1-2)

Enseguida observamos la prevalencia de la anécdota por sobre cualquier digresión que suponga un desvío del motivo central. Los hechos y las acciones priman sobre la incursión en otras posibles densidades, como la psicología de un personaje, su evolución en la trama, sus matices o contradicciones. Casi no hay elisiones u ocultamientos. El texto y lo narrado parecen fluir sin inconvenientes, dejando en cada oración la información necesaria y explicitando detalles, reacciones y explicaciones, por momentos excesivas:

² Aludo al título de este excelente libro para encabezar el presente capítulo.

Cuando llegamos, nos estaba esperando con ansias y nos recibió con gran alegría. Al bajar del auto, se me abalanzó con sus brazos extendidos y una gran sonrisa.

—Lucas ¡qué grande que estas!, ven dame un abrazo —con gran gozo dijo mi abuelo abriendo sus brazos.

—Me voy a quedar contigo todo el fin de semana —le dije mientras lo abrazaba.

—Que bueno, no sabes lo mucho que me alegro. Los estaba esperando con una deliciosa cena, vamos... entremos —expresó mientras caminábamos rumbo a su casa.

—¿Qué cocinaste de rico abuelo? —le pregunté con curiosidad.

—Pollo al horno, y apurémonos que está casi pronto —contestó frotando sus manos—, mirá si se nos quema y nos quedamos sin comer —agregó con picardía.

—¡No! ¡Qué rico! Vamos que es mi comida preferida —respondí imaginándome lo sabrosa que estaría la cena.

—Lo sabía por eso te lo preparé —añadió mi abuelo.

En la escritura es reiterada la transcripción de fonemas en resoluciones estándares u ocasionales. Cuando ocurre, la escritura parece retroceder y, con ella, el artificio literario. Esta tendencia a proteger la naturalidad lexical y sintáctica de la oralidad explica, por ejemplo, la práctica abusiva y errónea del gerundio. Uno de los errores consiste en usar el gerundio cuando su acción es posterior a la del verbo conjugado, como en el siguiente fragmento: «El que instantes antes había sido un matungo Cipriano lo convirtió en un parejero de los más veloces a tal punto que le sacó varios cuerpos de ventaja *recibiendo* los aplausos de todos los allí presentes» (De León, 2011b, p. 2). En este caso, la acción de aplaudir es posterior a la de ganar la carrera de caballos. En otros pasajes, sin embargo, el gerundio fue usado correctamente: «—Esos países son bravos, ¿no? —preguntó triste abriendo el mueble de cocina» (Pereira, 2011c, p. 1).

En ejemplos como el primero, sin embargo, conviene abstraerse de la formalidad y el desacierto normativo para recuperar el gesto del escritor, reincidente, y advertir la frescura buscada y la presencia de una voz que, de manera transparente, procura mimetizar.

En otro cuento, el autor combina correctamente tanto el gerundio como los tiempos verbales para referir una acción que se origina en el pasado, pero continúa hasta el presente de la narración: «Cuando llegué a la importante joyería en la que trabajo como guardia de seguridad, me quedé parado esperando que abrieran» (Pereira, 2011d, p. 1). Sin embargo, a continuación aplica, de manera equivocada, el presente histórico, cuando hasta el momento venía usando el pretérito: «Mientras tanto me detengo a mirar a una persona...». Lo mismo ocurre en este otro fragmen-

to del mismo cuento: «Al finalizar uno de sus malabares, se le aproximó la persona y cortando con su mano un trozo, lo *convida* con algo de pan que en un abrir y cerrar de ojos desapareció».

Idénticos desaciertos en cuanto al uso del gerundio y los tiempos verbales aparecen en los siguientes cuatro ejemplos:

Cipriano toma el recado cantor y ensilló al que hasta ese momento era un matungo inservible, según el pardo. (De León, 2011c, p. 2)

Como corresponde Roberto estaba pegado todo el tiempo a Vicki, lo cual lo favoreció ya que ella se asustó por unos ruidos de unos pájaros que pernoctaban en el Parque tomándolo del brazo y él ni manco ni perezoso la abraza y se quedaron retrasados del grupo, aprovechando para darle un beso y sentir sus labios por primera vez, disfrutando mutuamente del momento. (De León, 2011b, p. 2)

Me fui escabullendo entre el mar humano y acá me encuentro con estas estanterías llenas de libros. (Improvisación de Jorge Rodríguez)

Al llegar a Colonia nos cruza un hombre joven, que en un primer momento pareció un vendedor de relojes o algo similar. (Cuello, 1988, p. 2).

Algunos de los relatos fueron entregados una semana y comentados la siguiente. Entonces, optamos por habilitar la expresión libre, sin prejuicios ni limitaciones relacionadas con la ortografía, las conjugaciones verbales o la sintaxis. Salvo excepciones, no observé faltas de ortografía. Prioricé la expresión original antes que la corrección lingüística. Sin embargo, los usos del gerundio y el presente histórico suscitaron opiniones contrarias y se abrió un debate colectivo, con puntos de vista antagónicos.

Sebastián Pereira, De León y otros talleristas me advirtieron sobre la aceptación de estas *desviaciones* entre determinados lectores y escritores *amateurs* —por ejemplo, ellos— y las defendieron con convicción y vehemencia. Por mi parte, no solo insistí en la importancia de usar correctamente el gerundio, sino también en que usarlo abusivamente empobrece la expresión; en cuanto al presente histórico, aventuré que, según el caso, una forma verbal (el pretérito indefinido, el imperfecto o la forma verbal compuesta, por ejemplo) puede ser más precisa que otra.

Leímos los pasajes de los cuentos en los que, a mi entender, las elecciones del gerundio y el presente histórico eran erróneas, ya fuera porque quebraban las reglas gramaticales o porque desvirtuaban el sentido y la función que los definía. Sin embargo, a pesar de mis argumentos, recibí los votos en contra de mis oyentes, entre ellos, los autores de los textos en cuestión. Comprendí que hablábamos desde lugares disímiles: yo, desde determinadas reglas gramaticales y una maceración de lecturas; ellos, desde usos y tradiciones orales. Lo que para mí eran desvíos,

errores y desprolijidades para ellos eran aciertos. ¿Por qué variar estas estructuras lingüísticas, que podríamos considerar hábitos compartidos, ahora que adoptaban el formato literario? Los cambios que propuse no fueron bienvenidos, ya no solo no comprendidos, porque en sus oídos no sonaban con la misma naturalidad con que lo hacían las oraciones originales.

Rehicimos nuestro camino. ¿Por qué imponer una normatividad gramatical, institucional, a personas que usan con naturalidad estructuras lingüísticas que, aunque apartadas de la norma, les resultan eficaces y funcionales? Al usarlas, priorizaron la libertad expresiva y visualizaron la literatura como el espacio donde desarrollar esa libertad. Por este motivo no aceptaron que la precisión gramatical debiera formar parte de ese espacio. No se trata de un gesto programático, sino de un acto espontáneo y de coincidencia grupal.

La oralidad, insisto, aflora en los textos de estos trabajadores. En el cuento «Don Barreto», De León utiliza el vocablo fonetizado *mijo*, en lugar de *m'hijo*: «...sin titubear le dijeron haga pata ancha mijo» (p. 2), lo que recuerda la obra de Florencio Sánchez *M'hijo el doctor*. La grafía *m'hijo* pasó a los impresos de esta pieza de dramaturgia debido a la prejuiciosa modificación de los editores de los manuscritos de Sánchez. Según la tesis defendida por Rocca, (2006, pp. 353-364), en estos manuscritos, extraviados desde hace décadas, aparecería el vocablo fonetizado *mijo*.

Pero De León no escribió *mijo* por convicción ni por estar en conocimiento de aquella discusión lingüística: lo hizo porque su práctica escritural está guiada por el limpio reflejo de la oralidad. Tal vez Sánchez quiso imitar la oralidad y por eso trasladó a la escritura un repertorio de formas aceptadas en el habla, como lo hacían y lo hacen los trabajadores que no han adoptado los formatos lingüísticos del discurso literario de los letrados. Sin embargo, el dramaturgo oriental lo hizo por opción: buscó reflejar en su obra una forma del habla y, con ella, un segmento de la población que le interesaba representar. De León lo hizo por impulso: reprodujo gráficamente una forma fonética sin preocuparse por ningún tipo de corrección. No obstante, es una opción que también está presente en escritores cultos o profesionales uruguayos. En *Carnaval* (1990), de Felipe Polleri, un personaje pregunta: «¿Qué hay, mijito?», y otro saluda: «Buenas noches, mijito» (pp. 7 y 31). La escritura de De León es fiel a su modo de hablar. Esta presión de la oralidad sobre la escritura es la que llevó a Pereira a abusar del gerundio y el presente histórico.

Pienso en el vínculo entre esta marcada tendencia en los relatos producidos por los trabajadores y su gusto por literaturas con una fuerte carga oral, como la de Julio César Castro. La oralidad es una de las claves con las que el escritor culto atrae la atención de los lectores populares, recurso sistematizado en la gauchesca y presente en otras expresiones literarias de distintos tiempos y regiones. Así, en Italia, por

ejemplo, ya a inicios del siglo xx, los autores de relatos de folletín fueron exitosos en amplios segmentos de lectores porque, como observó Gramsci (1961), su escritura se distinguía de la académica: ellos «escribían como se hablaba, mientras los otros escribían como no se hablaba» (p. 130).

El taller habilitó otros ejercicios de escritura creativa. En una ocasión procuramos que los trabajadores testimoniaran sobre su vida laboral. Promovimos el relato en primera persona del singular, comentamos que esta opción no necesariamente significa identificar al autor con el narrador y explicamos la diferencia entre ambos. Teníamos la sincera intención de recibir textos que contuvieran la voz, el pensamiento y los sentimientos de los trabajadores, con menos reproducciones de experiencias ajenas, y que, cuando estas aparecieran, fueran distantes, mediante el uso de la tercera persona del singular.

Nadie tuvo inconveniente en utilizar la primera persona del singular e incluso en hablar de sí mismo de manera explícita. Pero, cuando lo hicieron, optaron por relatar experiencias juveniles, en ningún caso laborales. En otras palabras, ninguno habló, desde una perspectiva personal, de sus experiencias laborales. Acaso hablar de uno mismo constituye un compromiso exigente pero posible, y, en cambio, hablar del mundo laboral constituye otro, mayor, que intercepta tabúes infranqueables.

Es posible inscribir este silencio no acordado pero colectivo entre los discursos *excluidos* o *prohibidos* identificados por Foucault. Por el bien común, no todos tenemos derecho a hablar de todo o de cualquier cosa. Foucault (2008) señala el «tabú del objeto, el ritual de la circunstancia y el derecho exclusivo o privilegio del sujeto que habla», como «tres de los tipos de prohibiciones que se cruzan, se refuerzan o se compensan» (pp. 14-15). No creo que el mundo laboral de estos trabajadores fuese un tabú: podían verbalizarlo, comentarlo, hacer chanzas sobre él; pero convertirlo en literatura, en un discurso que pudiera conllevar un mensaje, un ejemplo o una enseñanza, lo haría ingresar al espacio de lo prohibido. Quizás no aprobaran documentar un relato que tuviera que ver con la intimidad o la complicidad entre compañeros. También es posible que esta barrera haya existido solo en la experiencia del taller y pudiera ser destrabada sin dificultades en otras circunstancias.

Sebastián Pereira estuvo cerca de romper esta regla: fue el único que respondió al tema convocado. Escribió sobre la primera huelga que protagonizaron él y sus compañeros de la fábrica de envases de plástico Gepax. Lo hizo sin reflexiones trascendentes, eludió el ensimismamiento y el tono grave, y optó por el humor. Quizás ese registro lo habilitó a relatar una experiencia laboral. Con la liviandad que otorga el registro humorístico, describió la peripecia vivida años atrás por el entonces noble comité de base de la UNTMRA en un destartado camión que en cada curva parecía anunciar el fin de su primera aventura sindical.

Pasadas las 9:30 horas, concentrados sobre la ruta entre mates y risas aguardábamos la locomoción. Minutos más tarde pasó por delante de nosotros un ómnibus contratado de otra empresa que llevaba varios compañeros que también se habían adherido. Muchos de nosotros pensamos en cómo sería nuestro transporte, esperando uno de similares características. De repente, frente al grupo estaciona un veterano en un camión despidiendo una cortina de humo negro enseñando su trajín en esto de la lucha obrera, pero algunos no se dieron cuenta y, de inmediato, se formó un coro escuchándose la frase: «¿En eso vamos a ir?». Las dudas se adueñaron del momento lanzando preguntas al aire de si cabríamos todos y si llegaríamos a salvo. Pero no había marcha atrás y al ver subir a una compañera embarazada nos percatamos que para la lucha no hay excusas. Luego se colocó la bandera de nuestro comité en el frente del vehículo y partimos. (Pereira, 2011e, p. 1)

Nadie escribió sobre o contra sus patrones ni reflexionó sobre el trabajo y el capital. Claro que esto no significa que en sus vidas no lo hagan; de hecho, lo hacen. Pero, al menos en el taller literario, renunciaron a este tono y a adoptar retóricas como la del panfleto o el alegato, que, pienso, están reservadas para otros ámbitos y otras funciones, no para el concepto de literatura y estética que el taller propició.

Fuera del taller literario accedimos a las escrituras de otros trabajadores. Así, el obrero José Antonio Ponte, operario de un taller de armado de heladeras, nos leyó un poema de amor destinado a una belleza femenina a la que el admirador siente, paradójico y conflictivamente, tan cerca como distante. Luego de unos primeros versos de suspenso, el autor revela que su musa inspiradora es, en realidad, un maniquí. Dado el ingenio y la vivacidad del poema, quizás amortiguada por la rima consonántica, le solicitamos la pieza como colaboración para este libro. Ponte advirtió que primero tenía que registrar su poesía en la Asociación General de Autores del Uruguay. Pero luego, cuando le informamos sobre el carácter solidario de esta edición, prometió pensarlo. Lo convocamos por segunda vez, por teléfono, y reafirmó su promesa, pero, con el correr de las semanas, esta se disolvió.

Ponte integró el exitoso grupo Amanecer durante la década de los 80. La suya es una de las experiencias artísticas modeladas en la fragua de la acción cultural; su poesía surge más de la vivencia y el sentimiento individual en interacción con el contexto inmediato que del estudio teórico, aunque, claro, cabe no descartar lecturas y diálogos críticos con sus colegas. No podemos conjeturar más: solo a él le corresponde el detalle de su experiencia creativa, poética, de la cual pocos trabajadores del sindicato tienen noticia y que sería tan fructífero como aleccionador socializar.

Algo similar ocurre con Cuello: escribe cuentos desde hace 25 años, ha trabajado en varios periódicos barriales y ha ganado premios y menciones en concursos literarios. Es oriundo de La Teja y fue dirigente del Club Atlético Progreso. Se educó

en el colegio salesiano La Divina Providencia, luego en el liceo N.o 22 y terminó preparatorios en los liceos N.o 11 y N.o 16. Realizó cursos de fotografía y video en la Casa Municipal de la Cultura con Daniel Varela; fue fotógrafo y redactor de los periódicos *Eco del Cerro*, del barrio homónimo, y *El Tejano*, del barrio La Teja, y cofundador de la radio comunitaria El Puente fm. Su actividad sindical se remonta a 1985, cuando fundó el primer sindicato afiliado a la Federación Uruguaya de Empleados de Comercio e Industria. También trabajó como obrero curtidor y fue dirigente del comité de base de la curtiembre Alaska. Desde hace unos años trabaja en la estación de servicio Urusalvo. Cuando hablamos con él, era delegado de los consejos de salarios en nombre de la untmra. Tiene 51 años, es divorciado, y tiene dos hijos y tres nietas.

En 1979, Cuello se hizo conocer como escritor tras obtener el tercer premio del concurso organizado por el periódico *La Prensa de Carrasco* con el relato «La molestia». En 1988, su cuento «Hoy toca Razziati» fue mencionado en el concurso del semanario *Alternativa Socialista*. Hace unos años ganó el concurso literario del Eco del Cerro y tuvo una mención por un relato breve en el concurso de la revista *Cosmópolis*.

Cuello no se enteró de la existencia del taller literario que realizamos en la sede del acu. Lo conocimos un miércoles de marzo de 2011 cuando concurrimos al sindicato para encuestar a trabajadores de estaciones de servicio que iban allí a reunirse y accedió de inmediato a nuestra propuesta de que compartiera alguno de sus cuentos en este volumen. El relato que eligió para mostrarnos, «Hoy toca Razziati»,³ pertenece a la primera etapa de su quehacer creativo, cuando aún no integraba el gremio metalúrgico, pero ilustra justamente esa temprana inquietud literaria y, en particular, el ánimo y la peripecia de los jóvenes militantes que durante los años inmediatos a la dictadura, y en alguna ocasión en años no tan distantes, sufrieron la represión policial callejera e indiscriminada conocida como *razia*.⁴ Muchos uruguayos, lamentablemente, se verán reflejados en los siguientes párrafos del cuento:

Al llegar a Colonia nos cruza un hombre joven, que en un primer momento pareció un vendedor de relojes o algo similar. Incluso mis compañeros se abrieron hacia la calle ignorando olímpicamente al sujeto. Entonces, salió el otro de un zaguán, cortándonos el paso. Aquellos giraron mientras el tipo me reiteró ya en voz más alta: «Documentos y constancia», al tiempo que abría una carterita y nos mostraba su arma. Después mostró un carnet y nos pidió que los acompañáramos. De nada valió que les aclaráramos la proximidad de la distribuidora de libros en la que trabajábamos, ni la completa

3 Los cuentos aquí citados de los trabajadores de la UNTMRA, las gráficas, tablas, inventarios de bibliotecas y resúmenes de notas culturales de la prensa sindical corresponden a un anexo al presente libro que debió suprimirse en base a criterios de edición del concurso respectivo de la Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio (CSEAM).

4 Modalidad que, como se recordará, fue retomada durante algunos meses por el segundo gobierno del Frente Amplio, aunque claro que el cuento, escrito antes, no se refiere a esta práctica represiva reciente.

documentación que exhibíamos. El que no nos había hablado iba detrás nuestro y hablaba por radio continuamente. Nos llevaron hasta la calle Colonia, a los tres y a un albañil que pasó por la misma esquina segundos antes que nosotros.

Nos dejaron en una entrada de unos cinco metros donde ya había gente y donde seguían amontonando a los distraídos peatones que pasaban por el lugar, un local de cobranzas, según recuerdo. Llegaron incluso al colmo de retener a un incrédulo vecino que portaba una chismosa con pan, leche y manteca. (Cuello, 1988, pp. 2-4)

Es muy probable que otros trabajadores resguarden en su interior perfiles artísticos como los que cultivan Ponte y Cuello o los colectivicen solo en pequeños círculos de amistad. No pudimos averiguarlo porque, entre otras cosas, la UNTMRA no tenía en 2011 una comisión de cultura, y ese año no hubo un espacio sindical donde el trabajador metalúrgico pudiera mostrar sus destrezas artísticas y fomentar estas inquietudes en otros compañeros, de modo que no accedimos a fuentes documentales que refirieran a ellas. Habernos encontrado con estos dos trabajadores es un ejemplo de las gratas sorpresas que depara una investigación, aun cuando está restringida a una minoría (hay ocho mil afiliados al sindicato).

Además de estos ejemplos de interés por lo literario y lo cultural, hay que advertir otras modalidades expresivas. Por ejemplo, los mensajes, a veces en verso y con rima, que se dedican los trabajadores de la metalúrgica Julio Berkes en las puertas de los baños, práctica seguramente común en otras fábricas y talleres. En estos casos, la escritura aparece acompañada de dibujos, generalmente siluetas más o menos grotescas de sus compañeros, bocetos de caricaturas. Los textos buscan hacer alguna crítica, denunciar algún hecho poco ético, evidenciar una debilidad o un error con un calificativo subido de tono. En este océano de ocurrencias, habría que relevar el predominio de los temas sexuales, alentados por este canal oficioso, de circulación rápida y colectiva.

Como nos lo confió un veterano operario, para la mayoría de los obreros esos mensajes escritos y dibujados en las puertas de los baños son su única práctica escritural en régimen de creación. Estos trabajadores, y gran parte de sus colegas del sindicato, escriben a diario mensajes de texto, correos electrónicos y publicaciones en Facebook y Twitter, pero nada más. Allí residen sus prácticas diarias de lectura y escritura. Tal vez la relación entre la literatura y estos trabajadores sea precaria, incluso para los que leen y, a veces, vuelcan en el papel en blanco una reflexión, un recuerdo o una fabulación. Si consideramos la literatura un universo de múltiples expresiones, entonces dicha precariedad es irrefutable. Sin embargo, desde sus experiencias, es tan sólida como indispensable.

Para avanzar en estos temas, habría que abordar a aquellos trabajadores que no escriben y a aquellos que prácticamente no pueden hacerlo porque han perdido

casi por completo la técnica de la escritura. Varios militantes reconocieron, con pesar, que son numerosos los casos de trabajadores que luego de afiliarse al sindicato apenas si escriben su nombre y tienen dificultades para llenar una ficha de afiliación o escribir en una hoja la síntesis de sus realidades laborales y demandas inmediatas.

Aunque parezca menor, aquellas desviaciones de la norma escritural y la defensa que de ellas hacían sus autores invitan a pensar en una posible, aunque siempre relativa, autonomía por parte de los trabajadores. En principio, podemos aceptar que en una amplia dimensión cultural, como postula Stuart Hall (1984), «no existe ningún estrato independiente, autónomo, «auténtico» de cultura de la clase obrera» y, por ende, «gran parte de las formas más inmediatas de esparcimiento popular, por ejemplo, están saturadas de imperialismo popular», de modo que en todo momento afloran tradiciones y prácticas que revelan «delicados lazos de paternalismo». Luego, la perspectiva anterior constriñe otra visión, tentadora, sobre la autonomía —y resistencia a la hegemonía— de la cultura obrera. Tal vez el alejamiento en el tiempo de la relación directa, juvenil, entre el trabajador y el sistema educativo permite que aparezcan estos desvíos, cuya incidencia en la conformación de una cultura propia parece menor, pero, al mismo tiempo, evidencia resquebrajamientos normativos que posiblemente no aparezcan, al menos espontánea y extendidamente, en los estratos sociales de la media y la alta cultura.

Todavía estamos lejos de desentrañar el misterio que conlleva que este puñado de trabajadores promueva la literatura. ¿Qué impulsos dirigen sus lecturas? ¿Qué lugar adjudican a lo que leen y a lo que escriben? Poco sabemos. Algunas certezas surgen de sus palabras, dichas y escritas. Lo aquí compilado está envuelto en una necesidad que domina y determina sus formas de presentarse ante la literatura. Esa necesidad es de neta franqueza. Sarlo (2000) analiza la dominante sentimental de las lecturas populares de la década de los 20 en Buenos Aires. Este consumo literario registrado en los barrios bonaerenses alejados del centro está signado por lo que denominó *el imperio de los sentimientos*. Como productores, estos trabajadores prefieren las temáticas sentimentales y espirituales, a veces con ribetes religiosos en tanto reconocen pensamientos trascendentes que explican su existencia en la humanidad y en el universo. Pero cuando se lanzan a la creación literaria lo hacen con la carta de presentación inconfundible de la *verdad*. Escriben aquello que ha ocurrido o han vivido, y esa constatación legitima sus relatos, es su código de comunicación, el contrato que sella cada una de sus palabras.

El trabajador habla y escribe desde su verdad. Su evidencia surge de una sinceridad plena. Esta cualidad enlaza el contenido con la forma del relato. Lo contado *ocurrió realmente*; el estilo elegido para contarlo esquivo el artificio y, así, cada cuento parece estar escrito *sin literatura*, según la descripción elegida por sus autores en el

taller. La literatura de los trabajadores busca, paradójicamente, alejarse de la *literaridad*. Es literatura porque la dimensión estética es inevitable, pero sus autores se esfuerzan por disminuirla y, al hacerlo, violentan las normas lingüísticas. Lo hacen por descuido, no por buscar la dimensión literaria desde la diferencia o el quiebre de la norma. Entonces, aquel pacto de verdad, tradicional y remanente de un realismo verbalmente condicionado por la necesidad de reproducir el mundo *real* (Rest, 1968, pp. 105-203), está reforzado por —quizás refundido en— un segundo pacto establecido por las *formas* del decir que, a juicio de sus usuarios, dialogan con aquella franqueza temática y espiritual.

La crudeza y la sinceridad de lo contado están en armonía con estructuras lingüísticas provenientes de la oralidad y aceptadas en la escritura porque conllevan el código de aquella franqueza, puesta en el sitio de la identidad cómplice y compartida. Aceptar e intercambiar esos códigos crea comunidad. Desde este contrato de lectura y escritura, estos trabajadores articulan los códigos lingüísticos que los relacionan y estos códigos están imbuidos de una sensibilidad compartida y una visión laudada de la sociedad, del rol que cumplen en ella y del protagonismo que aspiran a alcanzar.

CAPÍTULO 3

LAS BIBLIOTECAS

DANIEL VIDAL

¡Colaborad a formar nuestra biblioteca! [...]
Por lo tanto, compañeros, donad un libro.
El Metalúrgico, Montevideo, n.º 2, febrero 1946.

1. INTRODUCCIÓN

En 1946, cinco años después de fundado el Sindicato Único de la Industria del Metal (suim), el periódico vocero de los trabajadores sindicalizados, *El Metalúrgico*, convocó a sus afiliados a fundar una biblioteca «a fin de que se les permita a los obreros adquirir mayores conocimientos, instruirse y progresar en la vida». El mecanismo para fundarla, además de la voluntad y la opción social para hacerla, era sencillo: «Compañeros, donad un libro», rezaba la breve convocatoria, así aseguraba la amplia difusión y participación en el proyecto.¹

No hallamos noticias en la prensa sindical de la recepción que esta iniciativa tuvo entre los obreros. Hablamos del tema con tres de los activistas más veteranos de la untmra que pudimos contactar, pero ninguno mantenía en su memoria aquel proyecto. De todas maneras dimos por descontado que se concretó, dada la rica tradición de setenta años que las asociaciones de trabajadores venían depositando en la institución bibliotecaria. Claro que, de haberse llevado a cabo, aquella iniciativa no habría tenido mayor sobrevida y esto explicaría en parte la pérdida de su registro en la memoria de los veteranos sindicalistas.

La noticia sobre la voluntad gremial de fundar una biblioteca da cuenta de una preocupación persistente entre las tempranas agremiaciones de trabajadores: la formación cultural del obrero, complementaria a la específica de su oficio y a la que pudiera haber recibido, incluso escasamente, de parte del Estado, muchas veces reducida a un par de años de la enseñanza primaria.

1 (Febrero de 1946). ¡Colaborad a Formar Nuestra Biblioteca!, *El Metalúrgico*, s/n.

Pero en tal caso, aquel proyecto debió haber sido pensado y elaborado con mayor detalle y detenimiento del que ofrece la noticia del periódico sindical. La fundación de una biblioteca obrera conlleva la reunión de un segmento libresco del saber que un colectivo de trabajadores asocia con su identidad y con las necesidades formativas de sus asociados. Resulta evidente que este objetivo no está amparado en todos y cada uno de los volúmenes que, finalmente, se acomodan en los anaqueles, pero sí que una gran parte de ellos es funcional a él.² Luego, mediante el cotejo de fichas de préstamo y, si es posible, entrevistas a usuarios, cabría verificar si el corpus elaborado con objetivos políticos respondió efectivamente a los intereses de la mayoría de los asociados. Al mismo tiempo, la biblioteca constituye el eje promotor de actividades culturales y recreativas diversas, anudadas a la vida asociativa del sindicato.

Cuando realizamos nuestra investigación el sindicato de los trabajadores metalúrgicos contaba con una biblioteca en su local central, inactiva, y otra en la fábrica de plástico, Cristalpet, esta vez en plena actividad y sostenida con esmero por un puñado de integrantes del comité de base sindical.

En el siglo y medio de historia del movimiento sindical uruguayo las bibliotecas obreras han fomentado las actividades colectivas. Su impronta pedagógica y social se mantiene. Sin embargo, resulta evidente que ha sido afectada por los cambios y las novedades ocurridas en el contexto del mercado y de la industria cultural, en los hábitos y en las tecnologías relacionadas con la cultura, algunas de ellas dispersas e individuales, al menos en su primera instancia instrumental.

En las páginas que siguen vamos a recorrer el itinerario de un rico corolario de bibliotecas obreras, registrado en el movimiento obrero en el Uruguay, antes de repasar, al menos someramente, el contexto de bibliotecas de los sindicatos y federaciones de la central pit-cnt y dar cuenta, finalmente, de algunos aspectos de las dos bibliotecas de la untmra.

Las primeras bibliotecas obreras

Las bibliotecas obreras en Uruguay tienen una tradición de poco más de un siglo. Es notorio que las primeras agremiaciones de trabajadores fundadas en nuestro país, en el último cuarto del siglo xix, visualizaran sus primeras bibliotecas como una potencia socializadora, eje de difusión y divulgación de ideas y saberes de la humanidad. Este

² La prioridad de los títulos sociológicos y doctrinarios de bibliotecas obreras y anarquistas puede confirmarse en los catálogos, resumidos, difundidos por estas instituciones entre 1900 y 1920 en Montevideo, aunque ello no signifique una concomitante dominancia temática en la efectiva lectura de parte de los asociados. Cf. Vidal, 2013, pp. 101-114.

objetivo era alcanzado por acumulación de un patrimonio libresco novedoso para el Uruguay, capital simbólico que era apuntalado por actividades culturales, educativas y recreativas: conferencias y controversias, veladas, actos públicos y solidarios, salas de lectura, impresión y difusión de folletos y periódicos.

Para inicios del siglo xx, la información brindada por la prensa certifica la existencia de múltiples bibliotecas de trabajadores.³ Así por ejemplo, en 1903 funcionaba una biblioteca obrera en la casona de Colonia 216. Casi seguro se trató de una iniciativa de las entonces llamadas asociaciones de resistencia. La duda persiste porque la breve noticia que dio cuenta de su existencia no se detuvo en la filiación o pertenencia sectorial de esta iniciativa, sino en su magnitud y oferta de temas: en sus estantes se resguardaban «alrededor de 500 volúmenes de sociología científica, naturales y literatura».⁴

En aquellos tiempos los usuarios de la biblioteca obrera no se circunscribían a los miembros de la sociedad de resistencia o a la rama de la industria a la que pertenecían los trabajadores en cuestión. En este caso sus patrocinadores anunciaban que el local de la biblioteca «permanece abierto todos los días hasta las 10 de la noche a disposición del público que desee visitarlo».⁵ Claro que esta expresión parece más una desaprendida intención por captar la simpatía de los vecinos y extender el vínculo sindical al barrial, que una efectiva integración entre dos ambientes sociales con ritmos y códigos diferentes.

De todas maneras, las bibliotecas obreras proliferaron en las tres primeras décadas del siglo xx estimuladas por el constante interés obrero en el autodidactismo y la enseñanza popular, en paralelo a una creciente escolarización estatal. En 1905 el gremio que nucleaba a los conductores de vehículos dispuso la constitución de una biblioteca y, en noviembre, una vez instalada, decidió destinar la suma de cien pesos «para la adquisición de obras instructivas para completar su ya bien provista biblioteca social».⁶ Entonces, la biblioteca obrera de los conductores de coches contenía «336 volúmenes de los mejores autores y encuadernados en tela». La crónica sobre esta biblioteca publicada en el periódico batllista, *El Día*, informa que «estas obras son leídas por los asociados y por las familias de estos sin distinción de sexo ni edad, pues se trata de lectura de la más sana y más moral».⁷

3 Los datos aquí resumidos surgen del proyecto de investigación I + D *Cultura libertaria en el Uruguay de la modernidad (1898-1928)*, financiado por la Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República (CSIC-UdelaR), realizado entre 2011 y 2013 y del cual fui responsable, en colaboración con la Lic. Deborah Rostán.

4 (21 de octubre de 1903). Movimiento obrero. Biblioteca obrera. *El Día*, p. 1.

5 *Ibidem*.

6 (7 de julio de 1905). Movimiento obrero. Los conductores de vehículos. *El Día*, p. 2; (1 de noviembre de 1905). Movimiento obrero. Los conductores de carruajes. *El Día*, p. 2.

7 *Ibidem*.

El mismo año, las sociedades de resistencia de obreros varaderos, carboneros y oficios varios, con sede en el Cerro, realizó un festival en beneficio de su biblioteca social. En esa oportunidad, además de números artísticos —declamación de poesía, música a cargo de una orquesta— Leopoldo Rodríguez realizó una disertación sobre el tema: «Importancia de las bibliotecas en las sociedades obreras y necesidad de un diario obrero».⁸

Para entonces comenzaron a multiplicarse las noticias sobre el funcionamiento de bibliotecas obreras en Montevideo y en localidades cercanas, lo mismo debe haber ocurrido en ciudades con alto nivel de obreros fabriles y dinamismo sindical como Juan Lacaze en Colonia, o en ciudades de Salto o Paysandú.

Otros datos hallados en la prensa periódica de entonces, mayormente de Montevideo, ratifican una secuencia que debió ser más rica. En 1906 el Centro de Resistencia de Obreros Albañiles organizó una función teatral en las instalaciones del Stella d'Italia a beneficio de su biblioteca social. El programa estuvo integrado por las comedias *Arlequín salvaje* y *Parada y fonda*.⁹ En 1912 fue inaugurada la biblioteca del centro obrero de Pando en un acto que contó con la oratoria del dirigente de la Sociedad de Resistencia de Obreros Sastres, Pascual Lorenzo, también participaron Carlos Balsán y Antonio Loredo.¹⁰

Entre los principales promotores de las bibliotecas obreras se encontraban los anarquistas. La doctrina libertaria conjugó la acción social con la instrucción en la convicción de que la formación integral era el camino firme para alcanzar la completa emancipación del trabajador en una sociedad en la que la inmensa mayoría no accedía a oportunidades educativas colectivizadas.

La apuesta cultural de los anarcosindicalistas quedó estampada en el primer congreso de la Federación Obrera Regional Uruguay (foru), del 25, 26 y 27 de agosto de 1905. Entonces, la novel organización, que contaba con una presencia casi total de sociedades de resistencia de explícita tendencia anarquista, estableció un orden de prioridad de temas a abordar. Los primeros lugares correspondieron a la realización de conferencias de propaganda en Montevideo y, en el interior, a la reducción de la jornada laboral a 8 o 6 horas según el caso, a la propaganda antimilitarista y a la fundación de escuelas laicas, etc. El octavo lugar, en una lista de quince temas, lo ocupó la necesidad de fundar bibliotecas obreras. El referido artículo propuso, textualmente, el «establecimiento de bibliotecas en todos los centros gremiales».¹¹

8 (29 de setiembre de 1905). Movimiento obrero. Una fiesta obrera. *El Día*, p. 2.

9 (8 de setiembre de 1906). Movimiento obrero. En el Stella d'Italia. *El Día*, p. 2.

10 (Octubre de 1912). Bibliotecas populares. *Despertar*, (37), pp. 378-380; (24 de setiembre de 1912). En el campo obrero. El mitin realizado el domingo pasado en Pando. *La Democracia*, p. 6.

11 Zubillaga, s/f, p. 55 (datos tomados del periódico *El Obrero* de Montevideo de 1905).

Esta confianza en la cultura libresca estuvo integrada a una tradición realzada por distintas tendencias del pensamiento democrático durante la modernidad, esta vez en el entendido de que la instrucción era la vía más rápida y eficaz para alcanzar una mínima integración social y un estatuto de ciudadanía. La reforma vareliana es ejemplo de este pensamiento que el batllismo impulsará con singular vehemencia desde 1903,¹² claro que, permeado por la idea de formar individuos y trabajadores funcionales al sistema, al respeto por las leyes y a la confirmación de las relaciones de producción, y no a su cuestionamiento. Paradigma que, además, deberá rastrear entre sectores católicos, protestantes, socialistas y otros, con distinto grado de crítica social, para rearmar así un abanico mayor referido a la apuesta educativa que, con respectivas singularidades, fundamentos y proyectos, imperó entre los actores sociales en el pasaje del siglo xix al xx.

En la primera década del siglo xx, el Estado y los agentes privados fundaban escuelas, bibliotecas, clases nocturnas y ofrecían conferencias y debates. El periodismo y el libro incrementaban su protagonismo en una sociedad ávida por conocerse a sí misma y por recibir el mundo, en momentos en que era demasiado incipiente el cine, no existía la radio y por supuesto tampoco la televisión.

Las bibliotecas obreras germinaron en este campo de estímulos. Sería productivo rastrear altos y bajos de una tradición acendrada en el valor del libro y que pervive en la presencia de bibliotecas barriales, a veces dependientes del municipio, otras de sectores sociales, a priori insospechados, como el Centro de Protección de Choferes, cuya biblioteca llegó a ocupar un sitial de primer orden en las décadas del 30 y del 40 entre sus similares montevideanas.¹³

Tal como han estudiado Leandro H. Gutiérrez y Luis Alberto Romero (2007, pp. 71-107) en Buenos Aires para el caso de las bibliotecas populares y barriales, estas instituciones vivieron períodos de auge y decadencia y debieron interactuar con un nuevo régimen de instituciones sociales y políticas (sociedades de fomento, clubes, asociaciones mutuales, comités de partidos políticos). En las bibliotecas sindicales esta realidad no debió haber impedido mantener con nitidez el recorte de identidad si bien se trataba de líneas de acción menos sinuosas que las de las instituciones barriales, dado el perfil contestatario y de clase de los sindicatos a los que pertenecían. Sin embargo, algunos de los fenómenos señalados por Gutiérrez-Romero podrían tenerse en cuenta para el caso, como el hincapié en la función simbólica de la biblioteca por encima de la función específica de la lectura, o la intermediación

12 La escuela vareliana sustituyó a la Iglesia católica en su función de control y represión del alma, factor decisivo en la internalización de los valores dominantes en la población subalterna, con aprobación de distintos grupos ideológicos (Barrán, 1998, pp. 89-92).

13 Sobre la biblioteca del Centro de Protección de Choferes (de Montevideo) cf. Rocca, 2005, pp. 87-108. El tema había sido objeto de un artículo específico sobre Cristóbal Deber Otero, director de aquella biblioteca, a cargo de Cecilia Rebolatti (2006, pp. 155-172).

entre la cultura de elite y la cultura popular sindical. Por lo expuesto anteriormente, no creemos que las bibliotecas sindicales hayan devenido en espacios transaccionales entre una cultura de resistencia y de crítica social y otra de conformismo y reformismo, con aguda incidencia de la política nacional y estatal; tampoco, en una instancia de asimilación, comprensión y racionalización de los problemas sociales en clave amortiguadora de los conflictos de clase. Al mismo tiempo, las bibliotecas sindicales no despliegan el protagonismo de hace un siglo. Las sobrevivientes, justifican su existencia por su función legitimadora de cultura, pero ni el volumen de usuarios, ni sus actividades, demuestran que aquella legitimación esté articulada con una fluida actividad social.

Claro que no se trata de comparaciones, no solo porque el estudio de Gutiérrez-Romero refiere a una realidad barrial y no sindical, sino porque, en especial, el contexto cultural al que refieren tiene que ver con la década del 30. Otro es el panorama cultural de 2011, con el descollante protagonismo de medios electrónicos de comunicación, inexistentes ochenta años antes, que aseguran la presencia dominante de la imagen por sobre el texto y relegan el libro a instancias remanentes o, en otros casos, a emergencias de relativa masificación sostenidas por un potente aparato mercantil, promotor de temas e ideologías confrontados con los preservados por los sindicatos.

El avance tecnológico-electrónico y de la imagen exige en el mercado del libro una remodelación del soporte material, con propuestas innovadoras en diseño y funcionalidad, de modo que el objeto interactúe con mayor eficacia con el lector, instancia relevante en particular en el segmento de libros pensado y dirigido al público infantil. Tanto la incidencia de internet como el desfase entre antiguas propuestas materiales del libro y las exigencias actuales de los lectores infantiles fueron temas destacados por Ricardo Trinidad y María del Carmen Vidal, responsables de la Biblioteca Popular untmra-Concejo vecinal. Si bien se trata de un asunto evidente, resulta aleccionador escuchar sus testimonios referidos a la experiencia directa y cotidiana con un fenómeno envuelto en matrices culturales y procesos cognitivos en desarrollo.

Realidades dispares en el presente

En 2011 el movimiento sindical nucleado en la central PIT-CNT ofrecía un variado panorama respecto a sus esfuerzos por mantener bibliotecas obreras.

Buenos ejemplos de estas instituciones culturales del mundo sindical están a cargo de la Asociación de Empleados Bancarios del Uruguay (AEBU), la Asociación de Empleados y Obreros Municipales (ADEOM), el Sindicato de Artes Gráficas (SAG),

la Federación de Trabajadores de la Industria Láctea (FTIL), y la Asociación de Funcionarios del CASMU (AFCASMU). Estas asociaciones de trabajadores mantienen bibliotecas en sus sedes, la mayoría de ellas, amparadas en la demanda de libros de estudio escolares o liceales para los hijos de los asociados.

La biblioteca de AEBU, ubicada en la sede de Camacú y Reconquista, fue fundada en 1967 y cuenta con unos dieciocho mil volúmenes. María Mercedes Perera y Alicia Gómez, sus responsables, brindan un servicio diario a un público lector que, según informaron, ratifica cada mes su predilección por la narrativa y dentro de este género por las novelas. Los autores son solicitados de manera preferencial por su condición de latinoamericanos. Entre los más recurridos se destacan Isabel Allende, Paulo Coelho, y José Saramago. Esta biblioteca cuenta con cerca de un millar de socios activos y renueva su acervo con la adquisición de unos diez volúmenes por mes, además de donaciones.

La ADEOM conserva su biblioteca, fundada en 1986, donde pueden hallarse unos once mil volúmenes. La comisión de cultura de esta asociación y los encargados de la biblioteca han decidido concentrar sus esfuerzos en la literatura y en la enseñanza, por lo que los libros destinados al sistema educativo, particularmente, en los niveles primario y medio, son los más atendidos por este importante servicio.

En el caso de la FTIL, con sede en la casona de la Asociación de Obreros y Empleados de Conaprole (AOEC) de Joaquín Suárez 2878, la biblioteca brinda desde 2007 un servicio casi exclusivo de libros de estudio para niños y jóvenes en edad escolar y liceal, desde 6.º año de escuela hasta 6.º año de liceo. En esta misma línea, con el enfoque en priorizar libros educativos, existe la biblioteca de la AFCASMU.

Con menor actividad y volumen, pero todavía activa, se destaca la biblioteca de la Federación Nacional de Profesores de Enseñanza Secundaria (FENAPES), a través de su filial montevideana, la Asociación de Docentes de Enseñanza Secundaria.

Algunos sindicatos de base contaban en 2011 con una biblioteca y su respectivo servicio de préstamo a domicilio, como es el caso del sindicato de funcionarios del Hospital Británico.

Otros sindicatos y asociaciones no contaban con biblioteca, entre ellos, la Asociación de Funcionarios de la Universidad de la República (AFFUR), la Asociación de Docentes de la Universidad de la República (ADUR), la Asociación de Funcionarios Judiciales del Uruguay (AFJU), la Asociación de Funcionarios de la Universidad del Trabajo del Uruguay (AFUTU), la Federación de Funcionarios de la OSE (FFOSE), la Federación Uruguaya de Magisterio (FUM), el Sindicato Único Nacional de la Construcción y Afines (SUNCA), el Sindicato Único de la Aguja (SUA), el Sindicato Único de Trabajadores del Mar (SUNTMA), el Sindicato Único de Portuarios y Ramas

Afines (SUPRA), la Unión Autónoma de Obreros y Empleados del Gas (UAOEGAS), la Confederación de Obreros y Funcionarios del Estado (COFE), el Sindicato Único de Telecomunicaciones (SUTEL) y la Unión Ferroviaria (UF).

La Asociación de Trabajadores de la Seguridad Social (ATSS) tuvo un servicio de biblioteca que, si bien todavía conservaba algún material, no estaba habilitada y, de hecho, no funcionaba para los asociados, según nos informó Leonardo Lucián.

Rehabilitaciones

Otros sindicatos procuraban en 2011 refundar sus bibliotecas, tales son los casos de la Agrupación de Funcionarios de UTE (AUTE), la Asociación de Empleados de ANCAP, la Federación Uruguaya de Empleados de Comercio e Industria (FUECYS), la Federación Uruguaya de la Salud (FUS) y la Asociación de Maestros del Uruguay (ADEMU-Montevideo).

La Asociación de Jubilados de la Industria Frigorífica procura desde 2015 refundar la biblioteca gremial, en la sede de Grecia 3681 de la Federación Obrera de la Industria de la Carne y Afines (FOICA).

Esta biblioteca, al igual que la biblioteca de la UNTMRA y la de otros gremios, representa la constatación material de un instrumento que había florecido hacia mediados del siglo xx, alentado por la estricta relación entre la vida cultural del trabajador con el objeto libro. La biblioteca de la FOICA, bautizada *Florencio Sánchez*, fue fundada en la década del 40 —la memoria de los dirigentes no alcanzó para establecer este dato con precisión—, contó con 8 mil volúmenes, tuvo su local y fue sostenida por una estricta organización que incluía ficheros de lectores, servicio de préstamos, etc. «Muchos de nosotros leíamos allí a Emilio Salgari, Jack London, las historias de bandoleros italianos, las enciclopedias», nos comentó Sergio Iglesias, quien comparte su experiencia junto a sus colegas Sixto Amaro, Eduardo Labraga, Juan Carlos Astrada y Hugo Cardozo, hoy impulsores de la rehabilitación de la biblioteca. También confirmaron su predilección por lecturas de ficción y por la narrativa de aventuras en combinación con lecturas pedagógicas.

Esta biblioteca funcionó con regularidad hasta 1974, la dictadura y la represión arrasaron con ella. Hoy, su realojo, en un espacio adaptado para el encuentro, la charla, el trabajo con computadoras, entusiasma a sus promotores que posiblemente reeditarán el mensaje que encontramos en *Lucha*, uno de los periódicos sindicales de la década del 40: «La biblioteca Florencio Sánchez está a vuestra disposición».

En este contexto la biblioteca de la sede central de la UNTMRA es un ejemplo del remanente cultural de estas instituciones y la biblioteca del comité de base de Cristalpet una sobrevivencia de aquel mismo esfuerzo.

2. LA RIQUEZA SIN USO. BIBLIOTECA POPULAR UNTMRA-CONCEJO VECINAL

María Eugenia López Verzero

Con el nombre *Biblioteca Popular de la UNTMRA*, los afiliados al sindicato y los vecinos del barrio identificaron un proyecto cultural que funcionó entre 2003 y 2009 en una habitación del local sindical. Ricardo Trinidad y María del Carmen Vidal fueron los responsables de mantener abierta esta biblioteca, que llegó a contar con unos dos mil ejemplares. En 2011 cumplió dos años de inactividad. Hoy, ocupa un rincón de 3 por 1,80 metros que nadie visita. Algunas voces, pocas pero insistentes, añoran su funcionamiento y sueñan con una pronta reapertura. Saben, en el fondo, que el milagro no podrá producirse por un decreto del sindicato, sino por la feliz coincidencia del tesón de sus fundadores y de los concurrentes que hoy le falta: lectores.

La Biblioteca Popular de la UNTMRA nació de una primera donación de libros provenientes de una biblioteca que, a su vez, había sido clausurada en el comité de base, Atahualpa, del Frente Amplio, instalado en el barrio del mismo nombre. Es así, un ejemplo del trasiego, de muertes y resurrecciones de esa institución por momentos firme, por momentos débil, llamada biblioteca. El donante, aún anónimo, seguramente auguró una prolongada sobrevida a la moribunda biblioteca sectorial, ahora en un ámbito más amplio, barrial y sindical.

Los primeros años parecían confirmar el pronóstico. Los libros fueron «cuidadosamente dispuestos en unas estanterías (también donadas) que un compañero armó en una tarde», recuerda Ricardo Trinidad, el entonces presidente honorario de la UNTMRA, y los lectores comenzaron a llegar a medida que los volúmenes encontraban su espacio en el nuevo destino.

Gran parte de la vida de Ricardo Trinidad ha estado unida a esta biblioteca. Él, además, es uno de los veteranos más respetados del sindicato y su figura y su historia personal parecen sintonizar con la sabiduría alojada en los anaqueles de la biblioteca.

Trinidad comenzó a trabajar cuando concluyó la escuela. Desde joven se integró a la industria textil, pero después de «una huelga grande» se conectó con los metalúrgicos y aprendió varios oficios. «Trabajé en la metalúrgica Julio Berkes. Un amigo me llevó para ahí. Él fue el que me enseñó porque yo no sabía nada. Aprendí de todo, tenía como siete oficios», relata.

Armonizó el trabajo con la militancia sindical y, de a poco, con la lectura. A pesar de su escasa asistencia a la educación formal, siempre mantuvo la inquietud por la lectura y los libros: «Siempre me gustaron los libros de política. Mi favorito es *La*

vida de un maestro, de Jesualdo. Por eso me entusiasmó la idea de la biblioteca. Para que todos tuvieran la posibilidad en el barrio de acceso a los libros», comenta.

En 1984, meses antes de la recuperación democrática, en el último año de la dictadura, la policía devolvió a la UNTMRA su local central. Trinidad decidió instalarse allí, en la casona que consideraba su primera casa, ya no su segunda. Entonces, recuerda: «agarré mis cosas y me vine para acá, incluso no lo habían devuelto oficialmente, cuando nosotros ya estábamos dando vueltas por estos cuartos».

Por esos años el sindicato tuvo contacto con la comisión de vecinos del barrio, pero recién hacia 2003 concretó una idea de María del Carmen Vidal que envalentonó a quienes decidieron hacer efectiva la donación de una vieja biblioteca que ya nadie usaba. Trinidad apuntaló la iniciativa y los dos sumaron entusiasmo y esfuerzo. La biblioteca fue un hecho y abrió sus puertas en doble horario, de mañana y de tarde, de lunes a viernes. Hasta donde saben y recuerdan, y al menos durante sus años de funcionamiento, fue la única en la zona con esa doble característica que le aseguraba una decente sobrevivencia: estaba instalada en un sindicato y potenciaba su accionar hacia el barrio.

Sergio López y la lectura a los niños

Fiel a una bienvenida tradición, la biblioteca hizo las veces de centro de operaciones de acciones culturales que enlazaron al barrio con el sindicato. Las actividades eran anunciadas en una cartelera ubicada en la vereda del local sindical. En fechas patrias, en otras festividades o en feriados, la cartelera convocaba a los transeúntes a participar. Así, los vecinos pudieron enterarse de la elección de la reina del Carnaval o de un acto cultural del Programa Esquinas de la Comisión de Cultura de la Intendencia Municipal de Montevideo. Cuando se aproximaba el Día del Libro, en mayo, la biblioteca era el referente de las actividades culturales que se abrían a todo el público:

Si la gente no quería entrar, no entraba —nos comentó María del Carmen Vidal—, pero al pasar por la vereda se iban informados sobre determinados actos que quizás sí les podían interesar. Muchos no entraban porque implicaba que tenían que entrar al sindicato y no todos estaban afines a esto. Por eso la idea de trasladar al *afuera* lo que se ofrecía dentro.

La cartelera funcionó. De hecho, el barrio llegó a interesarse por lo que pasaba allí, en la biblioteca de la UNTMRA, al punto de que algunos vecinos organizaron una jornada con los niños. La actividad fue promocionada por los padres en el barrio: hubo volanteadas, llevaron afiches a las escuelas y al supermercado de la esquina de Luis A. de Herrera y Burgues. Los encargados de este comercio colgaron uno de los afiches en la entrada y se entregó un volante con la convocatoria a la actividad a muchos clientes.

Se trató de una acción sencilla que se transformó en una pequeña-gran fiesta. Los organizadores pensaron, con acierto, que una propuesta dirigida a los niños atraería a los mayores, y así fue. Consiguieron la presencia de Sergio López, un salteño que desde hace décadas trabaja en el mundo editorial. Maestro, ilustrador, padre de tres hijos, diseñador gráfico de proyectos exitosos como la revista de literatura infantil, *Colorín Colorado* (1980-1983), la *Colección cuentos latinoamericanos para niños* (1984-1985), la *Revista de la Educación del Pueblo* (1988-1995), además de contar con libros propios editados en España, Chile y México.

Llegó el Día del Niño y López fue el centro de la actividad realizada en la biblioteca de la UNTMRA. Leyó varios textos y dialogó con los chiquilines que se acercaron a escucharlo. Así, el texto salía del vínculo individual de cada uno para circular en un ámbito compartido por muchos. Una vez más la magia de la lectura pública y la animación daban vida a un grupo social alrededor de una biblioteca.

Internet, ciber, Plan Ceibal... adiós, biblioteca

La biblioteca funcionaba con préstamos de libros de estudio y con préstamos de libros de literatura y de interés general. Sin embargo, «internet, los ciber y luego la llegada del Plan Ceibal terminaron por liquidar la biblioteca». El nuevo escenario de acceso a la información y a los libros liquidó la biblioteca, según contó María del Carmen Vidal:

Los chicos venían, pero si vos no les dabas la información bien digerida, no la querían. Aparte, otro problema era que la información muchas veces estaba desactualizada. En aquellos años comenzaba a expandirse internet, y allí conseguían lo que necesitaban de forma resumida y actualizada. Eso es una realidad.

La Biblioteca Popular UNTMRA-Concejo vecinal sufrió así su primer golpe de gracia. Los lectores dejaron de asistir y la salita de estudio comenzó a juntar tierra. El panorama era desalentador y nada indicaba que fuera a cambiar. Miles de libros empezaron a quedarse demasiado tiempo en las estanterías. Una biblioteca no existe si no tiene uso. Los responsables de la biblioteca de la UNTMRA advirtieron esta caída y, anticipándose al inevitable final, decidieron iniciar las donaciones. Los primeros beneficiados fueron los lectores de los pueblos del interior del país. Según comentaron Vidal y Trinidad:

En los pueblos pequeños aún funcionan bibliotecas barriales donde aparentemente no importa el paso del tiempo o que los libros estén desactualizados. Igualmente se leen y se aprende de ellos. Casi toda la colección de libros de lectura infantil de nuestra biblioteca actualmente está diseminada por el interior.

Más de una vez, María del Carmen Vidal chocó con otra realidad, dolorosa para quienes fueron formados en una cultura que incluía la lectura como dinámica im-

DANIEL
VIDAL

prescindible del mundo. Una tarde vio ingresar a una madre con un niño de no más de seis años.

Yo le decía a él y a otros niños: ¡Mirá! Todos estos libros son para niños ¿no querés llevarte uno? Y a los niños no les interesaba en absoluto. Y si los libros eran nuevos, bueno, más o menos los hojeaban. Pero si eran viejos... ¡olvídate! Se iban con las manos vacías.

Es cierto, alcanza con echar una mirada a los anaqueles de literatura infantil de las librerías para apreciar la bienvenida producción de novedad que ostentan las ediciones especializadas en este segmento del público lector. Tapas moldeadas, con muñecos adheridos, con sonido, música y otras variaciones esperan y sorprenden a los pequeños.

A pesar de estas dificultades, la biblioteca logró una presencia constante durante casi seis años. La tarea de ordenamiento de los libros y la promoción de la lectura fueron llevadas a cabo por una maestra del barrio y por estudiantes de la Escuela de Bibliotecología. Todos los registros con los que cuenta la biblioteca son manuscritos. Nunca hubo una computadora.

En un momento se pensó que contar con una computadora sería beneficioso para nosotros y para quienes vinieran a buscar información. Hubiéramos ganado en eficacia y rapidez —comenta Vidal— pero luego salió el Plan Ceibal, por lo que no encontramos mucho sentido en hacer esa inversión. Es así que pensamos que quizás sería más provechoso enfocarnos en tener libros de lectura, donde la gente pudiera venir a buscar libros y leer por diversión. Volver a los inicios. Funcionar como sala de lectura, préstamo y que la gente lo devuelva cuando lo termine de leer.

Pero la empresa no dio señales de reactivación. Hubo 152 socios, una cifra nada despreciable, sin embargo, solo 100 eran activos.

El último factor que terminó por cerrar esta primera etapa de la biblioteca fue personal: Ricardo Trinidad sufrió un quebranto de salud y debió ausentarse de cualquier tarea sindical por un tiempo. Sola, María del Carmen Vidal, sintió que no tenía sentido seguir así:

Mucha gente concurría y al no estar él, y nadie que los atendiera, se iban. Aparte venían a hablar con Trinidad, conversaban de todo un poco, mucho del sindicato y de los tiempos de antes. Él era un motor siempre en marcha, esa es una realidad. La gente venía no solo a llevarse un libro. Venían a intercambiar opiniones sobre lectura, a que le recomendaran un libro.

El año 2009 comenzó para la UNTMRA con su biblioteca inactiva, pero al menos como depósito, continúa allí. Todos saben que en esa salita del fondo hay unos dos mil ejemplares que esperan a sus futuros lectores. Nadie puede saber qué le depa-

rá el futuro a este remanente de biblioteca. Podría continuar desmembrándose o ser reactivada. Quizás mañana un grupo de trabajadores y vecinos, tan pacientes y generosos como sus antecesores, encienda la luz y comience a darle vida a un patrimonio que en 2011 seguía en desuso.

3. LA LECTURA DEL ACTIVISTA SINDICAL

La Biblioteca Sindical Gerardo Cuesta del Departamento de Desarrollo Social y del comité de base de Cristalpet (untmra-pit-cnt)

María Eugenia López Verzero

Claudio Furest y un grupo de una docena de trabajadores de la fábrica Cristalpet están al frente de la biblioteca Gerardo Cuesta. Con ese nombre sus promotores bautizaron en 2009 este emprendimiento y homenajearon así «al fundador y forjador de la unidad del sindicato metalúrgico y del movimiento sindical uruguayo».

La fábrica de la calle Servando Gómez 2973, a tres cuadras de Camino Carrasco, ocupa un galpón de casi cien metros de largo, explanadas para depósitos y tránsito de vehículos de carga. Afuera, a un costado y a unos cincuenta metros de la entrada principal, puede verse un contenedor blanco con ventanas. Se trata del contenedor donado por la empresa para la instalación de la biblioteca sindical, emprendimiento del Departamento de Desarrollo Social patrocinado por la empresa, realizado y sostenido por el comité de base.

En este contenedor se reúne una comisión de cultura para organizar talleres de música y otras actividades. Allí funciona la biblioteca y su sala de lectura, abierta al gremio y al barrio de Paso Carrasco. Lo hacen con el fin de mejorar la calidad de vida de un barrio heterogéneo donde conviven habitantes en mansiones de 200 mil dólares con otros resguardados en casas de bloques y techo liviano, en general, «para fomentar el hábito de la lectura en niños y adultos».

El local, un rectángulo de unos ocho metros de largo por tres de ancho, sin baño, alberga un par de mesas con computadoras y sillas, estanterías con dos mil quinientos libros, obtenidos casi en su totalidad por los trabajadores.

En mayo de 2010 el inventario de la biblioteca era parcial, no reflejaba su patrimonio ni los datos completos de cada ejemplar. Una vez que concurrimos a visitarla nos ofrecimos a realizar el inventario completo. En las estanterías encontramos dos áreas: una reservada para libros de estudio, en su mayoría referentes de programas de estudio sin vigencia, y otra con libros de ficción, doctrina y otros temas.

Los volúmenes habían sido comprados por el comité de base y obtenidos mediante donaciones. En agosto, luego de la mediación de Marcelo Rosso, trasladamos unos ochocientos libros, mayormente de ficción, remanente de una biblioteca de la cooperativa de vivienda Covin 2, de Piedras Blancas, ya clausurada, y entregados por José Díaz. Con la

nueva partida, la biblioteca Gerardo Cuesta incrementó su oferta, el inventario que acompaña esta introducción contempla la biblioteca original y la generosa y reciente donación.

La biblioteca tiene ya una respetable estructura y un aceitado funcionamiento. Con todo, son pocos los obreros que concurren a leer a la salita del contenedor, la inmensa mayoría opta por retirar el volumen de su preferencia y leer en su casa. En agosto contaba con 220 socios, de 6 a 60 años, mayormente hombres, realidad que refleja la también preponderancia masculina de la fábrica. De la mayoría de ellos no tenemos datos, al menos no fueron registrados en fichas ni en cuadernos.

Los registros de lectores son escasos y limitados al nombre y al título del libro. Quizás, durante un tiempo, los trabajadores retiraban volúmenes sin dejar constancia escrita y se fiaban de la buena voluntad y la confianza de los compañeros del gremio para asegurar su retorno, de modo que el registro de préstamos no es, en realidad, reflejo alguno del uso de esta biblioteca por parte del gremio. Así, el cuaderno de registro de préstamos solo conserva 39 entradas, los títulos de los respectivos libros y los nombres de 22 lectores, 2 mujeres y 20 hombres. De ellos, 14 están anotados en una sola oportunidad, es decir, retiraron solo un libro. Los restantes usuarios se interesaron por 9 títulos, en un caso; 7 títulos, en otro; otros dos trabajadores retiraron 4 libros cada uno; otro trabajador llevó a su casa 3 y; finalmente, tres trabajadores retiraron 2 títulos cada uno. No sabemos en qué momento se realizaron estos movimientos.

Es preciso reiterar la precariedad de esta lista y de su información. No tiene fecha aunque cubriría el movimiento de préstamos de «los últimos meses», según testimonios de los responsables de la biblioteca. La lista es exigua, producto de un acentuado desinterés del gremio por la lectura de los textos allí reservados y ofrecidos o, como ya se dijo, por no representar siquiera un mínimo segmento del tráfico de volúmenes, mayormente sin registrar.

Es cierto que la inmensa mayoría de los títulos acusan el envejecimiento producido por los años, afectados por el surgimiento de tendencias literarias nuevas que en esta biblioteca aún no han desembarcado.

Por lo anteriormente expuesto, la lista de lectores y los lectores mismos no son ni pueden constituirse en un dato representativo ni en un indicio de los intereses de lectura de los trabajadores de Cristalpet, siquiera de los socios de la biblioteca, casi diez veces mayor al total registrado en el cuaderno referido.

De todas formas, este escueto registro sí refiere al puñado de activistas más cercano y asiduo al centro, aunque no a sus lecturas predilectas. Se trata de sus elecciones realizadas durante un período incierto, entre la reducida oferta de la biblioteca Gerardo Cuesta. Al mismo tiempo, seguramente estos

mismos lectores saciaron sus anhelos literarios en otros textos adquiridos de manera privada.

Un registro más detallado y sistemático de préstamo —y eventuales lecturas— junto con una mayor apertura temática en las nuevas adquisiciones redundaría en una mejora sustantiva del servicio, esto es, una sintonía entre la oferta de volúmenes y sus hipotéticos pretendientes, la totalidad de los trabajadores de la empresa y la totalidad de los lectores del barrio. Satisfacer esta enorme demanda resulta, en cualquier caso, ilusorio, sin embargo, conocer con mayor precisión gustos y tendencias ayudaría a acercarse a sus múltiples requerimientos. Así, una biblioteca futura podría equilibrar la delicada ecuación no siempre binaria, pero compuesta al menos por el doble interés de instituir lecturas, por parte de la institución, y de acceder a otras, por parte de los usuarios. Recortes que implican cánones, abundancias y silencios, y que suponen, en la interacción de las partes, coincidencias, rechazos y transacciones.

Con todo, este centro representa una sana resistencia a la apatía mayoritaria hacia la literatura. Esfuerzo encomiable de un grupo de trabajadores, la mayoría menores de 40 años, que confía en la lectura como un acicate de la cultura y de la superación individual y colectiva.

Biblioteca Gerardo Cuesta. Registro de préstamo de libros

Nota: Los datos que siguen fueron tomados de un cuaderno de notas en el que no hay indicaciones de fechas. En cuanto a los usuarios, o bien se indica el nombre de pila o no se indica información.

Integrantes del comité de base de trabajadores de Cristalpet (UNTMRA-PIT-CNT) encargados de la Biblioteca Sindical Gerardo Cuesta:

Alfredo Garrino, Andrés Casteluco, Ángel Rodríguez, Carlos Malatesta, Claudio Furest, Enrique Collazo, Luis Bianchi, Marcos Álvarez, Mauro Albertoni, Néstor Rotela, Ricardo Silvera, Sebastián Fernández.

TÍTULO	AUTOR, OTROS	USUARIO, OTROS
ACERCA DE MARXISMO LENINISMO	—	LUIS
BREVE DICCIONARIO POLÍTICO	—	CARLOS
CBU, 3.ER AÑO TOMO II	—	PABLO
CHANTAJE EN DIRECTO	RAY THOMPSON	EDGARDO
DEMOCRACIA Y LUCHA DE CLASES	E. [ENRIQUE] RODRÍGUEZ	NÉSTOR
DESPISTES	MARIO BENEDETTI	NÉSTOR
EL FALSO PROFETA	—	MAXI
EL HOMBRE	(VENTURINO)	LOURDES
«EL MOVIMIENTO SINDICAL» (CUADERNO DE NUESTRA TIERRA)	GERMÁN D'ELÍA	MARCOS; CARLOS
EL OTOÑO DEL PATRIARCA	GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ	LUCA
12 CUENTOS PEREGRINOS	GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ	FERNANDO
FUERZA Y SALUD POR LA ALIMENTACIÓN	M. I. FAYARD	CARLOS
HISTORIA II	EDITORIAL SANTILLANA	LUIS
HORÓSCOPO CHINO	LUDOVICA SQUIRRU	ALEJANDRO; ALEJANDRA.
INTRODUCCIÓN A LA SOCIOLOGÍA	A. MARRERO	CACHO
LA CULTURA Y LA REVOLUCIÓN	V. I. LENIN	CARLOS; MARCOS.
LA GENERACIÓN CUESTA DUARTE	CARLOS BOUZAS	JORGE; PABLO.
LA HISTORIA ME ABSOLVERÁ	FIDEL CASTRO	NÉSTOR; LUIS.
LA INTERNACIONAL SOCIALISTA	GEORGES DOUGLAS HOWARD COLE	MARCOS; PABLO.
LA LITERATURA Y EL ARTE	V. I. LENIN	CARLOS
LA ODISEA	HOMERO	RODRIGO
LA PATRIA LATINOAMERICANA	RODNEY ARISMENDI	MARCOS
LA REVOLUCIÓN DEL NEGRO USA	—	MARCOS
LA REVOLUCIÓN EN ESPAÑA	MARX Y ENGELS	COCO
LAS MANOS DEL DÍA	PABLO NERUDA	JORGE
LAS MANOS EN EL FUEGO	ERNESTO GONZÁLEZ BERMEJO	FERNANDO; NÉSTOR.
LATINOAMÉRICA	—	MATÍAS
LA VIDA DEL CHE	JON LEE ANDERSON	ROBERTO
LO CONSEGUIRÁ LUCHANDO	VLADIMIR POPOV	NÉSTOR
LOS MOVIMIENTOS OBREROS EN AMÉRICA LATINA	B. KOVAL	NÉSTOR
LUCHA DE CLASES EN EL URUGUAY	E. [ENRIQUE] RODRÍGUEZ	MARCOS
NUESTRA TIERRA. «MOVIMIENTO SINDICAL»	GERMÁN D'ELÍA	—
PAGAR TRIBUTO AL IMPERIO	FIDEL CASTRO	GUSTAVO
PSICOLOGÍA DE LAS MASAS DEL FASCISMO	W. REICH	GUTAVO; MARCOS; PABLO; NÉSTOR.
EL MATERIALISMO DIALÉCTICO	HENRI LEFEBRE	MARCOS
SALARIO, PRECIO Y GANANCIA	CARLOS MARX	CLAUDIO
UNA TEORÍA SEXUAL	—	MARCOS
UNI 3	—	SERGIO
URUGUAY, DEMOCRACIA Y LUCHA DE CLASES	ENRIQUE RODRÍGUEZ	EDGAR

Cartilla de préstamo de libros de la Biblioteca Gerardo Cuesta del Departamento de Desarrollo Social de la empresa Cristalpet y del comité de base de la UNTMRA.

Dos testimonios de lectores obreros

La lectura, el aprendizaje, la actividad sindical, la familia, los amigos y el barrio, aparecen unidos en las vidas de los dos obreros metalúrgicos que elegimos para entrevistar: Juan Carlos Cedrés y Juan Carlos Fontella. Ellos dan cuenta de la experiencia pasada y presente de la lectura, opinan sobre la relevancia de este hábito para el trabajador. Por momentos parecen estar hablando desde un volumen de historia: «En mi casa el diario de la tarde llegaba todos los días», dice Cedrés o de esfuerzos olvidados: «Leía de noche, si no ¿cómo podías conversar con los compañeros?», confiesa Fontella. En realidad, hablan de un universo que impregnaron en sus voces y que transmiten a las nuevas generaciones porque saben de sus valores y de su utilidad. Saben que un trabajador ilustrado cuenta con un mejor e inapreciable instrumento para su liberación.

Juan Carlos CEDRÉS

Tuve una época donde leía las novelitas esas de vaqueros que las cambiaba en la feria de Peñarol.

Entrevista: Marcelo ROSSO

Juan Carlos Cedrés tiene 60 años y es hijo de un trabajador ferroviario y de una empleada doméstica que, además, hacía costuras a domicilio. A los 15 años comenzó su experiencia como trabajador industrial, primero en la General Electric trabajando seis horas y estudiando dos, «con eso te ibas acostumbrando a las ocho». Cambió varias veces de trabajo hasta que ingresó a funsa en 1971. La Huelga General de 1973 lo encontró como integrante de la directiva del sindicato. Militaba en el Partido Socialista. En 1978 fue requerido por las Fuerzas Conjuntas, pero pudo salvarse de la detención tras la eficaz advertencia de un compañero. Entonces decidió «aprontar el bolsito y salir». Emigró, primero a Brasil por tres meses, y luego, a Suecia por ocho años. «Hasta que nos dijeron que podíamos volver. Nosotros siempre tuvimos claro que estábamos de tránsito». Regresó en 1986 y fue restituido a su puesto de trabajo, poco después se desempeñó en la industria metalúrgica como tornero. Lee desde niño y mantiene, con tesón, el hábito de la lectura. Lo hace por placer, para formarse y «para conocer el mundo».

Marcelo Rosso: ¿Cómo se llamaba la empresa, que ahora es cooperativa, y cuántos años hace que trabajás ahí?

Juan Carlos Cedrés: La empresa se llamaba Tecnoluce S. A. y, a partir de una decisión empresarial de ir abandonando la parte metalúrgica —hacíamos máquinas para el envasado de leche—, el dueño sacó cuentas y comenzó a producir partes en otro lado. Comenzaron las retenciones de sueldo, de licencias, desmotivando la

presencia. Hubo un período largo de discusiones, hasta que ocupamos la planta. En mayo de 2010 comenzó el proceso de la cooperativa que lleva el nombre de un compañero soldador que falleció, por eso se llama Cotraydi (Cooperativa de Trabajo Yuri Díaz). Actualmente somos unos quince compañeros cooperativistas y yo hace ocho años que trabajo ahí.

M.R.: ¿Tu oficio es tornero?

J. C. C.: Yo me hice tornero acá, pero en realidad manejo todas las máquinas del taller. En general, siempre le disparé al torno por ser una máquina que esclaviza al trabajador. Terminé trabajando en uno y me quedé ahí (risas).

M. R.: Vos sos una persona que demuestra interés por los libros. Es una inquietud que viene de antes, por ejemplo ¿a vos te leían libros cuando eras chico?

J. C. C.: No, no recuerdo eso.

M. R.: ¿Había hábito de lectura en tu casa?

J. C. C.: Sí, sí, había, pero no me leían, es decir... yo me acuerdo que en los cumpleaños siempre andaba en la vuelta algún libro. Recuerdo que había una colección de Robin Hood, de tapas duras, amarillas, era una muy linda encuadernación y con una cubiertita de papel... una cosa muy prolija, era una colección muy promocionada en esa época. Ese era un elemento de regalo cada tanto. Mi padre leía... se jubiló cuando yo tenía siete u ocho años y había una pequeña biblioteca... después, creo que yo empecé a leer esos libros.

M. R.: Se podría decir que esos fueron tus primeros contactos con la lectura.

J. C. C.: Sí, supongo que sí. También tuve una época donde leía las novelitas esas de vaqueros que las cambiaba en la feria. Mi viejo leía mucho eso y yo también. A veces iba a la feria de Peñarol y las compraba por unos vintenes.¹⁴

M. R.: ¿Qué edad tenías entonces?

J. C. C.: ¿Qué te puedo decir...? Tiene que haber sido entre 5.º y 6.º de escuela. Digo porque me acuerdo que uno de esos libros estaba nuevito y se lo regalé a un amigo que no era del barrio y sí de época escolar. No tenía plata para el regalo, así que dije: «Tomá esto y *ta*». Hay también otro hecho, no había televisión en casa. La TV la compré yo con mis primeros sueldos, a los 15 años. Tampoco en esa época yo

¹⁴ Es probable que se tratara de las colecciones de la Editorial Bruguera de Barcelona, populares en la década del 50, impresas en Avellaneda, Buenos Aires, en formato pequeño, de 10,5 por 15 centímetros, tapas de colores y hojas rústicas. La Colección Bisonte incluía, por ejemplo, *Tierras del norte*, de Henry S. James, *Guerra tras guerra*, de Fidel Prado, *El rebelde enmascarado*, de Raf Seggram, entre decenas de títulos. La Nueva Colección Búfalo fue abierta en 1954 con *Tierra maldita*, de A. Ralcest. Cada tomo incluía una historieta. (Nota de D. V.)

miraba mucha televisión, empecé a trabajar de día y a estudiar de noche. Además de ir creciendo y comenzar con alguna salidita (risas). Muchos programas pasaron de largo para mí, después me casé y tampoco teníamos televisión... seguíamos leyendo (risas).

M. R.: Hoy en día, ¿alguien te lee o tú le lees a alguien?

J. C. C.: No, nadie me lee, y le hemos leído algo a los gurises, pero antes estábamos más acá, leíamos alguna cosita, pero no tienen mucha paciencia para eso. Hoy por hoy no, a veces se engancha algún nieto con esos libros del fútbol que vienen para ellos.

M. R.: ¿Cuál ha sido tu criterio de selección y cuál tu temática preferida en la lectura? ¿Ha sido una lectura formativa en lo social, en la actividad política y sindical?

J. C. C.: Sí... un poco formativa, un poco. Porque mi militancia también se desarrolla en una época en que la pelea política estaba a la orden del día. Si uno compara los que eran dirigentes en ese momento y cuando nosotros éramos gurises, sin duda que tenían una formación muy superior a la de nosotros, pero si yo comparo esa edad mía de militancia con la de los gurises militantes de ahora, mi formación era mayor, creo que nosotros leíamos mucho más, pero leíamos menos que, por ejemplo, José Díaz, Gargano... toda esa gente. Ellos se formaban con la lectura. Nosotros éramos los más *cortitos* y, además, había que salir ya a hacer algo, fue más de acción la cosa. También tenía algunas actividades exclusivamente políticas, en ese caso creo que sí fue más formativa. Después uno iba leyendo lo que le cayera en las manos.

M. R.: ¿Y el criterio de selección?

J. C. C.: Uno *va pescando*, nosotros ahora no compramos libros, los van regalando. A veces los libros prestados los dejás de lado, a otros los leemos. Voy viendo... por ejemplo de Benedetti sí he leído algunos: *Gracias por el fuego*, *La tregua*, *Montevideanos*. Leía también a Morosoli; a Galeano, por supuesto, Las venas abiertas... las tuve que leer porque todo el mundo lo hacía. Después hubo una época en la que comprábamos algunos libros, no recuerdo los autores, pero era la colección de escritores latinoamericanos, una que tenía una tapita verde, pero perdí todas esas cosas cuando entré a andar en el barco (risas). Antes había leído novelas de aventuras, *Los tres mosqueteros*, cosas que tenía el viejo. Pero, en realidad, no he seleccionado mucho en mi lectura. Ahora que no tenemos plata para viajar me gustan más estos libros que te ubican en un lugar en la historia, te comunican las diferentes formas de vida, las cosas que pasan, por ejemplo la de Maluco. (Novela del escritor uruguayo Napoleón Baccino Ponce de León).

M. R.: ¿Te acordás de quién era Maluco?

J. C. C.: Es un payaso que vino con la expedición de Magallanes. Como quiere cobrar una pensión tiene que demostrar que él estuvo en ese viaje, entonces cuenta todo sobre la expedición. A mí me encanta, es decir, me gustan cosas de ese tipo.

M. R.: ¿Entonces podemos decir que tu preferencia literaria tiene que ver con las novelas históricas?

J. C. C.: Sí... podría ser. Mankell, el sueco se mete con los personajes, la trama te engancha. Te va diciendo cómo vive la gente. Además, como nosotros también vivimos en Suecia, me interesa un poco más. Otro que también me gusta es el siciliano Camilleri. Me gusta porque, además de estar buenas sus novelas, me da las recetas de comidas (risas). Sí... sí, es un milico que te muestra cómo va haciendo el personaje, cómo negocia, cómo se mueve en el poder y en un momento determinado se va a comer y te comienza a contar como se hace esa comida. Son novelas policiales, siempre está en conflicto con su jefe, con la mafia, con los personajes y hasta con él mismo. También algunas de Saramago y de otros que no sé ni de quienes son.

M. R.: ¿Habría que hacer una separación entre la obra y el autor que la creó?

J. C. C.: A mí en general ni me preocupa el nombre del autor, salvo que lo vaya a seguir. Sí me interesa el contenido. Yo leí algunas cosas de Vargas Llosa que me gustaron mucho *La ciudad y los perros*, es una denuncia que hace, como Pantaleón... Nunca leí más que alguna cosita de Borges, porque me decían que no. Lo que pasa es que no me interesa desde el punto de vista de ser un erudito, además, la formación de la utu no incluye estas cosas.

M. R.: ¿Había formación humanística en la utu?

J. C. C.: ¡No! Cursito rapidito y que se inserte en el mercado laboral. Con esa política te hacen más ignorante, porque el sistema funciona así y, además, la gente misma demanda que sea así. ¿Qué vamos a hacer con Educación Cívica?! ¿con Historia?! Déjate de eso que yo quiero ganarme unos mangos y ta. Además los gringos dicen... «Te prestamos plata... pero haceme cursos donde estés rapidito laburando en el mercado».

Las luchas obreras lamentablemente no están escritas.

M. R.: ¿Qué papel debería cumplir la literatura en la vida de un obrero?

J. C. C.: A veces encontrás algún librito que tiene que ver con las marchas obreras, con la fuga de Punta Carretas y [con] cómo los argentinos inauguran el *Condorcito* ese, con dos o tres desaparecidos, los mandan los milicos de acá para allá y nunca más aparecen. De pronto, te olvidás del autor o del título, pero el mensaje queda.

Esto es lo que deberían de tener los trabajadores, los activistas, sobre todo para poder transmitir, que no todo empieza hoy, que hay una historia, pero si nadie anota se pierde porque no hay interés en transmitirla, solo en la manija del poder *el que sabe es uno* y con esto se genera un desinterés importante. Hay experiencias por todos lados de luchas obreras y lamentablemente no están escritas. Ahora nos tiran en la UNTMRA que vamos a la Huelga General y los trabajadores ni idea. Y bueno, que la literatura sirva para eso también, que les diga que la huelga no es un invento de ahora. La literatura es importante en un obrero, con la literatura puedes volver sobre la experiencia, sobre lo dicho, vuelvo a la página de atrás y subrayo. Hablamos de la literatura con contenido.

M. R.: ¿Qué papel tuvo la lectura en el exilio?

J. C. C.: En esos ocho años, no tuvo un papel muy importante, leía algo. Se estuvo más bien en la actividad, en cómo se iban viviendo las cosas acá en Uruguay. Leía algunos periódicos que no conocía. También había colonias de diferentes lugares y llegaba material de Bolivia, Perú, Nicaragua, de toda América Latina, todo muy político, conseguíamos unos boletines que traían cantidad de información. No leí muchos libros, sí, cuando me operé de la rodilla, me acuerdo que leí a *Pantaleón y las visitadoras* (de Mario Vargas Llosa) que estuvo sensacional porque para mí tenía que ver con los milicos de acá. Pantaleón estaba en la joda y después no lo podían sacar, porque se creyeron que iba a hacer mejor las cosas (risas). Sí, conseguíamos algunos libros para los gurises. Pero no recuerdo que fuera una época de gran lectura.

M. R.: Cada vez es mayor la oferta de entretenimientos televisivos y de actividades para hacer en internet, sin embargo, vos mantenés el hábito de la lectura, ¿por qué?

J. C. C.: En lo personal, encuentro en la lectura cosas puntuales que la televisión no me las da. Además de ser un hábito, muchas veces leo porque me desenchufo. Ahora me acuerdo que leí a Mario Delgado Aparain, *No robarás las botas de los muertos*, ahí hay cosas de historia, lugares, paisajes. En la televisión sale así nomás la información, en una novela te enterás cómo nacen, cómo viven, los vínculos, cómo trabajan, cómo participan de sus fiestas... hay otras cosas que a mí me las dan los libros y que no se encuentran en otros lugares. Hoy por hoy me motiva eso, seguir conociendo el mundo. Que las cosas no son como te las muestran. También es un entretenimiento y una forma de evadirse. Leer me gusta más.

M. R.: Se dice que en épocas pasadas se leía más y mejor: ¿compartís esa opinión?

J. C. C.: Si se leía más, no sé bien, depende en qué sector. Me parece que la oferta es mayor ahora, es más fácil saber lo que hay hoy, te podés enterar de la obra de

un japonés, de un judío o de un polaco. Antes de pronto solo llegaban los clásicos, los que hacían fama en Europa.

En mi casa el diario de la tarde llegaba todos los días.

M. R.: ¿Y la calidad?

J. C. C.: Hay de todo, ¿no? Supongo que siempre hubo de todo. Yo de chico leía pila las selecciones, siempre compraba y leía los yanquis y cantidad de cosas, relatos, cuentos... Sí, capaz que se leía más, por ejemplo en mi casa el diario de la tarde llegaba todos los días.

M. R.: ¿Qué creés que pase con el objeto libro?

J. C. C.: Es difícil saberlo, ojalá siga existiendo porque uno se acostumbró, es un hábito, con el libro te vas para el monte, a la cama y está ahí. Es difícil porque si en otro formato aparece el mismo contenido es probable que una parte de los usuarios se deriven, no sé si mayoritariamente o no. Espero que no. Quedará como rareza, como cosa exclusiva. Yo no puedo leer si no tengo papel impreso, en la computadora no puedo, me fatiga, no me concentro si son cosas medio largas. Lo que hago con algún articulito es imprimirlo. Eso es lo que me pasa a mí. Con estos gurises ya es otra cosa, se acostumbraron a manejar la pantalla. Nosotros antes con la revista íbamos hojeando. Ahora se acostumbran de otra manera, pareciera que el libro es más completo, por más que se dice que ahora podés interactuar y modificar, que es como lo hacíamos nosotros, que era subrayar, con anotaciones al costado, dedicatorias... no sé. Después ya no sé, si es que económicamente lo rodean de tal manera que lo terminan de eliminar, ahí hay una interrogante. El libro tiene todo un agregado para nosotros... para mi vieja, los libros todavía son objetos de regalos.

Juan Carlos FONTANELLA

Si vos no leés y no te ilustrás te van a meter adentro de una bolsa y te vas a quedar trancado adentro de esa bolsa.

Entrevista: Daniel VIDAL y Marcelo Rosso

El último día de clases en la escuela, Juan Carlos Fontella comenzó a trabajar. Ese año se inauguraba la década del cincuenta y la gloria del Maracaná. Fontella cumplía sus 12 años cuando se enfrentó con uno de los principales retos de su vida: el oficio de fundidor. Su familia se había asentado en La Teja, hacia el lado de Nuevo París, y se componía de dos hermanos más y su padre que trabajaba en la UTE, hoy fallecidos. A mediados de los años 50 estalló la huelga y ocupación de Ferrosnalt. Fontella y una banda de adolescentes se entretenían llamando la atención de los

guardias militares en una punta de la cuadra para que el Bebe Albertino, desde la otra, boleara paquetes de comida por encima de los muros de la fábrica. En 1957 empezó su itinerario en la industria metalúrgica en la fábrica Inleta Metal de la calle Humboldt. Siempre militó en el sindicato: responsable de zonales, integrante de la dirección nacional, y en la política, en el Partido Comunista del Uruguay. Su vida fue la familia y la militancia. Hoy sus recuerdos son un espinel de compañeros, fábricas y acciones. Su mundo fue el sindicalismo, la lectura, un instrumento para la acción. De ahí que, salvo las revistas de cómics y, luego, las crónicas de fútbol, los textos doctrinarios y políticos fueron durante años casi excluyentes en su repertorio de lecturas. Fontella es el prototipo del lector doctrinario.

Daniel Vidal y Marcelo Rosso: ¿Aquí vivís con tu familia?

Jun Carlos Fontella: Nací aquí al lado, en esa casucha (muestra por la ventana una casa de techo bajo con una o dos piezas). Después construimos esta casa donde estamos ahora, Carlos Tellier 4839. Aquí nacieron mis tres hijos, ahora son grandes, hicieron sus vidas, sus familias. ¡Fijate que ya tengo tres bisnietos!

D. V. y M. R.: ¿De niño tenías costumbre de leer en tu casa?

J. C. F.: No. Nada más que los diarios y revistas de chistes, de historietas. Los *Patoruzito*, los *Billiken*. Yo terminé la escuela y empecé a trabajar en una fábrica de pastas, después en la Tablada, donde entraba el ganado para los frigoríficos. Ya tenía 15 años. Todo esto era campo y esta zona de La Teja era proletaria. Acá estaba la fábrica de vidrios, Viplan, todavía no se conocía Codarvi, la fábrica Bao, el frigorífico Castro, en Nuevo París estaban las curtiembres, la metalúrgica Ferrosfalt con 500 trabajadores.

D.V. y M. R.: ¿Qué leías de adolescente?

J. C. F.: A esa altura mucho no se leía. Normalmente era el «pico a pico». Se escuchaba mucha comedia, radioteatro.

D. V. y M. R.: ¿Qué literatura leían los sindicalistas en los años sesenta?

J. C. F.: En el colectivo sindical hacíamos una suscripción a la editorial, Pueblos Unidos, en 1968. Teníamos muchos socios. Leíamos los libros de esa editorial.

D. V. y M. R.: ¿Qué autores?

J. C. F.: Tolstoi y *Los cuentos para niños*. Marx y Lenin se leía mucho, las obras escogidas. Leíamos mucha literatura de partido. La revista *Estudios*, que escribía José Luis Massera, que era una pluma exquisita. El desarrollo que te hacía de los distintos temas era formidable y te enseñaba un vocabulario para expresarte vos que lo incorporabas, ¿viste? A veces te decía lo que quería decir una palabra. ¡Ahora usan

palabras que no sé...! El *lumpen*... nosotros decíamos *desclasado*, «el que no se interesaba por nada».

D. V. y M. R.: ¿El sindicato tenía biblioteca?

J. C. F.: No teníamos. El sindicato primero tenía una casilla, después, se formó una comisión para comprar la casa que todavía existe hoy (en Luis A. De Herrera 3972). Logramos el seguro de enfermedad, la caja de asignaciones familiares, el salario, eso era lo que calaba en los trabajadores. En los años en que yo estuve en el sindicato no hubo biblioteca, y mirá que estuve un largo rato.

D. V. y M. R.: ¿En tu casa tenías biblioteca?

J. C. F.: Tenía un baúl lleno de libros. Mirá lo que pasó... me quedé con una pena tan grande que hasta ahora la siento. A mí me detienen el 2 de octubre de 1974. Voy a parar a Inteligencia y Enlace y me encuentro con unos compañeros metalúrgicos, uno de apellido Arias, y les pedí que avisen a mi hermano. Habían hecho una ratonera en mi casa. Por esos días mi hermano decidió quemar los libros, hizo una fogata y quemó también boletines, periódicos, una pila de papeles.

Leíamos El Popular... ¿Marcha?... No.

D. V. y M. R.: ¿Leías novelas de entretenimiento?

J. C. F.: No, lo mío era más doctrinario y sindical. Lo que leíamos era el diario *El Popular*. Yo venía a casa con *El Popular* abajo del brazo. A veces leía otro diario, el diario de la noche para saber un poco de fútbol (risas).

D. V. y M. R.: ¿Y el semanario *Marcha*?

J. C. F.: (Se queda serio)

D. V. y M. R.: Te cambió la mirada...

J. C. F.: (Entre risas) ¿Ustedes son de *Marcha*?

D. V. y M. R.: No, somos profesores y estudiantes de literatura. ¿No leías *Marcha*?

J. C. F.: No (risas).

D. V. y M. R.: ¿En el sindicato tenían algún grupo de estudio, de lectura?

J. C. F.: No, era individual. Un grupo teníamos la costumbre de llegar de tarde al sindicato. Nos sentábamos en rueda alrededor de un árbol en el patio y conversábamos. Todo era más abierto, de encuentro personal.

D. V. y M. R.: ¿Tenían boletines sindicales?

J. C. F.: El UNTMRA sacaba un *periodiquito*, un boletín que se repartía para toda

América. Estaba Camors en propaganda. Rosario (Pietrarroia) estaba como secretario para América Latina de la UIS-Metal, y traía mucho material. Pastorino... si a vos te digo: «Pastorino», ¿me podés decir algo?

D. V. y M. R.: No.

J. C. F.: (Sonríe) Pastorino, presidente honorario de la Federación Sindical Mundial. Fijate, tuvimos gente que militó a nivel mundial.

D. V. y M. R.: Con todo ese tiempo dedicado a la militancia y al trabajo, ¿cuándo leías?

J. C. F.: En la noche. Y si no, ¿cómo podías conversar con los compañeros? Yo digo que la clase obrera es lo más honesto y lo más virgen donde se puede trabajar, es la única clase que no tiene nada que perder y todo para ganar.

D. V. y M. R.: ¿La acción sindical y la lectura van de la mano o la lectura es solo un complemento?

J. C. F.: Si vos no leés y no te ilustrás te van a meter adentro de una bolsa y te vas a quedar trancado adentro de esa bolsa.

CAPÍTULO 4

LA PRENSA PERIÓDICA

DANIEL VIDAL

LOS PERIÓDICOS DE LA UNTMRA Y EL ESPACIO PARA LA CULTURA

El periódico es para cualquier institución asociacionista: origen, referencia y estímulo de su quehacer organizativo.

Posee la potencia representacional de la voz colectiva y, a veces, individualizada. Espacio singular, el periódico es, siempre, un *vocero* del sindicato y del trabajador. Se trata de un testimonio impreso con el que podemos delinear los contornos del movimiento obrero, junto a las actas de congresos y de directivas, a las memorias de dirigentes —escasísimas— y a entrevistas. Es, también, el registro del discurso más interesado. A su lado, más disperso pero constante y, a veces, complementario, se despliega un repertorio de hojas volante y folletería de toda índole. Un repertorio aglutinado en su condición retórica de propaganda.¹

1 La prensa obrera y obrerista fue crucial en el desarrollo del movimiento sindical en sus orígenes. El primer periódico de esta condición fue *El Internacional* (1878), al que siguieron decenas de otros de frecuencia variable. Un panorama de 51 periódicos obreros y obreristas editados en Uruguay entre 1878 y 1905 puede consultarse en Zubillaga-Balbis, 1986. La lista ofrecida por estos investigadores debe ampliarse con otros periódicos de tendencia anarquista y con clara vinculación sindical siguiendo los archivos del International Institute of Social History de Amsterdam y el relevamiento de la prensa anarquista de América Latina hasta 1914 realizado por Max Nettlau y publicado en 1927, entre otras fuentes. Entre los estudiosos que refieren a la prensa obrera cabe citar a Arturo Scarone (artículos publicados entre 1940 y 1944 en la *Revista Nacional*), Carlos M. Rama (*Obreros y anarquistas*, Editores Reunidos y Editorial Arca, Enciclopedia Uruguay n.º 32, 1969. «La cuestión social», en *Montevideo entre dos siglos (1890-1914)*, Cuadernos de Marcha, Montevideo, n.º 32, febrero 1969); Francisco R. Pintos (*Historia del movimiento obrero del Uruguay*, Montevideo, 1960); Alfredo Errandonea y Daniel Costábile (*Sindicato y sociedad en el Uruguay*, Montevideo, Biblioteca de Cultura Universitaria, 1969). Desde Argentina es inevitable el estudio de Mirta Lobato (2009), al enlazar la prensa obrera de aquel país y del Uruguay.

Aunque consabida, es necesario dar cuenta de esta condición funcional del periódico sindical dentro de un repertorio de objetivos y funciones que con ella se imbrican: los periódicos obreros atienden varios frentes al mismo tiempo, procuran «informar, educar, concientizar y denunciar las injusticias, la opresión», o, mejor dicho, buscan contrainformar, exponen un fin pedagógico y una función terapéutica: liberar las mentes obreras de los vicios y los antivalores dominantes y burgueses inyectados al ciudadano a través de la escuela, la iglesia y los periódicos de la burguesía (Lobato, 2009, pp. 33-459).

Pero entre estas prioridades la organización y concientización de los trabajadores eran excluyentes. La cultura, en especial la literatura, no era vista como afín al mundo sindical, a menos que fuera operativa o temáticamente acorde a lo delineado por la agenda gremial. Esto es, el espacio destinado a la poesía y a la narrativa, a los festivales artísticos, a la actividad de la biblioteca, a la acción del grupo teatral u otros. La cultura ocupa un lugar secundario en relación a la propaganda o a la acción sindical en procura de mejoras salariales y de condiciones de trabajo, en relación a la tarea organizativa. Evidencia paradójica: el trabajador sindicalizado se enorgullece de poseer una *cultura obrera*, pero, al mismo tiempo, identifica esta cultura con el segmento reservado a una actitud y una interpretación de la vida y de la sociedad, a comportamientos y a valoraciones en los que la ideología se filtra y se envuelve en significaciones que solo después de muchos años el operario de un taller está capacitado para descifrar. Esta cultura obrera tiene que ver con productos intelectuales tradicionales, pero esos productos no la definen. Si bien existen, participan de otros espacios: el popular, el de la cultura institucional, incluso el de la cultura de elite. Sin embargo, aquella cultura entendida como forma de vida antes que como una esencia a la que responde o de la que se desprenden objetos culturales se palpa y se vive. Hoggart entiende que «vivir como clase trabajadora implica pertenecer a una cultura omnipresente, una cultura que tiene una forma y un estilo, como los que se atribuyen a la clase alta». Esta cultura se expande al comportamiento, a la gestualidad, a los rituales: «Un trabajador no sabría seguir las reglas de una cena de siete platos y un hombre de clase media alta, en una reunión de personas de clase trabajadora, se vería extraño en su forma de conversar (en el ritmo de la conversación, no solo en el tema o en el vocabulario)» (Hoggart, 2013, p. 60).

Este desplazamiento de la relevancia de la cultura, en el sentido del vínculo entre el individuo y el saber universal hacia la cultura en su esfera social y antropológica, significó muchas veces la anulación. De hecho, una cantidad considerable de ejemplares de periódicos sindicales no dedican una línea a la información cultural específica. Sin embargo, la nota cultural en el segundo sentido aquí convocado aparece en la prensa obrera desde los orígenes del movimiento sindical uruguayo, a fines del siglo XIX y es, además, una constante a lo largo de su historia. Entonces,

el comentario de un libro, de un espectáculo o de un festival con números artísticos u otras formas, convocado por el gremio, aparecen con más o menos constancia, pero siempre con un sesgo marginal en la prensa de los gremios de trabajadores metalúrgicos que hemos podido relevar.

Un relevamiento

Para obtener un panorama de los periódicos del sector y un estudio de sus contenidos, las fuentes a las que hay que recurrir son exiguas. Las asociaciones de trabajadores metalúrgicos se remontan a fines del siglo XIX y, en varias oportunidades, la acción sindical estuvo acompañada de un boletín o de un periódico pero, para el estudio aquí planificado, redujimos nuestro relevamiento al período comprendido entre el año de la unificación sindical, 1946, hasta el año previo a nuestra investigación, 2010.

Recurrimos a dos repositorios: la Biblioteca Nacional y el archivo de la UNTMRA.

En la Biblioteca Nacional pueden consultarse los microfilmes de los periódicos *El Metalúrgico* (tres ediciones del año 1946) y *Clase Obrera* (1949-1953; 47 ejemplares), vocero extraoficial del gremio metalúrgico.

En el local central de la UNTMRA existe un reducido archivo en un armario de la sección Prensa y Propaganda, donde el gremio conserva algunos ejemplares de los boletines *UNTMRA-PIT-CNT UIS-Metal* (1984-1990), del *Informe Metalúrgico*, enseguida denominado *Informe del Metal y Afines* (1993) y del periódico *Forjando* (1995-2010), resto que sobrevivió al archivo mayor, el que sufriera hace pocos años un atentado de parte de intrusos que al parecer pretendieron ingresar para robar el local.²

Este corpus recorre varios períodos de los 60 años de existencia del sindicato de trabajadores metalúrgicos. Sin embargo, los huecos son notorios, en especial por los 20 años que van de 1953 a 1973, sobre los cuales no tenemos noticias de periódicos de este sindicato, y por las ediciones faltantes en las colecciones referidas, en especial la primera, correspondiente a *El Metalúrgico*, y la última, de *Forjando*, aunque en este caso en menor magnitud.

Estos son los periódicos del gremio metalúrgico que hemos podido consultar. A su vez, sabemos de la actual o reciente existencia de boletines de comités de base de trabajadores de empresas, como *La Grúa*, del comité de base del ACU; *El Volante Informativo*, del comité de base de Oferol-Citröen (editado, al menos, en 1999); y *El Boletín*, del comité de base de Piuma S. A., por citar algunos ejemplos. Esta práctica de medios de difusión sectorial por empresa, generalmente de formato menor y

² Durante el incidente fue quemada la habitación que da al patio de la casona de Luis A. de Herrera 3972 y en la que se encontraba el archivo de la UNTMRA, de acuerdo con información brindada en 2011 por Juan Murchio, secretario de Prensa y Propaganda.

limitados a la información inmediata de la situación laboral del comité de base, seguramente se extienda a otras empresas, pero en este estudio no las hemos considerado. En otro ámbito de la propaganda, como el de las emisoras de radio, cabe mencionar el programa denominado *La Herramienta*, a cargo de trabajadores de la empresa Tubacero (de Coronel Raíz casi Millán), con la conducción de Juan *Chiche* Murchio, secretario de propaganda de la UNTMRA. El programa es transmitido en vivo los días miércoles de 16.00 a 17.00 por Iniciativa FM 88.9, una radio comunitaria del barrio Sayago con sede en el Ateneo Iniciativa, de Cno. Raffo casi Millán.

Los ejemplares de la prensa sindical relevados permiten visualizar algunas constantes. En primer lugar, la prevalencia de un discurso que por su terminología, su énfasis, sus alusiones y su circunscripción ideológica está escrito pensando en un público lector trabajador y sindicalizado. El lenguaje cómplice rotula este convenio entre trabajador-periodista y lector que, aunque resulte obvio, hay que ratificarlo: se trata de un individuo de la misma condición social e integrante de la misma organización. Hasta donde sabemos, al menos en la UNTMRA, no ha habido periodistas u otros profesionales ajenos a la industria, es decir, contratados para escribir en los periódicos sindicales.

En cuanto a los contenidos, queda ratificada la ya mencionada predominancia de informaciones sobre el acontecer inmediato del trabajador, sobre las movilizaciones en procura de objetivos salariales y firma de un convenio colectivo y otras notas sobre la realidad de la industria. No hemos encontrado notas sobre las profesiones de los trabajadores de la industria —diversificada en las ramas metalúrgica, plástico, automotriz, minería y otras—, es decir, el periódico ratifica, en sus niveles informativo, propagandístico y en su escritura, las condiciones de un medio de difusión del acontecer sindical, sin incurrir en perfiles didácticos.

Todo lo anterior conforma un discurso privativo de un sector de la clase trabajadora, no monolítico ni homogéneo, salvo en sus trazos sustantivos. La voz representada en los periódicos de la UNTMRA es la voz de los trabajadores enfrentados a los intereses del capital. Este es un discurso de identidad y de confrontación que emerge de intereses de clase contrapuestos a los de la *patronal* y la *burguesía*.

Un estudio más detenido de este discurso debería delinear sus vertientes y sus fronteras. Por ejemplo, discutir si lo antedicho alcanza para catalogar el discurso de estos periódicos como antisistémico y, por ende, alternativo a los discursos periodísticos circulantes y contemporáneos a aquellos.³ Tal como recuerda Mirta

3 La diferencia es notoria respecto a igual realidad de los periódicos obreros y obreristas de fines del siglo XIX y principios del XX y la prensa liberal o sistémica de esa época. Tal como analizan Zubillaga y Balbis (1986, pp. 11 y ss.), entonces sí podía hablarse de prensa obrera *alternativa* por su decidido discurso antisistémico. Téngase en cuenta, además, que el panorama de los periódicos obreros y obreristas incluía una fuerte presencia de tendencias anarquistas, único sector de pensamiento que proponía la eliminación del Estado y del capital, la sustitución radical del sistema económico y social imperante.

Lobato, la prensa sindical tiene, entre otros componentes que la identifican, la interpelación directa al trabajador sindicalizado, la búsqueda militante de una sociedad opuesta a la sociedad capitalista y su condición estricta de prensa obrera que la separaba de la prensa partidaria de aglutinamientos ideológicos afines a los trabajadores. Esta última condición descansaba, y descansa, en dos premisas que los grupos partidarios no pueden cumplir: está escrita y realizada por asalariados de una rama de la producción industrial o del sector servicios y expresa las aspiraciones de sus organizaciones.⁴

A modo de ejemplo, entre la palabra de *Clase Obrera* y *Forjando* existen diferencias: mientras el primero se autodefine «vocero de un proyectado sector político de extracción obrera —Partido Socialista Obrero—» y, desde allí, se erige en vocero extraoficial de los gremios, en especial el metalúrgico; el segundo era el vocero oficial de la UNTMRA y por lo tanto reflejaba las opiniones y acontecimientos sindicales sin detenerse en adscripción política. A su vez, el primero fue editado durante gobiernos nacionales del Partido Colorado y por tanto el nivel de confrontación queda incrementado por esta notoria disparidad de interlocutores. *Forjando*, en su última etapa, fue editado durante el primer gobierno del Frente Amplio y la coincidencia ideológica de este partido con la mayoría de la dirección de la UNTMRA atemperó el discurso sindical, ahora confrontado de manera exclusiva a la patronal, pero no a las autoridades nacionales. Es notoria, además, la participación de exdirigentes sindicales entre las jerarquías del Ministerio de Trabajo, realidad que no elimina, pero atenúa aún más, el escenario de confrontaciones discursivas.

El sindicato y la cultura

En los periódicos resalta la presencia minoritaria, pero más o menos constante, de informaciones o notas referidas a las fiestas celebradas por el sindicato con números artísticos —cantantes, recitadores, otros—, al teatro, al cine, a la literatura y al carnaval.

En la década del 40, las actividades culturales eran organizadas por las comisiones juvenil y de cultura. Una nota del periódico *El Metalúrgico* refiere a la importancia de las actividades deportiva, cultural y social y relaciona así las acciones que puedan desprenderse con estos tres ítems.

Cuando la cultura estuvo presente en actividades festivas lo hizo imbricada con el entretenimiento. De esta manera, y dadas las características del encuentro en cuestión, los asistentes podían disfrutar del canto y del baile y en la misma fiesta apreciar la proyección de un filme italiano o el recitado de poesía.

4 Lobato, 2009, pp. 16-17.

Luego, algunas notas reflejan la opinión de los dirigentes sindicales respecto al fenómeno artístico. Los voceros de *Clase Obrera* entienden que existe un arte de o para los trabajadores y un arte de la burguesía y, en este último caso, se identifica con la frivolidad del cine hollywoodense de inicios de los años 50.

Esta impronta ideológica fue patente al defender y promocionar el teatro del elenco de la institución teatral, El Galpón, en 1952, al que identificaron como un teatro «clasista y revolucionario» contrario al «convencionalismo obsecuente del arte instrumental de la burguesía»,⁵ y, meses después, al condenar la censura de parte de la prensa batllista (*El Día*) al cine soviético.⁶

El repertorio de informaciones, notas, opiniones y otras referencias culturales señala el cruce entre productores y obras provenientes de los sectores populares y los sectores medios y letrados de la sociedad. En términos siempre odiosos por su esquematismo, aunque ilustrativos, se trata de un cruce entre la alta y la baja cultura.

Así, las fiestas de los metalúrgicos tuvieron números de títeres, conjuntos musicales con *Cantares del Caribe*, guitarristas y cantores gauchescos y, al mismo tiempo, un tenor y un filme del cine italiano.

En relación con la poesía aparecieron piezas y citas de Pablo Neruda, Bertolt Brecht y Erich Fried. En narrativa, ubicamos un comentario de un trabajador sobre la obra del escritor portugués, José Saramago, y la reproducción de una nota del escritor uruguayo, Eduardo Galeano. El popular mundo del cómic estuvo representado por una nota de Julio E. Suárez, *Peloduro*, y el Carnaval, por una información panorámica sobre las murgas montevideanas.

También el teatro fue en alguna instancia punto de atención. El sindicato organizó una función especial del sainete *Juancito de la Ribera*, de Alberto Vacarezza en la sala de El Galpón, y otra de la comedia *Sarita y Michelle*, de Eduardo Sarlós, esta vez en el local sindical, acciones que se suman a la anterior apuesta a concurrir a las funciones regulares del grupo galponero, medio siglo antes, y a la existencia, en los años 40, de un elenco de actores que constituía el cuadro artístico sindical, del que no tenemos más datos que su existencia.

En la zona híbrida entre cultura y entretenimiento se ubica la página de acertijos, crucigrama e informaciones varias incluida en una edición de *Forjando*.

Este panorama está referido a productos culturales creados por otros. Las páginas del periódico no recogen cuentos, poesías u otras producciones de ficción de los trabajadores. La única y excepcional referencia en este sentido tiene que ver con la existencia

5 (Julio de 1952). Teatro El Galpón. Una inquietud al servicio de la cultura obrera y popular. *Clase Obrera*, p. 2.

6 (Setiembre de 1953). Discriminación racial y censura. *Clase Obrera*, Montevideo, p. 2.

del cuadro artístico o elenco teatral antes mencionado. La actividad cultural parece ser, desde hace algunos años, una dimensión desatendida e incluso desaprovechada por el sindicato. Durante nuestra intervención puntual desde la investigación aquí referida, en especial en el taller literario, detectamos el interés de diez trabajadores por escribir cuentos, canciones y poemas con apreciable solvencia y asiduidad. En un gremio multifacético y extendido a 7800 trabajadores en todo el país es seguro que existe un número mayor de aficionados a distintas disciplinas artísticas.

La reflexión sobre la propaganda

En dos oportunidades, los metalúrgicos reflexionaron sobre la función del periódico sindical, sobre la escritura y la lectura del obrero.

En la primera de ellas, la directiva de la UNTMRA refirió a la necesidad de incrementar la frecuencia y el tiraje del periódico y, al hacerlo, destacó el papel en tanto discurso de propaganda que le cabe a este medio de prensa sindical.

La segunda reflexión está firmada por Ariel Soto y remarca la necesidad de la formación literaria y cultural de los trabajadores para alcanzar su ansiada liberación, con detalles sobre la lectura —que reclama incrementar— y la escritura —de la que propone el formato breve—.

Entre 2010 (año en que dejó de ser publicado el periódico *Forjando*) y principios de 2012 (momento en que realizamos una última consulta sobre este tema), la UNTMRA no poseía un periódico oficial. Tampoco había logrado reconstituir su comisión de cultura. No sabemos si estas falencias fueron subsanadas en los meses siguientes. La tradición del gremio, la eficacia de los antecedentes y la demanda de sus integrantes son factores que siempre posibilitan el resurgimiento de estas vías de expresión.

Entonces, en nuestra indagatoria recabamos el ejemplo de un puñado de publicaciones sindicales de los trabajadores metalúrgicos que, en algún momento, estimaron necesario destinar un espacio para la cultura. Lo que sigue es una síntesis de las notas y de los comentarios culturales hallados en este relevamiento.

El Metalúrgico (1943-1946)

Algunas noticias de la actividad cultural promovidas por el SUIM aparecieron durante 1946 en los pocos números del boletín *El Metalúrgico*, reservados en los archivos de la Biblioteca Nacional y de consulta pública en formato de microfilme. Se trata del boletín oficial del SUIM, entonces adherido a la central UGT. El redactor responsable de este periódico era Julio Borges.

El Metalúrgico comenzó a editarse en 1941 y pervivió con intermitencias durante varios años. La Biblioteca Nacional solo conserva tres ediciones de este boletín sindical. La primera corresponde al n.º 5 del segundo año de edición, 1943, y contiene de manera exclusiva información laboral y gremial.

El siguiente número está fechado en febrero de 1946 e indica año I y n.º 2, nueva numeración que seguramente corresponde a una segunda época del periódico, aunque no lo explicita.

En esta ocasión, una breve nota informativa convoca a los trabajadores metalúrgicos a colaborar con la creación de la biblioteca sindical, asunto que referimos en el apartado correspondiente.

El n.º 6, también del primer año de edición de *El Metalúrgico* en esta etapa, está fechado en setiembre de 1946. Incluye una nota de la comisión juvenil en la que anuncia que «ha decidido que debía de comenzar de inmediato el trabajo tendiente a dar vida a una amplia actividad deportiva, cultural y social».

Las actividades prometidas abarcan desde el boxeo hasta el baile y el teatro. El baile social está anunciado para el 5 de octubre, del boxeo prometen un campeonato «en breve» y, respecto al teatro, informan que ya existe un «cuadro artístico» dirigido por Luis A. Colotta y que al parecer necesitaba la incorporación de actrices, puesto que el llamado está dirigido a las obreras del gremio:

En la actividad cultural se cuenta con un cuadro artístico, está siendo dirigido por el Sr. Luis A. Colotta, quien hace un llamado a las obreras de nuestra Industria aficionadas al teatro, agradecemos, lo mismo que a su Director por la voluntad magnífica demostrada.⁷

El sindicato contaba, además, con una comisión de cultura, a juzgar por una nota publicada en el mismo número del periódico y firmada: «Encargado de cultura: J. D. L. S.», iniciales correspondientes a un nombre que no hemos podido identificar.⁸

No tenemos noticias sobre la evolución del periódico *El Metalúrgico* durante los años siguientes, a excepción de un dato indirecto. El 20 de abril de 1951 el periódico, *Clase Obrera*, dio cuenta de la aparición del primer número de *El Metalúrgico*, vocero sindical al que saluda, con el sindicalista, Aníbal Iturburu, como redactor responsable.⁹ Se trataría en este caso del inicio de una tercera época del referido periódico sindical.

7 (Setiembre de 1946). Comisión Juvenil. *El Metalúrgico*, p. 8.

8 Encargado de cultura J. D. L. S. (Setiembre de 1946). Una Juventud Mejor, *El Metalúrgico*, p. 3.

9 (Abril de 1951). Apareció *El Metalúrgico*, *Clase Obrera*, p. 3.

Clase Obrera (1949-1953)

Entre 1949 y 1953 salieron a la calle 46 números del periódico *Clase Obrera*,¹⁰ vocero de la Agrupación Socialista Obrera (ASO), un sector fundado en 1948 con fuerte incidencia entre los trabajadores de varios gremios, entre ellos el metalúrgico. Este medio de comunicación fue vocero extraoficial de dicho gremio y su único medio de difusión hasta abril de 1951 cuando comenzó a editarse *El Metalúrgico*.

Clase Obrera era publicado en cuatro páginas de formato tabloide, impreso en blanco y negro. Sus redactores responsables fueron F. M. Gorosito (enero 1949-abril 1950), José D'Elía (mayo 1950-agosto 1951) y Gerardo Cuesta (setiembre 1951-octubre 1953).

Desde su primer número, el periódico se autodefinió representante de una corriente de pensamiento socialista, anticapitalista y sindical.¹¹

El repaso de las ediciones conservadas en la Biblioteca Nacional permite apreciar una variedad de actividades culturales que detallamos a continuación.

Picnic bajo lluvia

En noviembre de 1949 el periódico organizó un picnic de confraternidad para reunir a los hacedores y a los lectores del periódico *Clase obrera* y a trabajadores metalúrgicos.

La nota que informa del encuentro agradece a la concurrencia que participó, a pesar del mal tiempo que dominó en esa jornada de lluvia, frío y viento. No informa con mayor detalle de lo sucedido en este encuentro, pero sus características recuerdan otros picnics realizados por agrupaciones anarquistas, socialistas, de iglesias protestantes, sociedades de beneficencia y otras, desde fines del siglo XIX y en adelante en Montevideo. También entonces era corriente que los periódicos sectoriales —políticos o sindicales— realizaran picnics para reafirmar la confraternidad entre los participantes de una misma corriente de pensamiento o de acción y, de paso, recaudar fondos para el periódico o para alguna causa solidaria.¹²

El 25 de mayo de 1952 los militantes afines a *Clase Obrera* realizaron una fiesta de confraternidad, convocada como fiesta de homenaje por «los 14 años de lucha» de esta hoja sindical y en desagravio al «atropello policial cometido con el camarada Gerardo Cuesta». Una breve crónica informa del éxito del encuentro,

¹⁰ El periódico tuvo una edición posterior de dos páginas, pero el ejemplar conservado en la Biblioteca Nacional no incluye fecha ni referencia alguna que especifique otros datos.

¹¹ (Enero de 1949). Contra el capitalismo imperialista, por la revolución socialista, *Clase Obrera*, p. 1.

¹² (Noviembre de 1949). Nuevo paso: el picnic, *Clase Obrera*, p. 2.

pero no brinda datos sobre si hubo o no animación artística, solo oratorias a cargo de destacados dirigentes. Otra reunión fraternal fue realizada el 5 de julio del mismo año, esta vez para recaudar fondos para el local. La fiesta terminó con un chocolate que se sirvió a los presentes y la disertación de un compañero.¹³

Resulta notoria la periodicidad de encuentros de fraternidad o fiestas como las anteriores. Así, el sábado 16 de agosto de 1952, esta vez en el local gremial y con motivo del IV aniversario de la fundación de la Agrupación Socialista Obrera, fue realizada una «reunión-lunch de confraternidad proletaria».¹⁴ El 22 de noviembre de ese año, hubo otra «fiesta de camaradería del gremio metalúrgico» en el local del Ateneo Popular de Río Negro 1180, organizada por la FOMU, esta vez, al menos, con un baile.¹⁵

Tenemos noticia de un segundo picnic realizado por *Clase Obrera*, esta vez en el verano de 1953 en Pajas Blancas, con motivo de la celebración del IV aniversario del periódico.

La fiesta fue convocada para que participaran los trabajadores con sus familias. Contó con un torneo de fútbol entre equipos de los trabajadores de las empresas Mack, Pesce y Simeone y *Clase Obrera*: fue triunfador el primero. Hubo pista de baile, «juegos y competencias deportivas y números sorpresa». Es probable que haya habido números artísticos y juegos, tal como era costumbre en este tipo de encuentros.¹⁶

Otra fiesta (quizás el tercer picnic de estos años) fue realizada el 8 de noviembre de 1953, otra vez en el balneario Pajas Blancas. El anuncio, publicado en la primera página de la entrega del periódico del mes de octubre de ese año, promete «baile, fútbol, concurso de cantores, asado y transporte, todo incluido a \$ 3,50 el ticket». Como en las anteriores fiestas, el encuentro estuvo centrado en la consolidación de la herramienta organizativa, ideológicamente marxista-leninista. De modo que el picnic, más que un encuentro de entretenimiento y diversión, según sus organizadores, sería «expresión de la adhesión de los sectores más esclarecidos de nuestro proletariado, al servidor de sus intereses históricos de clase, a la consigna política del momento para el proletariado: ¡Formar el Partido Obrero revolucionario!».¹⁷

13 (Junio de 1952). ASO en LUCHA. Fiesta de camaradería, *Clase Obrera*, p. 3.

14 (Julio de 1952). ASO en LUCHA. Fiesta el 16 de agosto, *Clase Obrera*, p. 3.

15 (Octubre de 1952). Gran fiesta de camaradería del gremio metalúrgico, *Clase Obrera*, p. 1.

16 (Noviembre de 1952). Gran picnic de Clase Obrera, *Clase Obrera*, p. 3 y (enero de 1953). Éxito rotundo del picnic a Pajas Blancas, *Clase Obrera*, p. 2.

17 (Octubre de 1953). ASO EN LUCHA. Gran picnic el 8 de noviembre a Pajas Blancas, *Clase Obrera*, p. 1.

Fiesta aniversario

El periódico *Clase Obrera* continuó como epicentro de actividades que aunaban el mundo sindical, con fuerte presencia de los metalúrgicos, con acciones culturales.

En marzo de 1950 se realizó la fiesta del primer aniversario, con una parte oratoria a cargo de Gerardo Cuesta (presentado como «joven dirigente» de los metalúrgicos y quien luego sería secretario general de la FOMU), La Greca (por los obreros joyeros), López (del gremio de la bebida) y Gorosito (de la ASO).¹⁸

En esta ocasión la parte artística estuvo a cargo de Los Títeres y el Conjunto Típico, de quienes no hemos obtenido otras referencias que nos permitan contextualizarlos, «que le dieron a la fiesta un ambiente de alegría sana y cordial». La nota no informa del lugar ni la fecha en que se realizó dicha fiesta.

El periódico fue receptivo a las acciones culturales emprendidas por otros colegas. En junio de 1950 dio cuenta de la edición del periódico, *Cultural*, vocero de la Federación Teatral de Flores dirigida por Luis Sangrinet Cabral, sin aportar mayores datos. Se trataba de «excelente material de lectura, fundamentando la acción de los estudiantes liceales, industriales y de la Asociación de obreros y empleados local, haciendo obra de información y de cultura, de orientación popular».¹⁹

La fiesta por el segundo aniversario de *Clase Obrera* también contó con el ingrediente cultural.²⁰ Esta vez se trató de un picnic como el realizado pocos años antes, en una quinta «a pocos minutos de ómnibus del centro», el domingo 4 de marzo. Los organizadores convocaron una vez más a los lectores y a los trabajadores a concurrir a este encuentro que contó con «baile, diversiones, sorpresas y juegos».²¹

Tampoco en esta ocasión aparecieron otras notas en el periódico que ofrecieran otros detalles del encuentro de confraternidad.

Entre el cine y los desalojos

En abril de 1951 el gobierno uruguayo participó activamente en la organización del Primer Festival de Cine de Punta del Este. La actividad, de alcance internacional, concitó la atención de un activo sector intelectual que desde hacía al menos dos décadas trabajaba a nivel profesional en la crítica cinematográfica desde la prensa periódica hasta revistas especializadas como *Filme*, *Cine Club* y *Cine Radio Actualidad*.

18 (Marzo de 1950). La Fiesta del primer aniversario de Clase Obrera, *Clase Obrera*, p. 2.

19 (Junio de 1950). Nuestra opinión. Buen trabajo. *Clase Obrera*, p. 4.

20 (1 de febrero de 1951). Una gran fiesta por los dos años de "Clase obrera". *Clase Obrera*, p. s/n.

21 *Ibíd.*, s/n.

El Festival insumió al Ministerio de Relaciones Exteriores una cuantiosa inversión, punto que disparó las críticas de parte de algunos sectores, tal como puede rastrearse en las páginas de *Marcha* (con la firma de Carlos Quijano) o del periódico comunista *Justicia*. Asimismo, el hecho de que las dos primeras películas premiadas fueran dirigidas o contaran con participación de alemanes entre su elenco polarizó el debate en tiempos en que la derrota del nazismo —Segunda Guerra Mundial— era demasiado reciente y comenzaban a conocerse los escalofriantes testimonios sobre los campos de exterminio nazis, el genocidio judío.²²

El debate desbordó el espacio intelectual para inyectarse en el movimiento obrero, claro que de la mano de la pátina ideológica.

En ese mismo mes de abril de 1951 el periódico del gremio metalúrgico, *Clase Obrera*, protestó por la realización del festival de marras, calificado por los voceros sindicales como «fiesta de banalidades», cuando, casi en simultáneo, eran desalojadas de sus casas 270 familias de Vichadero, en el norte del país.

El incidente sirve para calibrar la noción de cultura entre los hacedores del periódico obrero y para apreciar los límites que entendían que debían considerarse al invertir en actividades relacionadas con el arte. La nota está titulada «Festivales y Desalojos» y dice lo siguiente:

Muchos miles y miles para darnos el lujo de un festival cinematográfico. Es el afán de imitamicos [sic] que ciertas castas sociales no pueden abandonar. Páginas enteras de los grandes diarios, para decimos con lujo de detalles cómo comían o cómo evacuaba tal astro o tal estrella.

Algunos negociados de por medio. Muchas crónicas sesudas de los especialistas. De periodistas consumados. Al mismo tiempo en 5 o 6 lugares del país, hombres y mujeres, familias enteras eran desalojados de las tierras que trabajaban.

Como el caso de Vichadero, donde 270 personas quedaban en el camino.

Estas cosas no merecieron atención.²³

Pero el cine en sí no fue objeto de rechazo de *Clase Obrera*, sino su contenido y la ideología que, en principio, representaban sus protagonistas y organizadores —grandes estrellas de Hollywood y, por tanto, del imperialismo yanqui, así como reconocidas figuras del fascismo italiano—, el gobierno nacional que financiaba los festivales y la extracción ideológica de los periódicos patrocinantes.

22 En el Primer Festival de Cine de Punta del Este resultó ganadora *Domani é troppo tardi* (Italia, 1950) dirigida por Leónide Moguy; en segundo lugar fue premiada *Cielo sulla palude* (Italia, 1949), de Augusto Genina, un creador que había trabajado bajo el régimen fascista italiano. Testimonios sobre este importante Festival de cine de parte de los críticos Hugo Rocha y Eduardo Alvariza, entrevistados por Nicolás Der Argopián, pueden leerse en Rocca, 2009, pp. 239-248 y 249-258.

23 (Abril de 1951) Festivales y Desalojos, *Clase Obrera*, p. 3.

De hecho, el cine fue considerado por la FOMU a la hora de organizar su festival con el objeto de fortalecerse económicamente «para las futuras luchas que tendrá que librar [el sindicato] frente a la reacción patronal» y, en esta ocasión, recibió el apoyo total del periódico *Clase Obrera*.²⁴

Este festival se realizó el 26 de setiembre de 1951 en el cine Astor, con capacidad para 1400 personas. El programa completo transita entre la zona culta —el cine neorrealista italiano, un tenor italiano— y la popular —cantores gauchescos, el humorista y animador, Roberto Barry—.

La organización estuvo a cargo de una comisión especial presidida por C. Vicente González (obrero de la Metalúrgica Americana), acompañado por Alfonso, Berletta y Tiregín (obreros de Pesce & Simeone), Camaranno (de Alpax), Rodríguez y Domínguez (de Lostorto), I. Rodríguez (de Quemaco), Beltrame y Lambruschini (trabajadores de la firma M. Americana).

La fiesta se abrió con la proyección de *Cuatro pasos en las nubes* (1942), presentada como «una extraordinaria película italiana con [la actuación protagónica de] Gino Cervi y Adriana Benetti». El guion del filme es de Cesare Zavattini, considerado un referente del neorrealismo italiano (*El lustrabotas*, *Milagro en Milán*), la dirección estuvo a cargo de Alessandro Blasetti. La película, en tono de comedia, narra la peripecia de Paolo Bianchi, un vendedor ambulante que se hace pasar por el esposo de una muchacha que conoce en un autobús.²⁵

En la misma fiesta, el público disfrutó de la música y del canto del conjunto, Nochecitas del fogón, dirigido por el ya entonces reconocido payador, Héctor Umpiérrez, y también de la actuación del «precoz recitador Piquito de Oro, los cantores gauchescos, José Hernández [posiblemente un seudónimo] y Adolfo Berta».

Un número especial consistió en la presentación del «gran tenor italiano, Otello Maggolini». También participó el conjunto, Los Antillanos, quien tuvo a su cargo la interpretación de *Cantares del Caribe* y la guitarra de Uruguay Zabaleta. El programa señala que la fiesta sería animada por Roberto Barry, «cotizado artista radio-teatral». Es cierto que, además de cotizado, Roberto Barry (1917-1981) era en 1951 un reconocido artista popular. Había iniciado su carrera en 1936 como cantante en el cine Centenario de Montevideo y, enseguida, como cantante radiofónico en *El Espectador*. En 1948 obtuvo el primer premio de la categoría *Revistas* en el Carnaval. Roberto Barry fue actor, libretista, periodista, cantor, pero el perfil

24 (Setiembre de 1951). Gran Festival Metalúrgico, *Clase Obrera*, p. 3.

25 El mismo argumento fue retomado por el cine italiano en 1956 con el mismo título español y Fernandel en el rol protagónico. Cuatro décadas después el cine americano presentó el remake *Un paseo por las nubes* (1995) con Keanu Reeves y Aitana Sánchez-Gijón a cargo de los roles protagónicos. Información de estos filmes pueden ubicarse en <http://www.decine21.com/peliculas/4-pasos-por-las-nubes-12864>.

profesional por el que siempre se le recordará es el de cómico especializado en chistes verdes o humor para adultos.

Cabe preguntarse si el repertorio cultural de esta fiesta reflejó, a su vez, la diversidad de gustos e intereses de los trabajadores metalúrgicos de la década del 50. Es casi seguro que así fue, puesto que, por los datos brindados más arriba, conviene advertir que no se trató de una fiesta improvisada ni organizada por uno o dos dirigentes o un comité de base, sino por una comisión de trabajadores provenientes de distintos comités de fábrica, quienes seguramente incidieron en la heterogeneidad del programa llevado adelante.

La fiestas entre obreros continuaron, en especial metalúrgicos y del periódico *Clase Obrera*. En mayo y en agosto de 1952 fueron realizadas otras reuniones de este tipo, pero no contamos con mayores detalles para dar cuenta de sus contenidos.²⁶ El propio gremio metalúrgico organizado en la FOMU comenzó a realizar fiestas como la celebrada el 22 de noviembre de 1952 en el Ateneo Popular.²⁷

El teatro El Galpón y los sindicatos

En 1952 la institución teatral El Galpón inició en su sala, ubicada entonces en Mercedes y Carlos Roxlo, funciones con descuentos para trabajadores agremiados a la FOMU y a la Asociación de Personal de Talleres Automotrices (APTA).

La novedad fue celebrada por *Clase Obrera* que consideró esta iniciativa como «una inquietud al servicio de la cultura obrera y popular».²⁸

El acontecimiento y la nota de salutación y comentario interesan para reafirmar la visión que los voceros de *Clase Obrera* tenían respecto del arte, en este caso, del teatro. Tal como lo habían hecho antes para el cine, ahora reflexionaron sobre la presencia de, al menos, dos modelos e ideologías culturales contrapuestos.

Por un lado, existe «la cultura y la educación oficiales» que «se dosifican para difundir y justificar la estructura infame del régimen de explotación que soportamos». Por otro, existe «un teatro clasista y revolucionario» esto es «un arte marxista que se opone al convencionalismo obscuro del “arte” instrumental de la burguesía».²⁹

26 Las fiestas del 25 de mayo y del 16 de agosto fueron celebradas en el local sindical de Chimborazo 3415 (mayo de 1952). 25 de mayo Fiesta de camaradería. *Clase Obrera*, p. 1 y (julio de 1952). Fiesta el 16 de agosto. *Clase Obrera*, p. 3.

27 (Octubre de 1952). Gran fiesta de camaradería del gremio METALÚRGICO. *Clase Obrera*, p. 1.

28 (Julio de 1952). Teatro El Galpón. Una inquietud al servicio de la cultura obrera y popular. *Clase Obrera*, p. 2.

29 *Ibidem*, p. 2.

El periódico entiende que en esta etapa el teatro El Galpón no podrá obedecer a los cánones del teatro revolucionario, de todas formas, entiende que el suyo es «un plausible esfuerzo por llegar a la inmensa mayoría de la población con un mensaje cultural saludable y humano».³⁰

Por este motivo, y tras confirmar el acuerdo de El Galpón con FOMU y APTA que promueve descuentos del 25 % en el precio de las entradas, *Clase Obrera* aprobó esta iniciativa y convocó a los trabajadores a concurrir a las funciones ofrecidas por aquel elenco.

El teatro El Galpón fue fundado en 1950 por un grupo de artistas provenientes de los sectores medios y de militancia o simpatía con sectores políticos de izquierda, en especial con el Partido Comunista, y constituyó desde entonces y hasta hoy un puntal del movimiento del teatro independiente en Uruguay.

Contra la discriminación racial, la pornografía y la censura

En setiembre de 1953 el periódico *Clase Obrera* salió al cruce de un acto de censura y de manifestaciones realizadas por el periódico *El Día*, el antiguo vocero de los sectores batllistas del Partido Colorado, entonces identificado con la lista 14, de los hijos de José Batlle y Ordóñez, defensor de una línea de pensamiento fuertemente anticomunista.³¹

Ese año en una escuela de Malvín fue proyectada la película soviética, *Flores de Piedra*, y el episodio mereció la censura de un editorialista de *El Día*. El vocero sindical también rechazó otro gesto censor, esta vez de parte de un periódico que no identifica, desde cuyas páginas un periodista solicitó que fueran retirados de los archivos del SODRE películas como *Alexander Nevsky* y *El Acorazado Potemkin*.

Al fin, otra breve nota incluida en la misma edición de *Clase Obrera* rechaza tanto la pornografía como la censura. La primera porque la califica de «arte podrido y decadente»; la segunda, porque la considera una acción condenable en sí misma y porque, en el caso que dispara el comentario, proviene de «círculos reaccionarios o interesados».³²

30 *Ibidem*, p. 2.

31 (Setiembre de 1953). Discriminación racial y censura. *Clase Obrera*, p. 3.

32 (Setiembre de 1953). En 4 líneas, *Clase Obrera*, p. 2.

El boletín sindical UNTMRA-PIT-CNT-UIS DEL METAL (1984-1990)

Entre 1984 y 1990 el sindicato metalúrgico contó con un boletín interno de difusión de asuntos gremiales y laborales denominado UNTMRA-PIT-CNT-UIS DEL METAL, siglas que hacen referencia al nombre del sindicato del sector y de las centrales nacional e internacional correspondientes.

Se trató de un boletín de formato pequeño, mitad de una hoja A4, de cuatro páginas e impreso a una tinta, excepcionalmente con tapa y contratapa color, seguramente de distribución gratuita.

Las ediciones de este boletín a las que hemos podido acceder no tienen numeración y abarcan el período comprendido entre el 14 de diciembre de 1984 y abril de 1990. En total suman 14 ejemplares de las respectivas ediciones.³³

En la edición de junio-julio de 1988, el boletín da cuenta de la resolución del Consejo Directivo Nacional respecto a las características que en el futuro debería adoptar este medio de comunicación gremial. De acuerdo con las aspiraciones de la Directiva, el boletín debería tener desde entonces una periodicidad mensual y un tiraje de 10 000 ejemplares, con ocho a doce páginas cada cuatro meses y de cuatro a ocho páginas en los meses restantes.

Es imposible confirmar si este plan de edición fue cumplido a cabalidad. Es probable que se tratara de un objetivo a alcanzar, integrado a la propaganda y a la necesidad de consolidar una imagen de fortaleza del sindicato. La confesión de tirajes de periódicos de cualquier índole, difícilmente corresponde a la realidad y debe considerarse, a lo sumo, como una aproximación.

Junto a la aspiración sobre periodicidad y tiraje, los hacedores del boletín sintieron la necesidad de argumentar ante sus compañeros sobre la importancia de la propaganda y de la edición de un periódico sindical:

La propaganda ha jugado un papel muy importante en la historia de la UNTMRA, el movimiento sindical y popular, y si lugar a dudas lo seguirá haciendo. Estas mejoras que los trabajadores incorporamos a la organización, no nos deben hacer bajar los brazos y así dejar de hacer lo que venimos haciendo, este periódico mensual no va a suplir los boletines de empresas que se hacen, ni las fajas, ni las carteleras. Es una nueva incorpo-

33 Ediciones fechadas de la siguiente manera: 14 de diciembre de 1984; 23 de diciembre de 1984; 1 de enero de 1985; abril de 1986; abril de 1987; febrero de 1988; marzo-abril de 1988; junio-julio de 1988; julio-agosto de 1988; octubre-noviembre-diciembre de 1988; abril de 1989; julio-agosto de 1989; noviembre-diciembre de 1989; abril de 1990.

ración que la hacemos al frente de propaganda que como decíamos antes va a ayudar mucho a la organización general.³⁴

La nota-editorial no lleva firma, por lo que bien puede atribuirse a un sentimiento casi consensuado entre los editores o responsables de esta edición.

Pablo Neruda y Juancito de la Ribera

En tres oportunidades, de manera complementaria a la dominante información interna, laboral, organizativa y salarial, el boletín de la UNTMRA incorporó información o textos relacionados con la literatura.

En dos ocasiones, dos ediciones de 1988, el boletín de los trabajadores metalúrgicos reprodujo un fragmento de un poema de Pablo Neruda a modo de saludo y augurio de un mejor año:

Este año nuevo compatriota
es tuyo,
ha nacido de ti
más que del tiempo
escógelo mejor de tu vida
y entrégalo al combate.³⁵

En el boletín de julio-agosto de 1988, una nota-aviso anuncia la representación de la pieza teatral *Juancito de la Ribera*, de Alberto Vacarezza, en el teatro El Galpón para el martes 13 de setiembre, convocada en «Homenaje a los mártires de la UNTMRA». La breve nota no ofrece otra información, no indica autor, director ni actores que se harían cargo de la representación de esta obra; ni en los boletines anteriores ni en los siguientes hay más información sobre los resultados de la función teatral realizada en exclusividad para los trabajadores metalúrgicos y con el fin recién mencionado.

Juancito de la Ribera, pieza presentada como «romance del arrabal», con dirección y versión de Rubén Yáñez y asistencia de dirección de Pedro Piedrahita, fue representada con singular éxito en 1988 por un nutrido elenco del teatro El Galpón integrado por Arturo Freitas, Alejandro Camino, Diego Artucio, Eduardo Migliónico, Gustavo Durán, Edgardo Ipar, Elizabeth Vignoli, Alberto Rosales,

34 (Junio-julio de 1988). Por qué la necesidad de un periódico mensual. *UNTMRA PIT-CNT UIS DEL METAL*, p. 1.

35 Neruda, P. (octubre/noviembre/diciembre 1988). (s.t.). *UNTMRA-PIT-CNT-UIS DEL METAL*, p. 8.

Norma Sghirla, Elsa Mastrángelo, Pedro Piedrahita, Carlos Hernández, Arturo Freitas, Ángeles Vázquez, Amelia Porteiro y Claudia Trecu.³⁶

Informe Metalúrgico; Informe del Metal y afines (1993-1995)

En 1993 la UNTMRA comenzó la edición de una publicación periódica denominada *Informe Metalúrgico* (posteriormente *Informe del Metal y Afines*). El acápite reza: «Publicación de la Unión Nacional de Trabajadores del Metal y Ramas Afines. Filial PIT-CNT». Cada una de sus ediciones era de 8 páginas, tapa y contratapa impresas en color, y formato variable, igual a una hoja A4 en algunos casos, a la mitad de ella, en otros.

En el archivo sindical existen ejemplares fechados entre agosto de 1993 y febrero de 1995.³⁷

Cada una de estas ediciones contiene información interna del sindicato relacionada con sus movilizaciones, convenios, salarios, etc. En ningún caso incluyen notas culturales. Se trató de un boletín informativo impreso que intentó mantener una comunicación directa de asuntos sindicales prioritarios de acuerdo con el criterio tradicional y hegemónico que hemos mencionado.

Forjando (1995-2010)

Forjando fue el periódico más reciente del sindicato de trabajadores metalúrgicos, publicado entre 1995 y 2010.

Su acápite recuerda que se trata de una «Publicación de la Unión Nacional de Trabajadores del Metal y Ramas Afines UNTMRA-PIT-CNT», esto es, vocero oficial de dicha entidad. Así, la dirección del periódico (o Consejo de Redacción) está ocupada por el Consejo Directivo Nacional de la UNTMRA. Por su parte, el Consejo Editorial lo integran varios de los miembros de aquella directiva sindical: Marcelo Abdala, Julio Cabrera, Miguel Rodríguez, Carlos Aulet, Mario Armesto, Gabriel Alfonso, Ernesto Kroch, Carlos Vieira y Claudio Iturria. De todas formas, en las ediciones consultadas no hemos encontrado notas firmadas por ninguno de los integrantes del Consejo Editorial. La mayoría de los artículos no llevan firma, modalidad que puede considerarse como una política editorial adoptada de común acuerdo o de hecho por los responsables del periódico.

³⁶ Vacarezza, A. *Juancito de la Ribera*. El Galpón. [Programa de mano].

³⁷ El n.º 0 es de agosto de 1993, luego aparece una serie de la II época: año I, n.º 0 de febrero de 1994, n.º 1, de setiembre de 1994. Los suplementos de octubre y de noviembre de 1994 y el suplemento de febrero de 1995, este último de 12 páginas.

Las ediciones numeradas del 1 al 29, correspondientes al período que va de julio de 1995 a mayo de 2010, repiten dos formatos: uno de ellos es estilo tabloide, el otro, la mitad del primero. Cuentan entre 4 y 16 páginas, con tapa y contratapa en color e interior en blanco y negro, otras veces toda la edición está impresa a una sola tinta. Rara vez incluye algún aviso, hemos encontrado tres en la edición n.º 14 de abril-mayo de 2000. Utilizan fotografías y, a veces, dibujos y otras ilustraciones.

La periodicidad no es regular y posiblemente haya estado condicionada por la disponibilidad económica del sindicato, la necesidad de difundir novedades o situaciones específicas de los metalúrgicos (movilizaciones, negociaciones y convenios salariales) o generales de la central sindical y de los trabajadores (convocatoria al acto del 1 de Mayo, por ejemplo) u otras circunstancias que no hemos podido identificar.

El periódico intentó, en algunas oportunidades, una periodicidad mensual, pero la discontinuidad fue, en realidad, su constante. En total, y siempre para el período que hemos podido relevar, suman 29 ediciones de *Forjando*. La UNTMRA conserva ejemplares de 24 de estas ediciones.³⁸

Galeano, Peloduro, Fried y Brecht

La literatura, el arte, los autores han estado presentes en algunas de las ediciones repasadas.

El n.º 12 de *Forjando*, de diciembre de 1999, reproduce un artículo de Eduardo Galeano sobre las elecciones nacionales realizadas en nuestro país titulado «Elecciones en Uruguay: Teoría de la vaca», publicado el 1 de diciembre de aquel año en el periódico *Página 12* de Buenos Aires.

La misma edición destina tres páginas, de la 10 a la 12, al artículo del caricaturista, Julio E. Suárez, *Peloduro*, titulado: «PELODURO. Historia de mis personajes», ilustrado con dibujos del artista uruguayo y recortes de algunas de sus caricaturas.

La literatura en su formato estándar aparece en la edición n.º 14 de abril-mayo de 2000 con la edición de los poemas «Razones», de Erich Fried, y «A quien vacila», de Bertolt Brecht.

³⁸ Los ejemplares conservados en el archivo de la UNTMRA comienzan en una segunda época y segundo año ubicado en julio de 1995 y el número siguiente salta a marzo de 1996. Enseguida, aparecen otros dos números ese año, en los meses de setiembre y octubre, pero ya en la siguiente edición esta breve periodicidad mensual se corta al pasar una inmediata edición fechada en marzo de 1997. Los números siguientes abarcan junio, julio y setiembre de 1997. Luego de esta última aparece un hiato hasta abril de 1998. La intermitencia continúa con una regularidad de dos a cuatro ediciones por año entre 1999 y 2001. Entre los años 2002 y 2010 solo hemos podido relevar cuatro ediciones; los faltantes llenan los huecos que van hasta el n.º 28, fechado en 2010, seguramente en el mes de marzo a juzgar por algunas de las noticias incluidas en su edición.

Saramago: lectura para los trabajadores

El premio nobel de literatura, José Saramago, es considerado en dos de las ediciones aquí repasadas.

Primero, un trabajador anónimo y autor de la columna de opinión titulada «Cuaderno de Bitácora», aparecida en la edición n.º 16 de *Forjando*, de diciembre 2000-enero 2001, cita a Saramago en una parte de su discurso. Al interpretar el proceso político y social del Uruguay de las últimas décadas, reflexiona:

Plaza financiera, país de servicios, mucha ideología para que la «contrarrevolución productiva» no se detenga en esta tierra, que supo de «caminos de los quileros» porque entre el latifundio monárquico y el latifundio republicano no se ven diferencias* y nunca dejaron espacio para mucho más. (*José Saramago, en *Levantado del suelo*).³⁹

En la entrega siguiente del periódico sindical, n.º 17 de marzo-abril de 2001, también un trabajador-periodista anónimo da cuenta del libro *La caverna*, de Saramago. Esta vez se trata de una reseña de esta novela, que ocupa la mitad de la página 10, titulada: «Una obra de alfarería literaria. *La caverna*, de José Saramago».

El articulista realiza una minuciosa descripción de la trama de la novela, luego de aclarar que su personaje principal, Cipriano Algor, era alfarero, no metalúrgico, «pero a los efectos del trasfondo de la historia no hace diferencia, la arcilla igual que el hierro han [sic] sido desplazado por el plástico, materias sintéticas en un caso y en otro». De esta manera, queda implícita la invitación a leer el libro y advertir que la peripecia del alfarero puede ser la de un trabajador-artesano universal y, ante los ojos del público de *Forjando*, un obrero metalúrgico.

Luego resume la historia narrada por Saramago y, hacia el final, destaca el estilo del escritor portugués, su escritura —sin puntuación, con insistentes preguntas al lector— y su contenido, es decir, su interpretación del mundo capitalista contemporáneo, su crítica y su vindicación de pureza y humanidad retratada en Cipriano Algor. Importa destacar que el comentarista advierte una sustantiva complicidad entre la escritura de Saramago, el mensaje que transmite y el acto de lectura que exige o provoca. Entonces, este libro está:

Contado con el peculiar estilo de Saramago que, a cada tanto, intercala reflexiones, preguntas al lector, diálogos lúcidos entre padre e hija o con el yerno, todo sin puntos y [ni] signos de interrogación con la fluidez que borra los límites entre la acción y el pensamiento de los personajes, como de Saramago mismo. Sin duda, leer «La caverna» requiere cierta concentración, pero ésta se ve ampliamente retribuida por la gran riqueza humana que se va descubriendo con el autor bajo las condiciones adversas de nuestro mundo.⁴⁰

39 (Diciembre de 2000-enero de 2001). Cuaderno de Bitácora. *Forjando*, p. 4.

40 (Marzo-abril de 2001). Una obra de alfarería literaria. *La caverna*, de José Saramago. *Forjando*, p. 10.

Las murgas del pueblo

En la misma edición de marzo-abril de 2001, arriba citada, aparece un artículo sobre el Carnaval uruguayo firmado por El murguista.

Se trata de una reflexión sobre uno de los fenómenos artísticos más relevantes del Uruguay, identificado por El murguista como «parte de nuestra cultura».⁴¹

El artículo focaliza su reflexión en dos de las expresiones tradicionales del Carnaval: la murga y el candombe, pero solo se explaya sobre la primera de ellas. Recuerda las primeras murgas de inicios del siglo XIX y destaca la fundación de la murga Araca la Cana, en 1942, La Soberana, en 1969 y en la década de los 80, La Reina de La Teja, y sus innovaciones, como la incorporación de instrumentos atípicos (guitarra, flauta, quenás). El murguista agrupa las murgas que jugaron un rol determinante en «la lucha contra la dictadura»: Falta y Resto, La Reina de La Teja, Diablos Verdes y otras, todas a las que «el pueblo las cobija llamándolas murgas del pueblo».

Este primer grupo de murgas está identificado con el Frente Amplio, pero el articulista no reduce su lectura a una pertenencia político-partidaria de estos grupos carnavaleros, sino a un mayor o menor compromiso con el pueblo. Así, tenemos el grupo de murgas de La Teja y, por otro, las murgas de La Unión: Los Saltimbanquis, Los Arlequines, Don Timoteo, Nueva Milonga, etc. Entonces, «estas últimas estaban más aferradas a lo tradicional de la murga con la denuncia, pero sin comprometerse demasiado con los verdaderos problemas del pueblo», que no detalla.

El artículo concluye con el reconocimiento de valores artísticos y novedades en murgas como La Mojigata, Los Rebeldes, Contrafarsa; anuncia nuevas reflexiones sobre el tema y convoca a los lectores a enviar sus aportes, que siempre «serán muy bienvenidos». En los números siguientes de *Forjando* no hemos hallado nuevos artículos sobre el Carnaval y las murgas, aunque es probable que hayan aparecido en algunas de las ediciones faltantes en los archivos del sindicato.

Una obra de Eduardo Sarlós

El 10 de agosto de 2001 los trabajadores metalúrgicos pudieron ver una obra de teatro representada por artistas profesionales en su local sindical de Luis A. de Herrera 3972.

Se trató de *Sarita y Michelle*, de Eduardo Sarlós, con dirección de Carlos Aguilera, representada por Susana Groisman y Daniel Bérgholo. Un artículo incluido en la edición n.º 18 de *Forjando* de julio-agosto de 2001 recuerda aquella representación

41 El murguista. (Marzo-abril 2001). Carnaval. *Forjando*, p. 10. La misma referencia para las siguientes citas de este artículo.

teatral y, en especial, su «calidad teatral y humana».⁴² Resume los galardones obtenidos por esta versión teatral (respectivos premios de la Intendencia Municipal de Montevideo y del Ministerio de Educación y Cultura en 1993, primer premio del Instituto Internacional del Teatro, en 1994, dos premios Florencio —mejor actriz Susana Groisman y mejor autor nacional Eduardo Sarlós—), así como su participación en los festivales de Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) y del Teatro de Asunción del Paraguay.

Luego, rescata frases de la crítica en las que resalta «la alta calidad humana» de esta obra y de su puesta en escena y recuerda varios de los requerimientos para su representación en varias ciudades del Uruguay.

La breve nota no ofrece otros detalles de aquella función teatral ni respuesta o reacción del público de trabajadores que asistió a verla.

Entretenimiento cultural

Los editores de *Forjando* decidieron incorporar en la edición n.º 20, de octubre de 2002, una página de entretenimientos de carácter cultural.

La sección ofreció a sus lectores tres enigmas y acertijos, un crucigrama, citas de dos escritores (Charles Dickens, Thomas S. Eliot) y de un filósofo (Henry Frederic Amiel) e información de carácter general: la naturaleza del agua existente en el planeta (salada y dulce); el sistema de espionaje electrónico del FBI denominado *Carnívoro* o *DCS1000*; y la historia del crucigrama, quizás una fórmula indirecta para justificar este tipo de entretenimiento en un periódico sindical.

Ninguna de estas informaciones y entretenimientos revela un vínculo o una referencia a la realidad o a la cultura nacional.

El primer enigma exige calcular la reproducción de la planta de nenúfar en un estanque durante 30 días; el segundo requiere el cálculo de la cantidad de hamburguesas que tres individuos cocinan, teniendo en cuenta el tiempo que cada uno de ellos tarda por cocción y de los enseres que disponen para ello; el tercero pregunta sobre la forma en que un empresario falleció en su casa del desierto de Sahara.

El crucigrama está organizado en función de palabras referidas a la cultura universal y la única referencia a la sociedad o a la realidad regional tiene que ver con el nombre de la «organización del fútbol argentino», si bien este entretenimiento es presentado como «Crucigrama de la casa».⁴³

⁴² (Julio-agosto de 2001). Sarita y Michelle. *Forjando*, p. 2. La misma referencia para las siguientes citas de este artículo.

⁴³ (Octubre de 2002). Crucigrama de la casa. *Forjando*, p. 13. La misma referencia para las restantes citas e informaciones incluidas en la página de entretenimientos.

Las citas de los intelectuales mencionados más arriba refieren a la condición del ser humano. Son las siguientes:

El hombre nunca sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta.

Charles DICKENS (1812-1870, escritor inglés)

Bendito sea el hombre que no teniendo nada que decir, se abstiene de demostrárnoslo con sus palabras.

Thomas S. ELIOT (1888-1965, poeta y dramaturgo angloamericano)

El hombre que pretende verlo todo con claridad antes de decidir, nunca decide.

Henri Frédéric AMIEL (1821-1881, filósofo suizo)

Y, a modo de acápite, en el cabezal de la página, aparece la siguiente cita:

Cuando se elimina lo imposible, todo lo que queda, por muy improbable que sea, es la verdad.

Arthur Conan DOYLE

La edición incorpora, a vuelta de página, la solución a las Palabras Cruzadas y a los Enigmas & Acertijos.

En ninguna de las restantes ediciones de *Forjando* aparece otra página de este tipo. La estructura y su contenido hacen pensar que estamos ante la reproducción de información escueta y entretenimientos aparecidos en cualquiera de las numerosas revistas de pasatiempo circulantes en nuestro país y, en su mayoría, provenientes de España y de Argentina.

Leer más, escribir con brevedad

En el año 2000, Ariel Soto reflexionó sobre la lectura y la escritura de parte de los trabajadores metalúrgicos. Ese año publicó en el n.º 13 de *Forjando* un artículo titulado «Trabajando en la forja», dirigido a los lectores y hacedores del periódico sindical.

Soto reconoció entonces que la lectura —en general, y entre los trabajadores en particular— ha retrocedido en la sociedad contemporánea a favor de los medios

audiovisuales de comunicación, en especial la televisión, a la que describe, para el caso uruguayo, como «un oligopolio en manos de cuatro o cinco poderosos grupos económicos».⁴⁴

Interpreta este avance como negativo, ya que pone en riesgo no solo la lectura, sino también «el relato oral» y, en especial, la capacidad de imaginar, porque mientras la televisión «no da tiempo ni para pensar», por la velocidad de las imágenes expuestas ante nuestros ojos, la lectura exige «pensar e imaginar»:

Para leer hay que pensar e imaginar, para dialogar hay que escuchar a los otros y también imaginar.⁴⁵

Ariel Soto recuerda que los abuelos «de los que hoy tenemos cuarenta años» fueron inmigrantes semianalfabetos que se lanzaron hacia las oportunidades que ofreció la escuela varelina y la educación pública en todos sus niveles (Primaria, Secundaria, UTU y Universidad). La cultura fue el territorio natural para ellos:

No solo ejercitaron la escritura, sino también el cálculo, el diseño, el dibujo geométrico, la lectura analítica, la oratoria, los idiomas “extraños”, aprendieron y practicaron los principios de la mecánica, la biología y la física.

Soto se lamenta de la realidad actual, diametralmente opuesta: «La gente (o sea nosotros) lee menos» y, además, «los actuales metalúrgicos no terminamos (promedialmente) el ciclo secundario (UTU, liceo)».⁴⁶

Sin embargo, Soto entiende que esta deficiencia de lectura y de cultura no será superada con la práctica de la escritura extensa, con la edición de artículos largos en el periódico sindical. Ofrece ejemplos de lo que considera contraproducente o nocivo y reclama la práctica de una escritura periodística guiada por la síntesis y la brevedad. En un caso reconoce que la extensión puede contener «calidad», pero aun así la cuestiona. Así por ejemplo,

En la métrica gráfica el artículo de «Peloduro» es largo. Tres páginas, doce columnas, pero mucha vida, la suya y las de sus personajes del relato. Es más su obra (sus personajes dibujados y dialogados) se incorporan y clarifican el texto. El mucho texto no va en este caso en contra de la calidad. Otro ejemplo: el artículo sobre MOLVENO, tiene muy poco texto, escrito con gran capacidad de síntesis y con un relato fotográfico muy bueno. Poca letra y mucha comunicación e información.⁴⁷

44 Ariel Soto. (Febrero-marzo de 2000). Trabajando en la forja. *Forjando*, p. 10. La misma referencia para las siguientes citas del mismo artículo.

45 *Ibidem*, 10.

46 *Ibidem*, 10.

47 *Ibidem*, p. 10

Entonces, la normativa promovida por Soto exige una escritura simple, concreta y escueta:

¿Dónde está escrito que para reflexionar, analizar, ayudar a pensar, pensar colectivamente, etc., hay que escribir mucho y complicado? Debemos ejercitarnos en hablar y en escribir en concreto, ejercitando la síntesis, apoyándonos en lo vivo y en lo que cada compañero y cada trabajador asocie e identifique con su vida cotidiana y su experiencia individual y colectiva.⁴⁸

Soto identifica este debate con la práctica del periodismo sindical y su experiencia en *Forjando*, periódico que sintetiza el trabajo colectivo de quienes «escribieron, fotocopiaron pasaron los textos en la pantalla, manejaron vehículos, fotografiaron, le hicieron la *persecuta* a Fulano o Mengano para que terminara su artículo y también para los compañeros gráficos que lo diagramaron y lo imprimieron».⁴⁹

Además, el periódico debe combinar imágenes y palabras para que el trabajador pueda leerlo con mayor facilidad: «No vamos a recuperar o mejorar la capacidad de lectura y de análisis porque carguemos de un saque mucha tinta y texto. Debemos combinar lo visual (fotos, videos, dibujos, gráficas) con lo escrito».⁵⁰

Al final, Soto señala la escritura y la cultura en general como caminos de liberación de los trabajadores y la necesidad de adoptar un «lenguaje de clase»:

No olvidemos nunca que todos tenemos una tarea principal a la hora de trabajar por la liberación de nosotros mismos: llenar la zanja que existe en [tre] el trabajo manual y el trabajo intelectual. Para hacer esa tarea debemos partir y tomar en cuenta la situación real y concreta de los trabajadores, sus hábitos, su capacidad de lectura, sus tiempos de ocio y recreación. Si, como decía un maestro, hablamos de lectura y escribimos en *jeringoso* o hablamos con el lenguaje de clase.⁵¹

48 *Ibidem*, p. 10

49 *Ibidem*, p. 10

50 *Ibidem*, p. 10

51 *Ibidem*, p. 10

CONCLUSIONES

Los trabajadores de la UNTMRA son protagonistas de procesos culturales que atañen a toda la sociedad. Sus relaciones con la literatura y con la lectura revelan esa inclusión. Al desmenuzarlas, quedan patentes al menos dos fenómenos: primero, la retracción de la incidencia de la educación institucional, básicamente estatal y, junto a ella, del universo de lecturas cultas o, al menos, canonizadas por la intelectualidad de los sectores medios; segundo, el avance de lo que Achugar llamó «la ciudad mediática»,¹ en contraposición a la «ciudad letrada» diseñada por Ángel Rama.

Estas constataciones sobresalen porque preexiste un acuerdo impuesto sobre la necesaria prevalencia de la cultura letrada en el sujeto social, y esta primacía descansa en la tradicional dicotomía de culturas que opone el mundo letrado al no letrado y, dentro de ella, ubica las *bellas letras*, la *buena* y la *verdadera* literatura como único horizonte de valor, y al libro impreso como el objetivo fetiche por excelencia, la prueba primera y última de esta densidad cultural. Tras asumir estas premisas, evaluamos como negativos todos los indicios o datos que constaten el retroceso de esta cultura. Este fue el lente con el que se evaluó la cultura y la sociedad uruguaya en forma mayoritaria desde la ciudad letrada, hasta no hace mucho.

Si desmarcamos este régimen, tal como propone Achugar, entonces desactivamos la posible condición negativa de esta primera verificación.

Hemos visto que entre los trabajadores metalúrgicos sindicalizados que leen libros, los temas de la espiritualidad y los best sellers ocupan un renglón destacado del conjunto. Enseguida advertimos la reiteración de lectores que mezclan lecturas, variadas en cuanto a estatus y condición. Tercero, observamos que la cultura elec-

1 Achugar, 1997, p. 118.

trónica y mediática ha desplazado al libro como volumen impreso (elegido solo por el 23 % de los trabajadores).

Estas tres constataciones operan de manera negativa si aspiramos a que la cultura obrera —en especial en este rango de la literatura y la lectura— se acomode con el régimen de exigencias de la cultura letrada, o refieren a una constatación inequívoca: las bellas letras, *la sagrada biblioteca*, que representaba esa cultura hegemónica, había comenzado a sucumbir hace al menos veinte años y la fotografía que tomamos de las lecturas de los trabajadores metalúrgicos es una toma más reciente de esa debacle.²

Sin embargo, si desplazamos el punto de vista e imaginamos el de un trabajador metalúrgico o el de otra persona que tenga otra mirada de lo aquí resumido, podríamos escuchar la evidente positividad de estos resultados.

La lectura de libros de espiritualidad compensaría la llaneza del mundo material, mientras que la lectura de best sellers aportaría el ingrediente imaginativo en sintonía con formas narrativas contemporáneas. Y si, por un momento, dejamos de lado la tendencia positivista de constatar hechos y porcentajes, admitiríamos que el trabajador encuentra mayor placer en las lecturas no ideologizadas a la manera tradicional, y que la tecnología le ofrece otras satisfacciones a esos mismos impulsos del deseo.

Luego, la convivencia de lecturas variadas, a veces distantes y hasta ideológicamente contradictorias en un mismo individuo, más que acusar desvaríos o debilidades, confirman el ejercicio de una libertad de elección de parte de lectores que se esfuerzan por colocarse en un mismo rango con el resto de los agentes que hacen que ese libro y no otro esté a su alcance.

¿Y qué sucede con el avance de la industria cultural globalizada? Los trabajadores demuestran permeabilidad a estos avances y, al mismo tiempo, mirado desde la vereda de enfrente, esos mismos trabajadores ofrecen signos de resistencia a esa avanzada cultural sin fronteras y disolvente de los proyectos de clase sindicales.

¿Y por qué no seguir la lectura evidente, que traza una línea entre la confirmación de nulos o bajos niveles de lectura en altos porcentajes de obreros, y la prevalencia de los medios electrónicos en detrimento del libro impreso hacia el diagnóstico nefasto de una preocupante disminución cultural?

Volvemos a girar el punto de vista para afirmar que la sola constatación de altos porcentajes de abandono de la lectura en general y de la lectura de libros en parti-

2 Sobre el tema, cf. Achugar, 1994, pp. 20-21. Podría argumentarse que esta hegemonía de las bellas letras convivió con literaturas de recepción masiva ajenas a aquel proyecto y eliminadas de las historiografías literarias, de los premios, de los libros de lectura educativos y del periodismo cultural.

cular, los altos índices de lecturas de entretenimiento o espirituales, la elección de medios electrónicos en detrimento del libro impreso no alcanzan para confirmar debilitamientos ideológicos ni culturales de un colectivo sindicalizado. Afirmaciones vinculantes de este tipo exigen otros estudios complementarios: determinar signos de la o de las culturas y de lo ideológico, explicar convivencias y distanciamientos.

Aportamos otros datos: esos mismos trabajadores que no leen desde hace meses o años, que leen solo mensajes de texto, correos electrónicos o best sellers están sindicalizados y, al menos, concurren a asambleas y posiblemente gran parte de ellos participaron, por ejemplo, de la Huelga General realizada en setiembre y octubre de 2011, o protagonizan actos solidarios individuales pero relevantes, cotidianos, sin mayor difusión.

Así como durante un siglo y medio el dirigente sindical intentó consagrar la imagen del «militante íntegro y ejemplar», que acudía a todas las asambleas con el periódico sindical bajo el brazo, que leía doctrina o biografías sindicales en altas horas de la noche, que no concurría al estadio porque el fútbol es el opio de los pueblos, ahora tenemos elementos para acercarnos a la imagen del activista de a pie, el que escucha cumbia y lee a Isabel Allende, el que va a trabajar con la camiseta de su club favorito debajo del uniforme, el que fuma un porro y toma cerveza en la puerta del local de la asamblea general. Tal vez sea el mismo activista que en los años 50 y en los 60 iba a ver una pelea de boxeo o a escuchar a Roberto Barry. Ni entonces ni ahora la cultura obrera parece haber sido lacerada por la industria cultural del entretenimiento y el vacío mental. Claro que esta simple constatación no disminuye la relevancia de todas las evidencias. Solo digo que son muchos y distintos los mensajes que dejan en pie, y que necesitamos variados intérpretes para sintonizar sus frecuencias y entender de qué están hablando.

Esta investigación también resguarda una colección de buenas impresiones. Son muchos los obreros que leen, que aprenden leyendo, que viven y reviven experiencias, que imaginan y se proyectan en y desde un libro. La lectura y la cultura libresca del obrero no desaparecieron y nada indica que vayan a desaparecer, tal como ha anunciado Armando Petrucci para la lectura en general. La lectura ha sido destronada de su imperio, pero no ha sucumbido, convive con fenómenos y prácticas que no la sustituyen.

Es bueno preguntarse cómo lo hace, para qué, con qué proyección, por qué, además del acto individual o del ejemplo de trescientos o ciento sesenta firmes lectores, cabe proyectar la mirada hacia una organización que los resguarda, aspira a representarlos y, cada día, a leerlos.

BIBLIOGRAFÍA

ACHUGAR, H. (1994). La biblioteca en ruinas. En *La biblioteca en ruinas. Reflexiones culturales desde la periferia* (pp. 1124). Montevideo: Trilce.

— (1997, octubre). El presente del pasado, o balance y liquidación de la nación. En C. Liscano (dir.), C. Blixen (coord.) *Aproximaciones a la narrativa uruguaya posterior a 1985. Papeles de Montevideo*, (2), 110122.

— (1997). Juan Carlos Onetti: lo que cuenta es imaginar. En S. Lago y otros (coords.), *Actas de las Jornadas de homenaje a Juan Carlos Onetti* (pp. 1520). Montevideo: Departamento de Literaturas Uruguayas y Latinoamericana, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (fhce), Universidad de la República (Udelar).

ACHUGAR, H., DOMINZAIN S., RADA KOVICH, R. Y RAPETTI, S. (2003). *Imaginario y consumo cultural. Primer informe nacional sobre consumo y comportamiento cultural. Uruguay 2002*. Montevideo: Trilce y fhce, Udelar.

ALEGRÍA, F. (1991). Memoria creadora y autobiografía en Latinoamérica: Darío y Neruda. En A. LARA POZUELO (comp.), *La autobiografía en lengua española en el siglo veinte* (pp. 1125). Laussane: Hispánica Helvética, Sociedad Suiza de Estudios Hispánicos.

ANSOLABEHERE, P. (2011). *Literatura y anarquismo en Argentina (1879-1919)*. Buenos Aires: Beatriz Viterbo.

BARRÁN, J. P. (1998). *Historia de la sensibilidad en el Uruguay. El disciplinamiento (1860-1920)* (vol. 2). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

BLOOM, H. (2004). *El canon occidental*. (Trad. D. ALOU). Barcelona: Anagrama. (Original en inglés, 1994).

BOURDIEU, P. (2000). La opinión pública no existe. (Trad. E. M. CRIADO). Recuperado de <http://pierre-bourdieu.blogspot.com.uy/2006/06/la-opinin-pblica-no-existepierre.html>. (Original en francés, 1973).

CALVETTI, J.; CANELLI, M.; CERVIÑO J. Y OTROS. (2010). *Andar y las historias de la plaza*. Montevideo: Ateneo de Montevideo.

CHARTIER, R. (1994). *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna* (1.^a ed., 1.^a reimp.). (Trad. M. ARMIÑO). Madrid: Alianza. (Original en francés, 1993).

— (1998). Lecturas y lectores «populares» desde el Renacimiento hasta la Época Clásica. En CHARTIER, R. Y CAVALLO, G. (coords.), *Historia de la lectura en el mundo occidental*. (Trads. M. BARBERÁN, F. BORRAJO, C. GARCÍA OHLRICH Y M. P. PALOMERO). (pp. 415-434). Madrid: Taurus. (Original en francés, 1997).

— (2006). *Cultura escrita, literatura e historia. Coacciones transgredidas y libertades restringidas* (2.^a reimp.). (Trad. A. CUE). México: Fondo de Cultura Económica. (Original en francés, 1999).

CUELLO, R. R. (Enero, 1988). *Hoy toca Razziati. Letras de Verano (Suplemento del semanario Alternativa Socialista)*. (1) 2-4.

DARNTON, R. (2003). Cómo leer un libro. En *El coloquio de los lectores* (pp. 431-458). (Trad. A. SABORIT). México: Fondo de Cultura Económica. (Originales en inglés, 1985-2002)

DE LEÓN, W. (2011a). Sin título, s/n, inédito.

— (2011b). "Descubriendo la adolescencia", inédito.

— (2011c). "Don Barreto", inédito.

FOUCAULT, M. (2008). *El orden del discurso*. (Trad. A. G. TROYANO). Barcelona: FábulaTusquets. (Original en francés, 1970).

GRAMSCI, A. (1961). Literatura popular. En *Literatura y vida nacional* (vol. 3, pp. 123-130). (Trad. J. M. ARICÓ). Buenos Aires: Lautaro. (Original en italiano, 1950).

GUTIÉRREZ, L. Y ROMERO, L. A. (2007). Sociedades barriales y bibliotecas populares. En *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra* (pp. 71-107). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

HALL, S. (1984). Notas sobre la deconstrucción de lo popular. Recuperado de http://perio.unlp.edu.ar/catedras/system/files/hall_stuart_notas_sobre_la_deconstrucion_de_lo_popular.pdf. (Original en inglés, 1984).

HERNÁNDEZ, M. (1997). Sentado sobre los muertos. En *Viento del pueblo: poesía en la guerra* (1937). En *Obras completas* (vol. 1, pp. 315-317). Buenos Aires: Losada.

HOGGART, R. (2013). *La cultura obrera en la sociedad de masas*. (Trad. J. BARBA Y S. JAWERBAUM). México: Siglo Veintiuno. (Original en inglés, 1957).

LOBATO, M. (2009). *La prensa obrera*. Buenos Aires: Edhasa.

LYONS, M. (1998). Los nuevos lectores del siglo xx: mujeres, niños, obreros. En CAVALLO, G. Y CHARTIER, R. (coords.), *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 473-517). (Trads. M. BARBERÁN, F. BORRAJO, C. GARCÍA OHLRICH Y M. P. PALOMERO). Madrid: Taurus. (Original en francés, 1997).

MACIEL, M. (2011). Sin título, s/n, inédito.

NETTLAU, M. (1927). "Contribución a la bibliografía anarquista de la América Latina hasta 1914", en *Certamen internacional de La Protesta en ocasión del 30 aniversario de su fundación. 1897-13 de junio-1927* (pp.5-33). Buenos Aires: *La Protesta* (Versión on Line: americalee.cedinci.org/certamen-laprotesta/ y Reedición del CeDInCI y "Biblioteca José Ingenieros", 2005)

PEREIRA, S. (2011a). Sobre la lectura de Horacio Quiroga, s/n, inédito.

__ (2011b). El pergamino mágico. El hechizo se manifiesta, inédito.

__ (2011c). "El joven libanés", inédito.

__ (2011d). "El hombre", inédito.

__ (2011e). "Mi primera vez", inédito.

PETRUCCI, A. (1998). Leer por leer: un porvenir para la lectura. En CAVALLO, G. Y CHARTIER, R., *Historia de la lectura en el mundo occidental* (pp. 519-549). (Trads. M. BARBERÁN, F. BORRAJO, C. GARCÍA OHLRICH Y M. P. PALOMERO). Madrid: Taurus. (Original en francés, 1997).

POLLERI, F. (1990). *Carnaval*. Montevideo: Signos.

QUIROGA, N. (2003). Lectura y política. Los lectores de la Biblioteca Popular Juventud Moderna de Mar del Plata (fines de los treinta y principios de los cuarenta). *Anuario iehs*, (18), 449-474.

RAMA, Á. (1984). *La ciudad letrada*. Montevideo: Comisión Uruguaya pro Fundación Internacional Ángel Rama.

REAL DE AZÚA, C. (Octubre, 1957). ¿Adónde va la cultura uruguaya? *Marcha*, (885), pp. 2223.

— (Noviembre, 1957). ¿Adónde va la cultura uruguaya? *Marcha*, (886), pp. 2123.

REBOLATTI, C. (2006). Por los caminos de la solidaridad, en la búsqueda del perfeccionamiento humano: un acercamiento a Cristóbal Deber Otero. En *Anuario del Centro de Estudios Gallegos* (pp. 155-172), Montevideo: ceg y fhce, Udelar.

- REST, J. (1968). Actualidad del realismo. En *Tres autores prohibidos y otros ensayos* (pp. 105-203). Buenos Aires: Galerna.
- RIVIERE, M. (1904, 10 de marzo). La canción de la aguja. *Martín Fierro*, (2), p. 14.
- ROCCA, P. (ed.) (2001). *Enseñanza y teoría de la literatura en José Enrique Rodó*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (2005). Las ediciones populares de Claudio García. (Un proyecto cultural y su época, 1900-1945). En *Anuario del Centro de Estudios Gallegos* (pp. 87-108). Montevideo: ceg y fhce, Udelar.
- (2006). Florencio Sánchez: textos, lenguaje, modernización. En RUBIONE A. (dir. vol.) y JITRIK, N. (dir. gral.), *Historia crítica de la literatura argentina. La crisis de las formas* (vol. 5, pp. 353-64). Buenos Aires: Emecé.
- (2009). *Revistas culturales del Río de la Plata. Campo literario: debate, documentos, índices (1942-1964)*. Montevideo: Comisión Sectorial de Investigación Científica, Udelar.
- RODÓ, J. E. (1958). Del trabajo obrero en el Uruguay. En SEGUNDO, J. P. (ed.), *El mirador de Próspero* (pp. 323-379). Montevideo: Barreiro y Ramos.
- SARLO, B. (2000). *El imperio de los sentimientos. Narraciones de circulación periódica en la Argentina (1917-1927)*. Buenos Aires: Norma. [1985]
- SUÁREZ ANTURI, J. (2010). Cuaderno de bitácora de la memoria. Recuperado de <https://julio-suarezanturi.wordpress.com/2010/09/03/las-criticas-a-isabel-nacen-de-la-envidia>.
- VIDAL, D. (2013, enero). La rebeldía imprevista del público libertario de hace un siglo. En *Ipotesi*, 17 (2), 101-114.
- VIDAL, D., LÓPEZ, M. E. y ROSSO M. (2011). Letra en obra. En *Muestra de la literatura uruguaya*. Montevideo: edición de los autores.
- ZUBILLAGA, C. (s. f.). *Pan y trabajo. Organización sindical, estrategias de lucha y arbitraje estatal en Uruguay (1870-1905)*. Montevideo: Librería de la fhce.
- ZUBILLAGA, C. y BALBIS, J. (1986). *Historia del movimiento sindical. Prensa obrera y obrerista (1878-1905)* (vol. 2). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.

ISBN: 978-9974-0-1511-1



9 789974 015111

CASSINA

Colección Ruben Cassina es una colección de la Comisión Sectorial de Extensión y Actividades en el Medio de la Universidad de la República que busca difundir la producción de conocimiento generada a partir de o en vínculo con procesos de extensión universitaria.

Este libro, dirigido por Daniel Vidal, da cuenta de la peculiar manera en la que los obreros metalúrgicos organizados en su sindicato participan del mundo de la lectura y de la literatura.

"¿Y qué sucede con el avance de la industria cultural globalizada? Los trabajadores demuestran permeabilidad a estos avances y, al mismo tiempo, mirado desde la vereda de enfrente, esos mismos trabajadores ofrecen signos de resistencia a esa avanzada cultural sin fronteras y disolvente de los proyectos de clase sindicales".